



S. K. WALLACE

EL GUARDIÁN
Y
LA REBELDE

Hermanos MacLeod, 4

Índice

[El guardián y la rebelde](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras historias de S. K. Wallace](#)

El guardián y la rebelde

Hermanos MacLeod, 4

S. K. Wallace

Sinopsis

El guardián y la rebelde

En las salvajes y majestuosas tierras de las Highlands escocesas, la pasión, la justicia y el deber se entrelazan en una historia de amor que desafía las normas del clan y las lealtades más profundas.

Isla MacGregor es una joven audaz y valiente, decidida a luchar contra las injusticias que asolan a su pueblo bajo la opresión del clan MacLeod. Como líder de un grupo rebelde, su corazón arde con el fuego de la libertad, pero también con el peso de las decisiones difíciles que debe tomar. Cuando un plan para asaltar una caravana del gobierno sale mal, se encuentra frente a frente con Ronan MacLeod, el implacable guardián del castillo y su enemigo natural.

Ronan, un hombre de principios y con un sentido del deber inquebrantable, nunca había imaginado que su camino se cruzaría con el de una mujer tan desafiante y fascinante como Isla. A medida que la persecución se convierte en una compleja alianza, ambos luchan por mantener sus ideales mientras una poderosa atracción los envuelve. Sus corazones se debaten entre la lealtad al clan y el amor prohibido que crece entre ellos.

Cuando un ataque mortal amenaza con destruir todo lo que ambos han construido, Isla arriesga su vida para salvar a Ronan, obligándolo a cuestionar sus propias creencias y a elegir entre el deber y el amor. Juntos, deberán enfrentarse a las fuerzas que buscan separarlos y encontrar una manera de unir dos mundos aparentemente irreconciliables.

El Guardián y la Rebelde es una historia de amor épica que te llevará a través de traiciones, sacrificios y una pasión tan intensa que desafiará las tradiciones y cambiará el destino de un clan para siempre. ¿Estarán Isla y Ronan dispuestos a pagar el precio de su amor?

Prólogo: La Sombra de la Rebelión

El viento susurraba a través de los árboles, agitando las hojas con un murmullo inquietante que parecía anunciar lo que estaba por venir. En un claro oculto por la espesura del bosque, un grupo de figuras se movía en silencio, cada uno concentrado en la tarea encomendada. La noche había caído sobre las Highlands como un manto oscuro, ocultando los rostros de aquellos que se reunían en secreto, pero la luz de la luna, débil y pálida, dibujaba sombras que danzaban con cada movimiento.

Isla MacGregor estaba en el centro de la acción, su figura esbelta y decidida emanaba una fuerza que desmentía su estatura. Sus ojos, llenos de determinación, destellaban en la penumbra mientras dirigía a los hombres y mujeres que la rodeaban. Su voz, firme pero calmada, cortaba el aire con instrucciones precisas, asegurándose de que cada miembro del grupo comprendiera su papel en la emboscada que estaban a punto de ejecutar.

—Luchamos por lo que es nuestro por derecho —dijo, alzando la voz lo suficiente para que todos la oyeran, pero no tanto como para alertar a posibles oídos indeseados—. No permitiremos que estos tiranos nos arrebaten lo que nos pertenece.

Los murmullos de aprobación que siguieron sus palabras resonaron en la oscuridad, una mezcla de convicción y rabia contenida. Isla asintió, satisfecha de ver la determinación en los rostros que la rodeaban. Sabía que cada uno de ellos estaba dispuesto a arriesgarlo todo por su causa, pero también sabía que el riesgo era inmenso.

Entre las sombras, un par de ojos observaban la escena con una intensidad que contrastaba con la tranquilidad exterior que mostraba su dueño. Ronan MacLeod, vestido con ropas oscuras que lo ayudaban a fundirse con la noche, se mantenía oculto, su mirada fija en la figura de Isla. Había recibido la información del complot hacía solo unas horas, suficiente tiempo para llegar al lugar y evaluar la situación, pero no el tiempo suficiente para evitar que Isla se involucrara.

Sabía que ella era una mujer de carácter fuerte, impulsiva y guiada por una pasión que, en muchas ocasiones, la había puesto en peligro. Ronan la conocía desde hacía años, desde que eran niños, pero ahora se encontraba en una posición complicada. Su deber, como protector de las tierras y las gentes del clan, era detener a los rebeldes, pero la presencia de Isla complicaba todo.

El claro se llenó de una tensión palpable mientras los rebeldes revisaban sus armas y se preparaban para la emboscada. Isla caminaba entre ellos, asegurándose de que cada uno estuviera listo. Ronan observaba sus movimientos, notando la mezcla de preocupación y coraje en su expresión. Sabía que no podía permitir que esto continuara, pero también sabía que si intervenía demasiado pronto, podría causar una tragedia aún mayor.

—El objetivo está cerca —anunció uno de los hombres, acercándose a Isla con una antorcha

cuya luz apenas se reflejaba en su rostro cubierto por una capucha.

Isla asintió, su rostro endurecido por la determinación. Era el momento de actuar. Con un gesto, indicó a sus compañeros que tomaran sus posiciones. Se movieron con la precisión de un grupo bien entrenado, ocupando puntos estratégicos alrededor del camino por donde sabían que pasaría la caravana.

Ronan sintió que el tiempo se ralentizaba. Podía ver cómo cada uno de los rebeldes se colocaba en su lugar, cómo Isla, con la gracia de un felino, se ocultaba tras unos arbustos, lista para liderar el ataque. Sabía que no tenía más opción que intervenir, pero dudaba. Isla no era una enemiga, no para él. Sin embargo, el peligro que corrían todos los involucrados, incluidos aquellos que Isla estaba liderando, era demasiado grande.

El sonido de cascos de caballos y ruedas de carretas en la distancia rompió el silencio. Ronan observó cómo Isla tensaba los músculos, lista para actuar. No podía esperar más.

Deslizándose entre las sombras con la habilidad de un cazador, Ronan se acercó al punto donde sabía que Isla se encontraba. Podía sentir la adrenalina en sus venas, cada paso que daba lo acercaba más a una confrontación inevitable. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, salió de su escondite, apenas a unos metros de ella.

—Isla, no lo hagas —susurró, su voz firme pero cargada de una preocupación que no pudo ocultar.

Isla se tensó al escuchar su voz, girando rápidamente para enfrentarlo. Sus ojos se encontraron en la penumbra, y por un momento, ambos se quedaron inmóviles, evaluándose mutuamente. Isla apretó los labios, sus ojos brillando con una mezcla de sorpresa y desafío.

—Ronan —respondió ella, su voz apenas un murmullo—. No tienes derecho a detenernos.

—No quiero detenerte, Isla, pero esto es una locura —Ronan dio un paso hacia ella, intentando mantener su tono calmado—. Si atacas a la caravana, pondrás en peligro a todos, incluidos los inocentes.

Isla mantuvo su mirada fija en la de Ronan, pero no pudo evitar que una duda se filtrara en su expresión. Sabía que él tenía razón, pero el odio que sentía hacia los opresores que les robaban cada día más, la empujaba a seguir adelante.

—No puedo permitir que sigan abusando de nosotros —replicó, su voz temblando ligeramente—. No cuando puedo hacer algo al respecto.

Ronan dio otro paso hacia ella, acercándose lo suficiente para que su presencia la envolviera. Isla podía sentir la fuerza y la convicción que emanaban de él, pero también algo más profundo, algo que siempre había sentido cuando estaban juntos: una conexión que nunca había terminado de comprender.

—No siempre puedes cargar con el peso del mundo sobre tus hombros —dijo Ronan, su tono

suavizándose—. Deja que te ayude, deja que encontremos otra manera.

La caravana se acercaba, el ruido era cada vez más fuerte, y el tiempo se agotaba. Isla miró a Ronan, y por un momento, consideró sus palabras. Pero la rabia y el dolor en su corazón eran demasiado poderosos.

—No hay otra manera —replicó, firme—. No para mí.

Antes de que Ronan pudiera responder, Isla se apartó de él, lista para dar la señal a sus compañeros. Pero en ese instante, un destello de luz brilló en los ojos de Ronan, una determinación que Isla no pudo ignorar.

—Entonces, no me dejas opción —dijo Ronan, con una mezcla de tristeza y resolución en su voz.

Sin previo aviso, Ronan se lanzó hacia Isla, atrapándola con un brazo fuerte alrededor de su cintura. Ella luchó contra él, pero Ronan era más fuerte. Con un rápido movimiento, la giró y la inmovilizó contra su pecho, su respiración pesada junto a la de ella.

—Lo siento, Isla —murmuró, mientras la sujetaba con firmeza—. Pero no puedo dejar que hagas esto.

Antes de que Isla pudiera reaccionar, Ronan emitió un silbido agudo, y en un instante, los hombres de su clan emergieron de la oscuridad, desarmando a los rebeldes y poniendo fin a la emboscada antes de que pudiera comenzar.

Isla, con el corazón latiendo con fuerza y la rabia ardiendo en su pecho, miró a Ronan con una mezcla de odio y desesperación.

—¿Cómo pudiste? —le espetó, su voz quebrada por la emoción.

Ronan la miró, su propio corazón pesado por lo que había hecho. Sabía que ella no lo entendería en ese momento, pero también sabía que no tenía otra opción.

—Lo hice para protegerte, Isla —respondió con sinceridad—. Para protegernos a todos.

Pero Isla no podía escuchar más. Con un movimiento brusco, se liberó de su agarre y se alejó de él, sus ojos ardiendo con una furia que solo el tiempo podría calmar.

Mientras la caravana seguía su camino, ahora segura de cualquier amenaza, Ronan observó a Isla desaparecer en la oscuridad del bosque. Sabía que lo que había hecho era necesario, pero también sabía que su relación con Isla, esa relación compleja y nunca del todo definida, nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 1: El Guardián

El sol apenas comenzaba a despuntar sobre las colinas que rodeaban el castillo MacLeod, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. Desde su posición en lo alto de las murallas, Ronan MacLeod observaba el despertar de las tierras que había jurado proteger. Era un ritual que repetía cada mañana, un momento de calma antes de que el peso de sus responsabilidades lo envolviera por completo. A sus pies, el castillo se extendía con su imponente estructura de piedra, sus muros macizos y torres que se elevaban como centinelas eternos sobre el paisaje.

Ronan, con los brazos cruzados sobre su pecho, observaba con la mirada atenta, buscando cualquier señal de movimiento que no perteneciera al ritmo natural de la vida en las Highlands. Era un hombre en la cúspide de su madurez, su cuerpo moldeado por años de entrenamiento y su mente afilada por la experiencia. Su semblante, marcado por la seriedad, rara vez mostraba otra cosa que no fuera una concentración férrea. Para muchos, él era el guardián perfecto: disciplinado, implacable, siempre un paso por delante de cualquier amenaza.

El viento fresco de la mañana agitaba su cabello oscuro, y sus ojos, de un azul intenso, recorrían cada rincón del horizonte. No había lugar para el descuido en su vida. Cada día era una batalla silenciosa contra los peligros que acechaban en las sombras, y Ronan se aseguraba de que ningún detalle pasara desapercibido.

Mientras el sol continuaba su ascenso, los sonidos del castillo comenzaban a despertarse con él. Los trabajadores se dirigían a sus tareas, los herreros avivaban las forjas, y los criados iniciaban las labores cotidianas. Sin embargo, Ronan seguía inmóvil, un centinela solitario en medio de la creciente actividad.

De repente, un sonido de pasos se acercó desde detrás de él. Ronan no necesitaba girarse para saber quién era. Reconocía el paso firme y decidido de Alasdair MacLeod, su hermano mayor y señor del clan.

—Ronan —saludó Alasdair, su voz profunda resonando en el aire fresco de la mañana.

Ronan inclinó la cabeza en reconocimiento antes de girarse para enfrentar a su hermano. Alasdair, un hombre de presencia imponente, lo observó con una mezcla de orgullo y preocupación. Sabía que Ronan llevaba el peso de sus deberes con una intensidad que pocos comprendían.

—¿Alguna novedad? —preguntó Alasdair, sus ojos oscuros escrutando el rostro de Ronan en busca de cualquier señal de inquietud.

Ronan negó con la cabeza, sus labios apretados en una fina línea.

—Nada fuera de lo habitual hasta ahora —respondió, su voz tan controlada como siempre—.

Pero he recibido informes preocupantes.

Alasdair levantó una ceja, intrigado.

—¿Qué tipo de informes?

—Parece que hay un grupo rebelde que ha comenzado a moverse por nuestras tierras —dijo Ronan, su tono adquiriendo un matiz más sombrío—. Son organizados y, por lo que he oído, decididos. Están planeando algo, aunque aún no sé exactamente qué.

La mención de los rebeldes endureció la expresión de Alasdair. La paz en las Highlands era frágil, y cualquier chispa podía encender una conflagración que amenazara con consumirlos a todos.

—¿Has identificado a sus líderes? —inquirió Alasdair, siempre buscando soluciones antes de que los problemas se volvieran incontrolables.

Ronan asintió lentamente.

—Uno de ellos es Isla MacGregor.

El nombre pareció colgar en el aire entre ellos, cargado de significados no expresados. Alasdair observó a Ronan con una mirada inquisitiva, consciente de la complejidad que ese nombre añadía a la situación.

—Isla... —murmuró, como si probara el nombre en su boca—. Ella siempre ha sido una mujer difícil de entender.

Ronan mantuvo su rostro imperturbable, aunque internamente no podía negar que el nombre de Isla despertaba algo más en él. Isla MacGregor era una mujer de espíritu indomable, una rebelde en el sentido más puro de la palabra. Desde jóvenes, habían cruzado sus caminos en múltiples ocasiones, siempre con una tensión que ni siquiera el tiempo había logrado disipar. Ronan la admiraba por su valentía, pero también sabía que esa misma valentía la llevaba a tomar riesgos insensatos.

—No es solo Isla —continuó Ronan, volviendo al tema en cuestión—. Hay otros con ella, algunos con habilidades y conocimientos que podrían representar una amenaza significativa si deciden actuar.

Alasdair frunció el ceño, comprendiendo la gravedad de la situación. Los rebeldes, especialmente si eran liderados por alguien como Isla, no eran algo que pudiera tomarse a la ligera.

—¿Qué propones? —preguntó finalmente, confiando en el juicio de su hermano.

Ronan se tomó un momento para considerar su respuesta. Como guardián del castillo, su deber era proteger a su clan, pero también sabía que cualquier acción precipitada podría desencadenar consecuencias imprevisibles.

—Necesito observarlos más de cerca —decidió finalmente—. Averiguar cuáles son sus verdaderas intenciones antes de tomar medidas drásticas. Si es posible, desarmar la situación antes de que se convierta en un conflicto abierto.

Alasdair asintió lentamente, confiando en el juicio de Ronan. Sabía que su hermano era un hombre de acción, pero también era capaz de una paciencia y una estrategia que pocos poseían.

—Haz lo que debas hacer, Ronan —dijo Alasdair, colocando una mano firme en el hombro de su hermano—. Confío en que tomarás la decisión correcta.

Ronan inclinó la cabeza en señal de respeto antes de volver su atención al horizonte. Sabía que su hermano tenía razón en confiar en él, pero eso no aliviaba el peso que sentía en su pecho. Sabía que enfrentarse a Isla y a sus rebeldes no sería fácil, no solo por el peligro que representaban, sino por la conexión personal que, a pesar de todo, todavía sentía hacia ella.

Mientras Alasdair se alejaba, Ronan permaneció en su lugar, dejando que el viento fresco despejara su mente. Tenía un deber que cumplir, y no permitiría que ninguna emoción personal se interpusiera en su camino. Isla MacGregor era una rebelde, una amenaza para la paz que había jurado proteger, y como tal, debía ser tratada.

Sin embargo, mientras se preparaba para el día que se avecinaba, no podía evitar que una parte de él deseara que las cosas fueran diferentes. Que Isla no fuera una rebelde, que las circunstancias no los hubieran colocado en lados opuestos de una batalla que ninguno de los dos quería librar. Pero esas eran solo ilusiones, fantasías que no podían permitirse en el mundo real.

El resto del día transcurrió con la misma rutina de siempre, pero con un aire de tensión que parecía envolver el castillo. Ronan se sumergió en sus deberes, supervisando las defensas, revisando los informes de los exploradores, asegurándose de que cada hombre bajo su mando estuviera preparado para cualquier eventualidad. Pero incluso en medio de toda esa actividad, su mente no dejaba de volver a Isla.

La última vez que la había visto, había sido durante una reunión en el castillo, cuando ella había acudido como representante de su clan para discutir términos comerciales. Incluso entonces, había sentido la chispa de desafío en su mirada, una chispa que ahora, con los nuevos informes, cobraba un significado más oscuro.

Al anochecer, Ronan se retiró a sus aposentos, pero el sueño fue difícil de alcanzar. Se debatía entre su lealtad a su clan y los sentimientos encontrados que Isla despertaba en él. Sabía que debía estar preparado para cualquier cosa, que la situación podría volverse peligrosa en cualquier momento, pero también sabía que no podía permitirse vacilar.

Finalmente, después de horas de pensamientos tortuosos, Ronan se levantó de su cama y se dirigió a la ventana. Desde allí, podía ver las colinas que rodeaban el castillo, las mismas colinas que había vigilado esa mañana. Pero ahora, en la oscuridad de la noche, todo parecía diferente, más amenazante.

Cruzado de brazos, Ronan observó el horizonte una vez más, sintiendo una mezcla de anticipación y preocupación. Sabía que el conflicto con los rebeldes era inevitable, pero también sabía que lo que más temía no era la batalla en sí, sino lo que tendría que hacer cuando finalmente se enfrentara a Isla.

Con un suspiro, Ronan se apartó de la ventana y se dirigió a su escritorio, donde comenzó a escribir un informe detallado de lo que sabía hasta el momento. Sabía que debía estar preparado para cualquier eventualidad, y para ello, necesitaba tener toda la información posible a su disposición.

Mientras su pluma se deslizaba por el papel, Ronan no pudo evitar que su mente volviera a Isla, a sus ojos llenos de fuego, a su espíritu indomable. Pero, al igual que lo había hecho durante todo el día, empujó esos pensamientos a un rincón de su mente. No podía permitirse distracciones, no cuando la seguridad de su clan estaba en juego.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Ronan terminó de escribir y dejó la pluma a un lado. Se pasó una mano por el cabello, sintiendo el cansancio apoderarse de él, pero sabiendo que aún quedaba mucho por hacer.

Antes de retirarse definitivamente a su cama, Ronan se dirigió una vez más a la ventana, observando el horizonte con la determinación renovada. Sabía que los días venideros serían difíciles, pero también sabía que estaba preparado para enfrentarlos.

Con un último vistazo a las colinas que rodeaban el castillo, Ronan se retiró a sus aposentos, decidido a cumplir con su deber, sin importar lo que eso implicara. Sin importar cómo se sintiera respecto a Isla, sabía que no podía dejar que esos sentimientos se interpusieran en su misión. Después de todo, él era el guardián del castillo MacLeod, y su lealtad siempre estaría con su clan.

Pero mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por el sueño, una parte de él no podía dejar de preguntarse si, al final, sería capaz de enfrentar a Isla y salir ileso, tanto física como emocionalmente. Pero eso era algo que solo el tiempo podría revelar, y Ronan sabía que debía estar preparado para cualquier cosa, incluso para enfrentar los sentimientos que había intentado enterrar durante tanto tiempo.

Capítulo 2: La Rebelde

La aldea MacGregor estaba envuelta en la calma engañosa de una mañana tranquila, pero bajo esa aparente serenidad latía un fervor que solo los más cercanos a Isla MacGregor podían percibir. Los primeros rayos del sol iluminaban las cabañas de piedra y los senderos polvorientos, donde las gentes del pueblo comenzaban su jornada con la rutina de siempre. Sin embargo, para Isla, este día representaba una nueva oportunidad para desafiar el status quo, para luchar por la justicia y la libertad que tanto anhelaba para su gente.

Isla caminaba con determinación por los caminos del pueblo, su silueta alta y esbelta proyectándose contra el cielo matutino. Sus ojos, de un verde intenso, brillaban con una mezcla de inteligencia y rebeldía, una combinación que la hacía destacar entre los demás. Su cabello castaño caía en ondas sueltas sobre sus hombros, enmarcando un rostro marcado por la resolución. Cada paso que daba parecía resonar con la fuerza de su carácter, y los aldeanos, al verla, no podían evitar sentirse inspirados por su presencia.

A pesar de su juventud, Isla ya era reconocida como una líder en su comunidad. Los campesinos y jóvenes del pueblo la seguían no solo por su capacidad para desafiar abiertamente las normas injustas, sino también por la pasión que transmitía en cada palabra, en cada acción. Isla no era una simple rebelde; era una mujer con un propósito, una que había decidido que no descansaría hasta ver un cambio real en las vidas de aquellos que la rodeaban.

Mientras caminaba, los saludos respetuosos y las miradas de admiración la seguían a cada paso. Isla respondía con una sonrisa cálida, pero detrás de ese gesto, su mente estaba ocupada con los planes que había estado forjando. Los rumores de la opresión se habían extendido por la aldea, y ella sabía que no podía permanecer inactiva. Había un grupo de rebeldes que, bajo su liderazgo, se preparaba para una misión peligrosa: interceptar una caravana del gobierno que transportaba los impuestos recaudados injustamente. Para Isla, era más que un simple acto de rebelión; era un golpe directo contra un sistema que había oprimido a su gente durante demasiado tiempo.

Al llegar a la plaza del pueblo, Isla se detuvo un momento para observar a su alrededor. La plaza, normalmente bulliciosa con la actividad de los comerciantes y campesinos, ahora estaba impregnada de un aire de expectación. Sabía que muchos de los que la rodeaban compartían sus sentimientos, aunque no todos se atrevían a expresarlo abiertamente. Isla se dirigió a un grupo de jóvenes que la esperaban junto a una de las grandes casas de piedra que dominaban la plaza.

—Isla, ¿cuál es el plan? —preguntó uno de los jóvenes, un muchacho de cabello oscuro y rostro delgado, que la miraba con una mezcla de respeto y admiración.

Isla se detuvo frente a ellos, su mirada recorriendo los rostros de los que serían sus compañeros en la próxima misión. Podía ver el fuego de la determinación en sus ojos, pero también el miedo y la incertidumbre, emociones que entendía bien. Sabía que, como líder, su papel era inspirarlos,

pero también guiarlos con prudencia.

—Esta noche nos reuniremos en el claro del bosque —dijo Isla, su voz firme y decidida—. La caravana pasará por el viejo camino antes del amanecer. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar. Atacaremos cuando estén más desprevenidos.

Los jóvenes asintieron, algunos con más entusiasmo que otros, pero todos conscientes del riesgo que corrían. Isla continuó explicando los detalles del plan, asegurándose de que cada uno entendiera su papel. Sabía que la clave del éxito era la coordinación y la confianza mutua. No podía permitirse ningún error.

Cuando terminó de hablar, un silencio se instaló en el grupo, un silencio cargado de expectativas y tensiones. Isla miró a cada uno de ellos, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que los estaba llevando a una situación peligrosa, pero también sabía que era un riesgo necesario.

—Esta lucha no es solo por nosotros —añadió Isla, su voz más suave, pero cargada de convicción—. Es por todos aquellos que no tienen voz, por aquellos que han sido silenciados durante demasiado tiempo. No debemos temer a la justicia, sino a la falta de ella.

Sus palabras resonaron en el aire, dejando una impresión duradera en los jóvenes que la rodeaban. Isla siempre había tenido un don para inspirar a los demás, para encender la chispa de la rebelión en los corazones de aquellos que la escuchaban. Y aunque sabía que el camino que habían elegido era peligroso, también sabía que no podían dar marcha atrás.

Cuando el grupo comenzó a dispersarse, Isla se quedó un momento más en la plaza, observando cómo la vida cotidiana volvía a su curso normal. Los comerciantes gritaban sus ofertas, los niños corrían por los caminos, y los campesinos se dirigían a sus campos. Todo parecía en paz, pero Isla sabía que la realidad era muy diferente. Bajo esa superficie tranquila, las tensiones estaban aumentando, y pronto estallarían en un conflicto que cambiaría la vida en las Highlands para siempre.

Isla dejó la plaza y se dirigió hacia su hogar, una modesta cabaña en las afueras de la aldea. Mientras caminaba, su mente no dejaba de repasar los detalles del plan. Sabía que cada movimiento debía ser calculado con precisión. No podía permitirse fallar, no cuando tanto estaba en juego.

Al llegar a su cabaña, Isla se detuvo un momento para contemplar el paisaje que la rodeaba. Las colinas ondulantes y los bosques densos le ofrecían un refugio de paz, un lugar donde podía encontrar un respiro de las tensiones constantes de su vida. Pero incluso en esos momentos de tranquilidad, nunca dejaba de pensar en la lucha que tenía por delante.

Dentro de la cabaña, Isla se sentó junto a la mesa de madera, donde los mapas y pergaminos estaban esparcidos. Encendió una vela y comenzó a repasar los planes una vez más, asegurándose de que no había dejado ningún detalle al azar. Mientras lo hacía, una sensación de soledad se apoderó de ella, una que rara vez permitía que la afectara.

Desde la muerte de su padre, el antiguo líder de la aldea, Isla había asumido el papel de protectora, de defensora de su pueblo. Pero esa responsabilidad también la había aislado de aquellos a los que lideraba. Sabía que no podía permitirse mostrar debilidad, que debía ser fuerte por el bien de los demás. Pero a veces, en la soledad de la noche, el peso de esa carga se volvía casi insoportable.

El sonido de un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Isla se levantó rápidamente y se dirigió a la entrada. Al abrir la puerta, encontró a Fergus, uno de los hombres más leales a su causa, con una expresión seria en su rostro.

—Isla, necesitamos hablar —dijo Fergus, su voz grave y urgente.

Isla asintió y lo invitó a entrar. Fergus era un hombre de pocas palabras, pero cuando hablaba, Isla sabía que debía escuchar. Cerró la puerta detrás de él y lo condujo a la mesa.

—¿Qué sucede? —preguntó Isla, mientras Fergus tomaba asiento.

—He oído rumores, Isla —comenzó Fergus, su voz baja—. Hay un informante en nuestro grupo.

La noticia golpeó a Isla como un balde de agua fría. Un informante en sus filas era lo último que necesitaba en ese momento, justo cuando estaban a punto de llevar a cabo una de sus misiones más arriesgadas.

—¿Estás seguro? —preguntó Isla, su voz tensa.

Fergus asintió con firmeza.

—No hay duda. Alguien ha estado informando a los MacLeod sobre nuestros movimientos. Si seguimos adelante con el plan sin identificar a esa persona, podríamos estar caminando hacia una trampa.

Isla sintió que el peso de la responsabilidad se hacía aún más pesado sobre sus hombros. No solo tenía que lidiar con la amenaza externa de los MacLeod, sino que ahora también debía enfrentar la traición dentro de su propio grupo.

—Tenemos que actuar con cautela —dijo Isla, su mente ya trabajando en un nuevo plan—. No podemos permitir que esta misión fracase, pero tampoco podemos confiar ciegamente en nadie hasta que sepamos quién es el traidor.

Fergus asintió, su respeto por Isla evidente en cada gesto.

—Confío en que sabrás qué hacer, Isla. Estamos contigo.

Isla agradeció las palabras de Fergus, pero sabía que la situación era mucho más compleja de lo que él o cualquier otro en el grupo podía entender. No podía permitirse mostrar dudas, no cuando todos dependían de ella. Pero en su interior, la preocupación crecía.

Después de que Fergus se marchó, Isla se quedó sola en la cabaña, con la vela parpadeante iluminando sus pensamientos oscuros. Sabía que la traición podía destruirlos, que un solo paso en falso podría llevarlos al desastre. Pero también sabía que no podía detenerse ahora. La lucha por la libertad y la justicia requería sacrificios, y ella estaba dispuesta a hacerlos, aunque eso significara enfrentarse a las sombras que acechaban tanto fuera como dentro de su grupo.

Finalmente, apagó la vela y se dirigió a su cama, aunque sabía que el sueño sería esquivo esa noche. Isla cerró los ojos, permitiéndose unos momentos de vulnerabilidad antes de que la mañana trajera consigo nuevas decisiones difíciles. La rebelde en ella estaba lista para enfrentarse a cualquier desafío, pero la mujer detrás de esa fachada deseaba, aunque solo fuera por un instante, poder compartir el peso de esa carga con alguien más.

El amanecer traería consigo un nuevo día, y con él, nuevas oportunidades para luchar por lo que creía. Isla se prometió a sí misma que no se dejaría derrotar por la traición ni por el miedo. Ella era la líder de su gente, y sabía que su lucha apenas estaba comenzando.

Capítulo 3: Primer Encuentro

El bosque cercano al castillo MacLeod se encontraba envuelto en un silencio casi sobrenatural. La luz de la luna se filtraba a través del denso follaje, proyectando sombras alargadas sobre el suelo cubierto de hojas. Era una noche perfecta para una emboscada, o al menos eso pensaba Isla MacGregor mientras se movía con agilidad entre los árboles, guiando a su pequeño grupo de rebeldes hacia el lugar donde planeaban interceptar la caravana del gobierno.

Los hombres y mujeres que la seguían estaban nerviosos, pero confiaban en Isla. Ella había demostrado una y otra vez que, a pesar de su juventud, era más que capaz de liderar operaciones peligrosas como esta. Cada paso que daba, cada decisión que tomaba, estaba calculado con precisión. Esta noche no sería diferente, o al menos eso creía.

Mientras avanzaban en silencio, Isla se detuvo de repente, levantando una mano para indicar a su grupo que hiciera lo mismo. Había algo en el aire, una tensión que no había percibido antes. Sus sentidos, siempre alerta, captaron el más leve de los sonidos: el crujido de una rama quebrada bajo un peso que no pertenecía a ninguno de los suyos. Sus ojos recorrieron el entorno, buscando la fuente del sonido, pero todo parecía en calma.

—Manteneos alerta —susurró Isla a sus compañeros, su voz apenas un susurro en la oscuridad.

Con una señal, el grupo se dispersó, tomando posiciones alrededor del sendero por donde pasaría la caravana. Isla se agachó detrás de un arbusto, sus ojos fijos en el camino, esperando el momento justo para actuar. Su corazón latía con fuerza, pero no por miedo; era la adrenalina de la anticipación, el peligro inminente que siempre la había impulsado a seguir adelante.

El sonido de los cascos de los caballos y el chirrido de las ruedas de la caravana rompieron el silencio del bosque. Isla observó cómo los guardias de la caravana avanzaban con paso firme, ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos. Contó mentalmente los hombres que custodiaban el cargamento: eran más de los que había anticipado, pero eso no la detendría. Ya habían llegado demasiado lejos para retroceder.

Cuando la caravana estuvo lo suficientemente cerca, Isla dio la señal. Sus hombres emergieron de sus escondites, atacando con la precisión que solo la experiencia podía otorgar. El choque de espadas y los gritos de los guardias llenaron el aire mientras los rebeldes luchaban con fiereza. Isla se lanzó al combate con la misma determinación, su espada brillando bajo la luz de la luna mientras desarmaba a uno de los guardias con un movimiento ágil.

Pero justo cuando parecía que los rebeldes tenían la ventaja, Isla sintió una presencia que no había anticipado. Giró sobre sus talones, apenas a tiempo para detener un golpe dirigido hacia ella. La fuerza del impacto la hizo retroceder un paso, pero se mantuvo firme, enfrentándose al hombre que ahora estaba ante ella.

Ronan MacLeod, el guardián del castillo, la miraba con ojos oscuros y llenos de autoridad. Era un hombre alto, de complexión robusta, y su presencia imponía respeto. Sus movimientos eran precisos, controlados, y había en su postura una seguridad que Isla no había visto en ninguno de los guardias de la caravana.

—Rendíos ahora —ordenó Ronan, su voz firme y sin titubeos—. No tenéis ninguna posibilidad de ganar.

Isla lo miró fijamente, midiendo sus opciones. Sabía que no sería fácil enfrentarse a un hombre como él, pero también sabía que no podía darse el lujo de mostrarse débil. Con un gesto decidido, alzó su espada de nuevo, sus ojos chispeando con desafío.

—Nunca me rendiré ante la injusticia —respondió Isla, su voz cargada de determinación.

Ronan esbozó una ligera sonrisa, como si admirara la valentía de la joven rebelde que se atrevía a desafiarlo. Sin embargo, su deber estaba claro. Con un movimiento rápido, lanzó otro ataque hacia Isla, quien lo esquivó hábilmente antes de contraatacar. Sus espadas chocaron en un sonido metálico que resonó en el bosque, y por un momento, ambos se encontraron cara a cara, mirándose a los ojos con una intensidad que ninguno de los dos había anticipado.

Isla podía sentir la fuerza de Ronan, la precisión de cada uno de sus movimientos. Pero también podía percibir algo más, una chispa de curiosidad en su mirada, una conexión inesperada que la tomó por sorpresa. Nunca había sentido nada parecido en medio de una batalla, y por un instante, su determinación flaqueó.

—Eres valiente, pero estás luchando una batalla que no puedes ganar —dijo Ronan, su voz más suave, aunque no menos firme.

—Eso lo decidiré yo —replicó Isla, aunque sus palabras sonaron menos seguras de lo que había esperado.

Ronan retrocedió ligeramente, dejando que Isla recuperara el equilibrio. Podría haberla derrotado en ese momento, pero algo en él lo detuvo. No podía negar la admiración que sentía por la mujer que tenía delante, por su fuerza, su coraje y la pasión con la que defendía sus ideales. Pero también sabía que no podía dejarla escapar, no sin comprometer su deber como guardián del clan MacLeod.

El enfrentamiento continuó, con ambos moviéndose con rapidez y precisión, cada uno buscando un punto débil en el otro. Pero a medida que la lucha proseguía, la atracción entre ellos se hacía más palpable, un tira y afloja que iba más allá de la simple confrontación física.

Isla sintió cómo su corazón latía con más fuerza, no solo por el esfuerzo de la pelea, sino por la extraña mezcla de emociones que Ronan estaba despertando en ella. Sabía que no debía sentirse de esa manera, que él era su enemigo, pero no podía negar la chispa que había sentido al mirarlo a los ojos, al sentir la fuerza y la seguridad que emanaban de él.

Finalmente, en un momento de distracción, Isla vio su oportunidad. Con un giro rápido, desarmó a Ronan, su espada volando de sus manos para caer en el suelo cubierto de hojas. Pero en lugar de atacarlo, Isla dio un paso atrás, sus ojos encontrándose con los de él una vez más.

—No somos tan diferentes como crees —dijo Isla, su voz apenas un susurro.

Ronan la miró, sorprendido por sus palabras y por la decisión de no aprovechar su ventaja. En lugar de enfrentarse a ella nuevamente, la observó con una mezcla de admiración y desconcierto. Por un instante, el tiempo pareció detenerse, como si ambos estuvieran atrapados en un momento en el que el conflicto que los separaba se desvanecía.

Pero Isla sabía que no podía quedarse más tiempo. Sus hombres estaban luchando, y la situación se estaba volviendo cada vez más peligrosa. Sin más palabras, dio media vuelta y corrió hacia el bosque, sus pasos rápidos y ágiles la alejaron de la escena del enfrentamiento.

Ronan la observó desaparecer entre los árboles, sintiendo una punzada de frustración por haberla dejado escapar, pero también algo más profundo, una intriga que no podía ignorar. ¿Quién era esa mujer que se atrevía a desafiarlo de esa manera? ¿Y por qué no podía dejar de pensar en la conexión que había sentido en medio del combate?

Mientras los sonidos de la batalla se apagaban a su alrededor, Ronan recogió su espada del suelo, sus pensamientos aún girando en torno a la joven rebelde. Sabía que había algo especial en ella, algo que iba más allá de la simple rebeldía. Y aunque no lo admitiría en voz alta, estaba deseando volver a encontrarla.

Isla, por su parte, corría a través del bosque, su mente aún llena de la imagen de Ronan. Sabía que había cometido un error al dejarse llevar por sus emociones, pero algo en él la había desconcertado, la había hecho dudar por primera vez en mucho tiempo. Y mientras se alejaba, no pudo evitar preguntarse si volverían a cruzarse sus caminos, y qué significaría eso para su lucha y para su vida.

La noche envolvía el bosque en un manto oscuro, pero tanto Isla como Ronan sentían que algo había cambiado en esa breve pero intensa confrontación. Y aunque ninguno de los dos lo sabía con certeza, ambos estaban seguros de que ese primer encuentro no sería el último.

Capítulo 4: Las Consecuencias

La aldea MacGregor se encontraba en silencio cuando Isla regresó. Las sombras de la noche cubrían las pequeñas cabañas, y solo el sonido lejano del viento entre los árboles rompía la quietud. Isla caminó con pasos rápidos y firmes por el sendero de tierra que conducía al centro del pueblo. Su mente aún estaba ocupada por el reciente encuentro con Ronan, el guardián del castillo MacLeod. La chispa de atracción que había sentido durante su enfrentamiento aún persistía, pero Isla se esforzaba por ignorarla, centrándose en lo que realmente importaba: la seguridad de su grupo y la continuación de su lucha.

Cuando cruzó el umbral de la casa comunal, fue recibida por las miradas ansiosas de los miembros de su grupo, quienes habían estado esperando su regreso. La tensión en la sala era palpable, cada uno de ellos consciente del peligro que había representado la intervención de Ronan.

—Isla, ¿qué sucedió? —preguntó Fergus, uno de sus compañeros más cercanos, con el ceño fruncido—. Nos temíamos lo peor cuando escuchamos los rumores de que la caravana estaba fuertemente custodiada.

Isla se detuvo en el centro de la sala, dejando que su mirada recorriera los rostros de los hombres y mujeres que la observaban. Había preocupación en sus ojos, y también una sombra de miedo. Isla sabía que dependían de ella, de su liderazgo y de su capacidad para enfrentarse a cualquier obstáculo, pero esta noche había sido diferente. Esta noche, había algo más en juego que una simple emboscada.

—La emboscada fue detenida —comenzó Isla, su voz firme pero cargada de una emoción contenida—. Ronan MacLeod estaba al tanto de nuestros planes y nos interceptó en el camino.

Un murmullo recorrió la sala, y algunos de los presentes intercambiaron miradas preocupadas. La presencia de Ronan había sido un golpe inesperado, y la idea de que estuviera vigilándolos ponía en riesgo todos sus planes futuros.

—¿Ronan MacLeod? —preguntó Mairead, una mujer de mediana edad que había luchado junto a Isla en numerosas ocasiones—. ¿Qué hacía ese hombre ahí?

Isla se tomó un momento antes de responder, recordando la intensidad de la mirada de Ronan, la fuerza de su postura, la seguridad con la que la había enfrentado. Había algo en él que la había descolocado, algo que no lograba comprender del todo, pero que sabía que no podía ignorar.

—Parece que alguien de nuestro grupo lo informó —continuó Isla, sus palabras calculadas—. No sé quién fue, pero es evidente que nuestros movimientos están siendo vigilados. No podemos darnos el lujo de cometer errores.

El grupo se sumió en un silencio tenso, cada uno reflexionando sobre la posibilidad de que hubiera un traidor entre ellos. Isla sintió una punzada de rabia en su interior. La idea de que alguien de su propia gente los hubiera traicionado la enfurecía, pero sabía que no podía dejarse llevar por la ira. Necesitaba mantener la cabeza fría.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Callum, un joven que había demostrado ser un luchador valiente pero impulsivo.

—Continuaremos con nuestros planes —respondió Isla sin titubear—. No podemos permitir que Ronan MacLeod, o cualquier otro, nos desvíe de nuestro objetivo. La injusticia que enfrentamos sigue siendo la misma, y nuestra lucha no puede detenerse.

Los miembros del grupo asintieron, aunque algunos con más dudas que otros. Isla percibió las miradas de desconfianza, las preguntas no formuladas que flotaban en el aire. Sabía que su liderazgo estaba siendo puesto a prueba, y no solo por la intervención de Ronan, sino por las emociones que ese encuentro había despertado en ella.

—Isla, ¿estás segura de que es prudente seguir adelante? —preguntó Fergus, sus palabras cuidadosas pero llenas de preocupación—. Si Ronan MacLeod está detrás de nosotros, puede que estemos poniendo a todos en peligro.

Isla levantó la mirada hacia Fergus, encontrando en él una mezcla de lealtad y temor. Sabía que él solo quería protegerlos, pero no podía permitir que el miedo los paralizara.

—Lo sé, Fergus —respondió Isla, suavizando su tono—. Pero no podemos rendirnos ahora. Si lo hacemos, todo por lo que hemos luchado habrá sido en vano. Sé que el riesgo es grande, pero también lo es la recompensa. Debemos ser más cautelosos, asegurarnos de que no haya más filtraciones, pero seguir adelante es nuestra única opción.

La determinación en la voz de Isla calmó algunas de las dudas, aunque no todas. Ella lo sabía, y lo aceptaba. No todos compartían su pasión por la causa, y algunos ya habían perdido demasiado. Pero Isla no podía permitir que el miedo los dominara, ni a ellos ni a ella misma.

—¿Y si te enfrentas a Ronan MacLeod de nuevo? —preguntó Mairead—. Es un hombre peligroso, Isla. No podemos subestimarlos.

Isla apretó los labios, recordando el enfrentamiento en el bosque, la fuerza de Ronan y la atracción inexplicable que había sentido. Sabía que él no se detendría, que haría todo lo posible por proteger a su clan, incluso si eso significaba enfrentarse a ella una y otra vez. Pero también sabía que no podía dejar que esa conexión la distrajera.

—Si me enfrento a él de nuevo, estaré preparada —afirmó Isla—. Pero no puedo dejar que él, o cualquier otro, nos detenga. Somos más fuertes de lo que creen. Esta lucha no ha terminado.

El silencio que siguió fue pesado, pero Isla percibió una ligera relajación en el ambiente. Había logrado infundir algo de su propia resolución en el grupo, y eso era lo que necesitaban para

seguir adelante.

—Tenemos que prepararnos para lo que venga —dijo finalmente—. Asegurémonos de que nuestros próximos movimientos sean imprevistos. No podemos permitir que nadie, ni siquiera Ronan MacLeod, nos tome por sorpresa de nuevo.

Uno a uno, los miembros del grupo comenzaron a dispersarse, algunos intercambiando murmullos sobre las nuevas medidas de seguridad, otros simplemente asimilando la situación. Isla se quedó un momento más en la casa comunal, sus pensamientos aún en el hombre que había logrado desconcertarla.

Cuando finalmente salió al aire frío de la noche, Isla se dirigió hacia su pequeña cabaña al borde del pueblo. Necesitaba tiempo para pensar, para procesar todo lo que había sucedido. Pero sobre todo, necesitaba encontrar una manera de lidiar con las emociones que Ronan había despertado en ella, emociones que no podía permitirse sentir.

Una vez dentro de su cabaña, Isla se dejó caer en una silla, su mente agotada por la tensión del día. Cerró los ojos, intentando despejar su mente, pero la imagen de Ronan se mantenía persistente, su mirada intensa y su presencia imponente.

—No puedo permitirme esto —murmuró para sí misma, obligándose a concentrarse en lo que realmente importaba.

El deber hacia su gente, hacia la causa por la que había luchado durante tanto tiempo, era lo que debía guiarla. Cualquier distracción, cualquier emoción fuera de lugar, solo la pondría en peligro, y a los suyos también.

Pero por más que lo intentara, no podía negar lo que había sentido en el bosque. Esa conexión inexplicable, esa chispa de algo que no había experimentado antes. Y aunque Isla sabía que debía ignorarlo, que debía centrarse en su lucha, la semilla de la duda ya había sido plantada en su corazón.

Finalmente, exhaló un largo suspiro, dejando que el agotamiento la envolviera. Sabía que la lucha sería aún más difícil ahora, no solo contra las fuerzas externas, sino también contra las internas. Y aunque no estaba segura de cómo enfrentaría ambos desafíos, una cosa era clara: no permitiría que nada, ni siquiera su propio corazón, la desviara de su propósito.

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de sol comenzaron a iluminar la aldea, Isla ya estaba en pie, su resolución más firme que nunca. Se preparó para lo que estaba por venir, consciente de que la batalla que había comenzado no solo sería contra los enemigos visibles, sino también contra los fantasmas de sus propios sentimientos.

Mientras Isla salía de su cabaña para reunirse con su grupo, una determinación renovada la impulsaba. No sabía qué deparaba el futuro, pero estaba preparada para enfrentarlo, dispuesta a luchar hasta el final, sin importar las consecuencias.

Y aunque Ronan MacLeod ocupaba un lugar en sus pensamientos, Isla sabía que, al menos por ahora, su lucha por la justicia debía prevalecer sobre todo lo demás. Con esa convicción, se dirigió al centro de la aldea, lista para liderar a su grupo hacia la siguiente etapa de su batalla, sin dejarse intimidar por los desafíos que pudieran surgir.

Capítulo 5: La Vigilancia

El castillo MacLeod se erguía imponente contra el cielo grisáceo de las Highlands, sus muros de piedra oscura reflejando el carácter austero y disciplinado de quienes lo habitaban. Dentro de esos muros, Ronan MacLeod caminaba con pasos largos y firmes, la tensión visible en la rigidez de sus hombros. Desde su enfrentamiento con Isla en el bosque, su mente no había tenido un momento de descanso. Los pensamientos sobre ella lo asaltaban constantemente, perturbando la calma que siempre había mantenido.

Desde el amanecer, había dado órdenes estrictas para intensificar la vigilancia en las tierras del clan. Los rumores de actividades rebeldes habían aumentado en los últimos días, y Ronan no estaba dispuesto a correr riesgos. Con cada patrulla que se organizaba, con cada reporte que llegaba a sus oídos, su preocupación crecía. No solo por la seguridad de su gente, sino también por la joven rebelde que había desafiado su autoridad de una manera que ningún otro lo había hecho.

Ronan subió las escaleras de la torre de vigilancia, donde uno de sus hombres lo esperaba con un informe actualizado de los movimientos en los alrededores. El viento frío le golpeó el rostro cuando llegó a la cima, pero no disminuyó su enfoque.

—¿Alguna novedad? —preguntó Ronan, sin preámbulos.

—Se han visto movimientos cerca del límite del bosque, mi señor —respondió el guardia—. Nada confirmado aún, pero algunos campesinos mencionaron haber visto figuras encapuchadas desplazándose al anochecer.

Ronan asintió, su mente trabajando rápidamente. Había aprendido a no subestimar la astucia de los rebeldes, especialmente ahora que Isla lideraba uno de los grupos más activos. Sin embargo, una parte de él no podía evitar admirar su audacia, aunque sabía que era peligroso dejar que esos pensamientos lo distrajeran.

—Quiero que dupliquemos las patrullas en esa zona —ordenó Ronan—. Que no se pase por alto ningún detalle, por insignificante que parezca.

El guardia asintió y se retiró para cumplir con las órdenes. Ronan se quedó solo en la torre, observando la extensión de sus tierras desde lo alto. Desde allí, todo parecía pacífico, pero sabía que bajo esa tranquilidad aparente se escondían tensiones que podrían estallar en cualquier momento.

Ronan bajó de la torre, dirigiéndose a su despacho en el castillo. Necesitaba investigar más sobre Isla, entender mejor sus motivaciones y las raíces de su causa. No podía permitirse actuar solo basándose en suposiciones; tenía que conocer la verdad, aunque esa verdad pudiera llevarlo a cuestionar su propia lealtad.

Una vez en su despacho, se sentó ante una mesa de madera oscura, cargada de pergaminos y mapas. Encendió una lámpara de aceite, cuya luz cálida iluminó los documentos que había reunido sobre los movimientos rebeldes en la región. Ronan estudió los informes, buscando cualquier mención de Isla MacGregor o su grupo. Con cada párrafo que leía, se hacía más evidente que su causa no era simplemente una revuelta sin sentido, sino una respuesta desesperada a la opresión que habían sufrido durante años.

La frustración creció en su interior. Como guardián del clan MacLeod, su deber era proteger las tierras y a su gente, pero ¿qué significaba realmente proteger cuando la justicia estaba en juego? Los impuestos excesivos, las tierras confiscadas, las familias separadas... Ronan no podía ignorar que había razones legítimas detrás de la rebelión.

Finalmente, encontró un informe más detallado sobre Isla. Describía su infancia en la aldea MacGregor, cómo había crecido viendo las injusticias que se cometían contra su gente, y cómo la muerte de su hermano, a manos de un recaudador de impuestos, la había llevado a tomar la decisión de luchar. Este detalle resonó profundamente en Ronan. La pérdida, la impotencia, el dolor que debió haber sentido Isla... todo eso la había convertido en la mujer fuerte y decidida que ahora lideraba a los rebeldes.

Ronan dejó el informe sobre la mesa, apoyando los codos en el borde y frotándose las sienes con ambas manos. ¿Cómo podría enfrentarse a ella sabiendo lo que había descubierto? La admiración que sentía por su valentía se mezclaba con una creciente empatía por su sufrimiento. Pero al mismo tiempo, sabía que su lealtad estaba con el clan MacLeod. Su deber era claro, y no podía permitir que sus emociones nublaran su juicio.

Mientras intentaba reconciliar esos sentimientos encontrados, un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante —dijo, enderezándose en su silla.

La puerta se abrió para revelar a Alasdair, su hermano mayor y jefe del clan. Alasdair, siempre observador, no tardó en percibir la preocupación en el rostro de Ronan.

—Te ves preocupado, hermano —comentó Alasdair, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

—Hay mucho en juego, Alasdair —respondió Ronan, señalando los informes sobre la mesa—. Estos rebeldes... no son solo un grupo de bandidos descontentos. Su causa tiene fundamentos, razones que no podemos ignorar.

Alasdair se acercó y tomó uno de los informes, leyéndolo en silencio. Después de un momento, levantó la vista hacia Ronan.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? —preguntó Alasdair con seriedad—. ¿Dejamos que continúen con sus ataques? ¿Permitimos que su rebelión se extienda?

Ronan negó con la cabeza, sabiendo que la respuesta no era tan simple.

—No, no podemos permitir que la violencia se descontrole —dijo—. Pero quizás sea el momento de reconsiderar cómo manejamos esta situación. Si continuamos enfrentándolos solo con fuerza, corremos el riesgo de avivar aún más su resentimiento. Quizás haya otra manera, una que no implique más derramamiento de sangre.

Alasdair lo observó en silencio, sus ojos penetrantes tratando de leer más allá de las palabras de Ronan. Finalmente, asintió.

—Si has encontrado otra opción, te escucho —dijo Alasdair, con un tono que indicaba que confiaba en el juicio de su hermano.

Ronan suspiró, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. No tenía todas las respuestas, pero sabía que debía intentarlo.

—Necesito acercarme a Isla MacGregor —confesó Ronan—. Hablar con ella, entender sus verdaderas intenciones. Quizás haya una posibilidad de resolver esto de manera pacífica. Si logro llegar a un acuerdo con ella, tal vez podamos evitar un conflicto mayor.

La expresión de Alasdair se endureció ligeramente al escuchar el nombre de Isla. Conocía a Ronan demasiado bien para no darse cuenta de que había algo más en juego.

—¿Es solo eso? —preguntó Alasdair, su tono cuidadosamente neutral—. ¿O hay algo más que te impulsa a acercarte a esa mujer?

Ronan lo miró fijamente, sabiendo que no podía ocultar nada a su hermano. Alasdair siempre había sido su confidente, su aliado más cercano.

—No lo sé —admitió Ronan, con una sinceridad que lo sorprendió incluso a él mismo—. Isla me desafió de una manera que nadie más lo ha hecho. Hay algo en ella... algo que no puedo ignorar. Pero lo que siento es irrelevante. Lo importante es encontrar una solución.

Alasdair asintió lentamente, comprendiendo la lucha interna de Ronan. Sabía que su hermano era un hombre de principios, y que nunca dejaría que sus emociones nublaran su deber. Pero también sabía que esta situación era diferente a cualquier otra que hubieran enfrentado.

—Confío en tu juicio, Ronan —dijo Alasdair finalmente—. Si crees que esta es la mejor manera de proceder, tienes mi apoyo. Pero ten cuidado. No subestimes lo que esa mujer puede hacer.

Ronan asintió, agradecido por el apoyo de su hermano. Sabía que se enfrentaba a un camino lleno de incertidumbres, pero estaba decidido a seguir adelante.

—Lo haré, Alasdair —respondió Ronan—. Y te prometo que haré lo que sea necesario para proteger a nuestro clan.

Alasdair le dio una palmada en el hombro antes de salir del despacho, dejando a Ronan solo una

vez más. El silencio que siguió fue denso, cargado de las decisiones que debía tomar.

Ronan se levantó y caminó hacia la ventana, observando el paisaje que se extendía más allá de los muros del castillo. El viento soplaba fuerte, y las nubes se movían rápidamente por el cielo, como presagiando una tormenta inminente. Ronan sabía que los días por venir estarían llenos de desafíos, tanto externos como internos.

Finalmente, tomó una decisión. Salió del despacho y se dirigió a las caballerizas, donde eligió a su caballo más rápido. Montó con determinación y salió del castillo, dirigiéndose hacia la aldea MacGregor.

El camino era largo y solitario, pero Ronan lo recorrió con una firmeza que no permitía dudas. Mientras avanzaba, sus pensamientos se centraron en Isla, en la

mujer que había despertado algo en él que no podía explicar. Sabía que debía enfrentarla de nuevo, pero esta vez no sería solo como el guardián del clan, sino como un hombre dispuesto a encontrar una solución que pudiera beneficiar a ambos.

Cuando finalmente llegó a las cercanías de la aldea, detuvo su caballo y observó desde la distancia. La aldea parecía tranquila, pero Ronan sabía que bajo esa calma había tensiones ocultas. Se dirigió a un claro cercano, donde sabía que Isla solía reunirse con su grupo. Allí, desmontó y esperó, sabiendo que tarde o temprano Isla aparecería.

El tiempo pasó lentamente, pero Ronan no perdió la paciencia. Finalmente, escuchó el sonido de pasos acercándose, y su corazón se aceleró. Giró y la vio, emergiendo de entre los árboles con su habitual determinación en los ojos. Isla se detuvo al verlo, su sorpresa rápidamente reemplazada por una expresión de cautela.

—Ronan MacLeod —dijo, su voz firme pero teñida de curiosidad—. No esperaba verte aquí.

—Tenía que hablar contigo —respondió Ronan, dando un paso hacia ella—. Hay cosas que debemos discutir, Isla. Cosas que podrían cambiar el curso de todo esto.

Isla lo observó en silencio por un momento, evaluando sus palabras. Finalmente, asintió, aunque su postura seguía siendo defensiva.

—Habla, entonces —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero no pienses que me convencerás fácilmente, Ronan.

Ronan la miró a los ojos, sabiendo que la tarea que tenía por delante no sería sencilla. Pero también sabía que debía intentarlo, por el bien de su gente y, quizás, por algo más profundo que aún no comprendía del todo.

—No estoy aquí para convencerte —respondió Ronan, su voz llena de sinceridad—. Estoy aquí para encontrar una manera de que ambos ganemos. Para evitar un conflicto que ninguno de los dos quiere.

La tensión entre ellos era palpable, pero también lo era la chispa de algo más. Ronan sabía que el camino que tenían por delante sería difícil, pero estaba dispuesto a recorrerlo. Y en ese momento, con Isla frente a él, supo que no había vuelta atrás.

Lo que sucediera a continuación dependería de ambos, y del frágil equilibrio que intentarían mantener entre el deber y los sentimientos que comenzaban a aflorar.

Capítulo 6: Un Encuentro Fortuito

El bullicio del mercado del pueblo resonaba en el aire fresco de la mañana. Los vendedores pregonaban sus productos, las risas y conversaciones se mezclaban en un murmullo constante, y el aroma de pan recién horneado se entrelazaba con el olor terroso de las verduras recién cosechadas. Isla MacGregor se movía entre la multitud, su mirada afilada, evaluando cada rincón del lugar, siempre alerta, siempre preparada.

Había venido al mercado a comprar suministros para su aldea, una tarea simple en apariencia, pero que siempre llevaba consigo un riesgo latente. Sabía que no era bien recibida por todos, y su nombre circulaba entre murmullos y miradas suspicaces. Sin embargo, Isla caminaba con la cabeza en alto, su porte altivo desafiando cualquier opinión adversa. La joven rebelde nunca mostraba debilidad, ni siquiera en los lugares más comunes.

Mientras revisaba las manzanas en uno de los puestos, su mente se distrajo momentáneamente con recuerdos del último enfrentamiento con Ronan MacLeod. Aún podía sentir la tensión entre ambos, la mezcla de desafío y algo más que no lograba comprender del todo. Había algo en él que la inquietaba, una atracción que no podía negar, pero que estaba decidida a ignorar. No había lugar en su vida para algo tan trivial como el romance.

De repente, una figura alta y familiar se perfiló entre la multitud, y el corazón de Isla se aceleró. Era Ronan. Él también había venido al mercado, pero por razones que desconocía. Su presencia, tan imponente como siempre, destacaba incluso en medio del gentío. La manera en que sus ojos recorrían el entorno, atentos a cada detalle, delataba su naturaleza vigilante. Isla sabía que él siempre estaba alerta, siempre controlando.

Ronan también la vio, y por un breve momento, sus miradas se encontraron. La chispa de reconocimiento fue inmediata, y con ella, la tensión palpable que siempre surgía cuando estaban cerca. Ninguno de los dos desvió la mirada, como si estuvieran midiendo la determinación del otro.

—Isla MacGregor —dijo Ronan con voz firme cuando se acercó a ella, su tono marcado por la formalidad, aunque su mirada dejaba entrever algo más.

—Ronan MacLeod —respondió Isla, con la misma formalidad, aunque en su voz se filtraba un matiz desafiante—. No esperaba verte aquí.

Ronan esbozó una media sonrisa, la clase de sonrisa que no llegaba a sus ojos, pero que tenía el poder de desconcertar a quienes no lo conocían bien.

—Tengo mis deberes, como siempre —respondió él, echando un vistazo a los alrededores—. Y parece que tú también.

Isla frunció el ceño ligeramente, notando el matiz en sus palabras, como si estuviera evaluando sus intenciones incluso en un simple día de mercado.

—Mis asuntos no te conciernen, Ronan —replicó, su tono firme—. Estoy aquí para abastecerme, nada más.

—¿De verdad? —Ronan arqueó una ceja, su expresión era una mezcla de incredulidad y algo que Isla no lograba descifrar—. En estos tiempos, todo lo que haces me concierne, Isla. Sabes que vigilo de cerca todo lo que ocurre en nuestras tierras.

—¿Nuestras tierras? —Isla dejó escapar una risa breve, llena de ironía—. Qué conveniente es para ti, un MacLeod, reclamar estas tierras como tuyas. ¿Acaso te has olvidado de que estas mismas tierras han sido arrebatadas a otros?

La mirada de Ronan se oscureció, pero no perdió la compostura.

—No, no lo he olvidado. Pero mi deber es protegerlas, proteger a todos los que viven en ellas. Incluidos aquellos que no están de acuerdo con todo lo que hacemos —respondió, su voz contenía una calma que parecía calculada.

Isla sintió cómo la frustración crecía dentro de ella. Sabía que enfrentarse a Ronan de manera directa en un lugar tan público no era prudente, pero no podía evitarlo. Había algo en su actitud, en la forma en que parecía siempre tener el control, que la irritaba profundamente.

—Si de verdad quisieras proteger a todos, Ronan, no estarías persiguiendo a aquellos que solo buscan justicia. Lo que tú llamas protección, yo lo llamo opresión —replicó Isla, sus ojos brillaban con la intensidad de sus convicciones.

Ronan mantuvo su mirada fija en la de Isla, y por un instante, ella pensó que había visto una sombra de duda en sus ojos, pero desapareció tan rápido como había llegado.

—Lo que tú llamas justicia, Isla, yo lo veo como una amenaza a la estabilidad. He visto lo que la rebelión puede causar, y no permitiré que estas tierras se desmoronen por el capricho de unos pocos.

—Capricho —Isla escupió la palabra con desprecio—. No tienes idea de lo que hablas, Ronan. Para ti, todo se reduce a mantener el orden. Pero para nosotros, es nuestra vida la que está en juego, nuestro futuro.

—¿Y crees que no lo sé? —Ronan dio un paso hacia ella, acortando la distancia entre ambos. Sus palabras eran un susurro, apenas audible sobre el murmullo del mercado—. Crees que no entiendo lo que estás intentando hacer, pero no subestimes lo que podría estar en juego para mí también.

Isla retrocedió ligeramente, sorprendida por la intensidad en la voz de Ronan. Era como si, por un momento, él hubiera bajado la guardia, dejando entrever una faceta de sí mismo que nunca antes había mostrado. Algo en su expresión la hizo dudar, pero rápidamente desechó ese

pensamiento.

—No puedo permitirme confiar en tus palabras, Ronan. No cuando sé lo que está en juego.

Ronan asintió, comprendiendo que no la convencería fácilmente. Pero algo había cambiado en él desde su último encuentro. La obstinación de Isla, su valentía, habían despertado en él una mezcla de admiración y frustración que lo inquietaba.

—No te estoy pidiendo que confíes en mí —dijo finalmente, su tono más suave, pero firme—. Solo te pido que consideres lo que está en juego para todos, no solo para ti.

Isla sostuvo su mirada, sintiendo la tensión entre ellos como una cuerda que estaba a punto de romperse. Sabía que Ronan no era un hombre que hablara sin pensar, y sus palabras la desconcertaban más de lo que quería admitir.

—No es tan simple, Ronan. No puedes pedir que olvide lo que nos han hecho —susurró, más para sí misma que para él.

—No te estoy pidiendo que olvides. Solo que pienses en el futuro, no solo en el pasado —replicó Ronan, antes de dar un paso atrás, dándole espacio.

Isla asintió lentamente, como si intentara procesar lo que había dicho. Había algo en su voz, en su postura, que hacía que todo pareciera más complicado. Quería odiarlo, quería verlo solo como el enemigo, pero algo dentro de ella se resistía.

—Lo pensaré —dijo finalmente, su voz apenas un susurro.

Ronan la observó durante un largo momento, como si quisiera decir algo más, pero finalmente solo asintió.

—Eso es todo lo que pido —dijo antes de girarse para marcharse, pero no sin antes lanzarle una última mirada cargada de significado.

Isla lo vio alejarse, su mente en un torbellino de pensamientos. Sabía que Ronan no era alguien fácil de manipular, pero algo en su comportamiento la había dejado con más preguntas que respuestas. Mientras lo veía desaparecer entre la multitud, supo que su próximo encuentro no sería menos complicado.

La mañana avanzó, pero la sensación de inquietud persistió en Isla. Sabía que no podía permitirse titubear, pero cada vez que recordaba la mirada de Ronan, sentía que algo dentro de ella cambiaba lentamente, como si las convicciones que había sostenido con tanta firmeza comenzaran a resquebrajarse.

El mercado seguía con su bullicio habitual, pero para Isla, todo parecía haberse vuelto un poco más incierto. Sabía que debía regresar a su aldea, preparar a su grupo para los próximos movimientos, pero su mente seguía volviendo a Ronan, a sus palabras, a la forma en que la había mirado.

—No es tan simple —murmuró para sí misma, retomando su camino a través del mercado, pero sabiendo que las decisiones que tomara en los próximos días serían cruciales. No solo para ella, sino para todos aquellos que habían puesto su confianza en ella.

Mientras caminaba de regreso, Isla no pudo evitar pensar en las palabras de Ronan. Quizás, solo quizás, había más en él de lo que había imaginado. Pero no podía permitirse bajar la guardia, no ahora. Sabía que su lucha apenas comenzaba y que la línea entre enemigo y aliado se volvía cada vez más borrosa.

Capítulo 7: La Conspiración

El salón del consejo en el castillo MacLeod estaba lleno de un aire tenso y expectante. Las antorchas en las paredes arrojaban sombras danzantes sobre los rostros severos de los miembros del consejo, todos hombres de edad madura, curtidos por la vida y endurecidos por años de decisiones difíciles. Sentados en sus lugares, esperaban ansiosos a que Ronan MacLeod, el guardián del clan, hablara.

Ronan estaba de pie, imponente como siempre, con los brazos cruzados sobre el pecho. Había convocado a la reunión para informar sobre las recientes actividades de los rebeldes, liderados por Isla MacGregor. Aunque su semblante permanecía impasible, su mente estaba en conflicto, una batalla interna que había comenzado a librarse desde su encuentro en el mercado con la audaz joven.

—Hemos recibido informes de que los rebeldes están planeando un nuevo ataque —comenzó Ronan, su voz resonando con autoridad en el silencio de la sala—. Isla MacGregor sigue siendo una amenaza para la estabilidad de nuestras tierras.

Los murmullos se esparcieron entre los consejeros, intercambiando miradas cargadas de preocupación. Uno de los más veteranos, Fergus MacLeod, un hombre de cejas pobladas y un carácter tan áspero como su voz, fue el primero en hablar.

—Es inaceptable que estos rebeldes sigan desafiando nuestra autoridad —gruñó Fergus, golpeando la mesa con un puño cerrado—. Debemos aplastarlos de una vez por todas. ¡No podemos permitir que una joven imprudente y su pandilla de campesinos desestabilicen nuestras tierras!

Otros miembros asintieron, sus expresiones duras reflejaban la determinación de quienes han visto demasiadas amenazas a lo largo de sus vidas. Sin embargo, Ronan no respondió de inmediato. Durante años, había defendido su tierra con mano firme, tomando decisiones duras cuando era necesario, pero la situación con Isla lo hacía dudar. Había algo en ella que lo desconcertaba, una mezcla de convicción y desesperación que lo llevaba a cuestionar sus propias acciones.

—Estoy de acuerdo en que debemos actuar —dijo finalmente Ronan, sus palabras elegidas con cuidado—, pero debemos considerar las implicaciones de nuestras decisiones. Isla MacGregor no es solo una rebelde cualquiera. Su causa, aunque errada en sus métodos, tiene raíces profundas en el descontento que muchos sienten en estas tierras.

—¡Eso es irrelevante! —exclamó otro consejero, un hombre de mediana edad llamado Duncan, cuyo temperamento impetuoso era bien conocido—. La disidencia no puede ser tolerada. Si permitimos que sigan con sus fechorías, otros podrían seguir su ejemplo. ¡Debemos detenerla

ahora!

Ronan observó a Duncan con una mezcla de comprensión y frustración. Sabía que los miedos de Duncan no eran infundados, pero algo en su interior lo empujaba a buscar otra solución.

—No sugiero que ignoremos la amenaza —respondió Ronan con calma—, pero quizás deberíamos considerar una aproximación más estratégica. La violencia solo engendra más violencia. Si atacamos de manera frontal, corremos el riesgo de convertir a Isla y su grupo en mártires para aquellos que ya simpatizan con ellos.

—¿Entonces, qué propones? —preguntó Fergus, su tono más bajo, pero no menos cargado de desafío—. No podemos simplemente dejar que sigan adelante. Ya hemos mostrado demasiada indulgencia.

Ronan se tomó un momento antes de responder, su mente trabajando a toda velocidad. Sabía que lo que iba a proponer no sería bien recibido por todos, pero sentía que era necesario.

—Propongo que intentemos desactivar la situación antes de que se des controle por completo —dijo finalmente—. Necesitamos enviar a alguien que pueda hablar con Isla, que intente entender sus verdaderas motivaciones y ver si existe alguna forma de llegar a un acuerdo que evite un conflicto mayor.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso y cargado de incredulidad. Los miembros del consejo intercambiaron miradas desconcertadas, como si Ronan hubiera perdido el juicio.

—¿Hablar con los rebeldes? —repitió Duncan, con una mezcla de burla y desprecio en su voz—. Eso es un signo de debilidad. Ellos interpretarán cualquier intento de negociación como un reconocimiento de su poder.

—¿Y si no? —Ronan levantó la vista, sus ojos brillando con determinación—. ¿Y si, en lugar de hacer crecer la llama de la rebelión, podemos sofocarla antes de que se convierta en un incendio que no podamos controlar?

Fergus se reclinó en su silla, observando a Ronan con una mezcla de respeto y escepticismo.

—Ronan, siempre has sido un hombre de acción. Es difícil imaginarte proponiendo palabras en lugar de espadas —comentó Fergus, aunque su tono no era del todo crítico—. Pero hay sabiduría en lo que dices. Aunque me cuesta admitirlo, quizás haya algo que ganar al intentar negociar.

Duncan bufó, pero no replicó de inmediato. Ronan sabía que convencer a todos sería una tarea difícil, pero estaba dispuesto a intentarlo.

—No estoy sugiriendo que abandonemos nuestra preparación para un posible conflicto —continuó Ronan, su voz firme—. Pero si existe una oportunidad de resolver esto sin derramamiento de sangre, debemos considerarla. Al final, lo que buscamos es la estabilidad de nuestras tierras, y eso podría lograrse sin la necesidad de una guerra interna.

El silencio cayó nuevamente sobre la sala, mientras los consejeros reflexionaban sobre las palabras de Ronan. Algunos seguían escépticos, pero otros comenzaban a ver la lógica en su propuesta.

—Entonces, ¿quién se encargará de esta misión de paz? —preguntó finalmente Fergus, con una mueca—. No puedo imaginar a ningún miembro de este consejo dispuesto a hablar con esa joven rebelde.

Ronan tomó una profunda respiración. Sabía que esta era la parte más difícil, pero también la más importante.

—Yo lo haré —dijo con determinación—. He tenido contacto con Isla MacGregor antes, y creo que puedo encontrar una manera de acercarme a ella. Si esto falla, tomaremos las medidas necesarias, pero creo que debemos intentar primero resolverlo por las buenas.

El asombro fue palpable en las caras de los consejeros. La idea de que Ronan, el guardián que siempre había defendido al clan con mano de hierro, se ofreciera a negociar con una rebelde, era difícil de aceptar. Pero la autoridad de Ronan en el consejo era indiscutible, y sabían que cuando él tomaba una decisión, era porque estaba convencido de su acierto.

—Es un riesgo, Ronan —dijo Fergus con gravedad—. Un riesgo grande. Si Isla no acepta tus términos, podrías estar poniéndote en peligro. Y si los demás rebeldes se enteran de que intentaste negociar, podrías perder la autoridad que tanto has trabajado por mantener.

—Lo sé —asintió Ronan, consciente de las posibles consecuencias—. Pero también sé que si no hacemos algo diferente, podríamos enfrentar una guerra que podría destruirnos a todos. Estoy dispuesto a asumir ese riesgo, por el bien del clan.

Hubo un murmullo de aprobación entre algunos de los consejeros. Aunque no todos estaban de acuerdo con la estrategia, había un respeto creciente por la disposición de Ronan a arriesgarse para evitar un conflicto mayor.

—Muy bien —dijo Fergus finalmente, su tono resignado pero respetuoso—. Si esa es tu decisión, Ronan, te apoyaremos. Pero si esto falla, debemos estar preparados para actuar con fuerza.

—Lo estaremos —aseguró Ronan, con la seguridad de quien está acostumbrado a estar en control—. Pero primero, dejadme intentar resolver esto de manera pacífica.

La reunión del consejo concluyó poco después, con un aire de incertidumbre en la sala. Ronan salió del castillo, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Sabía que su plan era arriesgado, pero también sabía que era lo correcto. Mientras caminaba por los pasillos de piedra, sus pensamientos volvieron a Isla, a la fuerza en su mirada, a la convicción que la impulsaba.

No sería fácil, pero Ronan estaba decidido a intentar llegar a un acuerdo con ella. Si había una

manera de evitar un conflicto, lo haría. Y si no, estaba preparado para enfrentar las consecuencias, como siempre lo había hecho.

El sol comenzaba a ponerse cuando Ronan llegó a sus aposentos. Se detuvo ante la ventana, observando cómo el cielo se teñía de naranja y púrpura. Sabía que el próximo paso sería crucial, no solo para él, sino para todo el clan. Con la determinación grabada en su corazón, Ronan decidió que, al día siguiente, buscaría a Isla MacGregor y hablaría con ella, intentando trazar un nuevo camino que, con suerte, evitaría la destrucción de todo lo que ambos valoraban.

La noche caía sobre el castillo MacLeod, pero en la mente de Ronan, la batalla entre el deber y la compasión aún estaba en marcha.

Capítulo 8: Una Oferta Peligrosa

La aldea MacGregor, con sus modestas cabañas y senderos de tierra, se encontraba en una inquietante quietud bajo el cielo grisáceo de la tarde. Isla MacGregor caminaba con paso decidido hacia la pequeña choza al final del pueblo, donde la esperaban algunos de los más fervientes simpatizantes de su causa. Sus pensamientos eran un torbellino de emociones y dudas, agudizados por el peso de la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros.

Isla había pasado la mayor parte de su vida luchando contra las injusticias que su gente había soportado durante generaciones. Desde niña, había visto cómo los impuestos injustos y las decisiones arbitrarias de los gobernantes destruían las vidas de los campesinos y obligaban a su clan a la pobreza. Esa lucha la había endurecido, pero también le había dado un propósito. Sin embargo, lo que estaba a punto de discutir en esa choza era diferente a todo lo que había hecho antes. El peligro que representaba no solo para ella, sino para todo su clan, era inmenso.

Cuando llegó a la puerta de la choza, tomó una respiración profunda antes de entrar. Dentro, el aire estaba cargado de expectación y el olor de la madera quemada. Alrededor de la mesa central, iluminada por un par de lámparas de aceite, estaban sentados tres hombres y una mujer, todos con rostros serios y ojos llenos de determinación. Entre ellos, su viejo amigo Seamus, quien la había introducido en la causa rebelde, se levantó al verla entrar.

—Isla —la saludó con un asentimiento—. Gracias por venir. Sabemos que estás ocupada, pero lo que tenemos que discutir es de suma importancia.

Isla inclinó la cabeza, aceptando el saludo, y se sentó en el lugar vacío que habían dejado para ella. Sus ojos recorrieron los rostros de los presentes, buscando cualquier señal de duda o nerviosismo, pero solo encontró la misma intensidad que sentía en su propio pecho.

—Sé que esto es importante —dijo finalmente, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero quiero dejar claro desde el principio que no tomaré ninguna decisión sin antes escuchar todos los detalles. Lo que propongamos aquí no solo afectará a nosotros, sino a todo el clan MacGregor.

La mujer a su derecha, una joven de cabello oscuro y ojos agudos llamada Moira, asintió lentamente.

—Por supuesto, Isla —respondió Moira con una voz firme—. No estamos sugiriendo actuar a la ligera. Pero la situación ha cambiado. Los MacLeod han intensificado su vigilancia, y los rumores dicen que están planeando medidas más duras contra cualquier intento de rebelión. Si no hacemos algo ahora, podríamos perder nuestra única oportunidad de enfrentarlos en nuestros términos.

Uno de los hombres, un tipo robusto y curtido por el sol, llamado Duncan, se inclinó hacia adelante, apoyando sus manos callosas sobre la mesa.

—Hemos recibido una oferta —dijo con voz grave—. Un grupo más radical que ha estado luchando contra los opresores en el sur nos ha contactado. Proponen unir fuerzas para llevar a cabo un ataque directo contra el castillo MacLeod. Sería un golpe devastador, algo que nunca esperarían.

Las palabras de Duncan cayeron como un mazo sobre Isla. Su corazón comenzó a latir más rápido, y pudo sentir la tensión creciente en el aire. Aunque no lo mostró, la propuesta la había sacudido. Un ataque directo al castillo no era algo que se tomara a la ligera. Sabía que el castillo MacLeod no solo era una fortaleza casi inexpugnable, sino también el hogar de su gente, una reliquia que simbolizaba el poder y la historia de los Highlands.

—¿Un ataque directo? —repitió Isla, su voz baja y medida—. Eso no es solo arriesgado, es una declaración de guerra abierta. Si fallamos, podríamos provocar una represalia que destruiría todo lo que hemos construido. Y si lo logramos, podríamos desencadenar un conflicto que afectaría a todas las familias de estas tierras.

Seamus, quien había estado en silencio hasta entonces, se inclinó hacia ella con una expresión que mezclaba preocupación y determinación.

—Lo sé, Isla, y no tomamos esta decisión a la ligera. Pero los MacLeod no nos dejarán otra opción. Si seguimos esperando, solo les daremos más tiempo para fortalecerse y aplastar cualquier intento de resistencia. Este ataque podría ser nuestra única oportunidad de tomar la delantera.

Isla desvió la mirada hacia la ventana, donde las sombras comenzaban a alargarse con la caída de la tarde. Su mente trabajaba frenéticamente, sopesando los riesgos y las posibles consecuencias. Sabía que, si aceptaba esta propuesta, se estaba comprometiendo a un camino del que tal vez no hubiera retorno. Sin embargo, también sabía que la justicia que buscaba no vendría sin un sacrificio. Pero, ¿era este el sacrificio que estaba dispuesta a hacer?

—¿Qué garantías tenemos de que este grupo radical nos apoyará como prometen? —preguntó finalmente, volviendo la vista a sus compañeros—. ¿Y qué sabemos de sus métodos?

Moira fue quien respondió, con una frialdad calculadora en su tono.

—Son conocidos por su efectividad, aunque sus métodos son... extremos. No buscan solo la victoria, sino también enviar un mensaje. Eso podría significar más derramamiento de sangre del que estamos acostumbrados, Isla. Pero en términos de estrategia, tienen la experiencia y los recursos que nos faltan.

Isla sintió un nudo formarse en su estómago. La idea de aliarse con personas dispuestas a ir tan lejos la inquietaba, pero sabía que Moira tenía razón en un aspecto: sus recursos eran limitados, y enfrentarse a los MacLeod sin una ventaja significativa sería un suicidio.

—¿Y si fallamos? —preguntó Isla, sabiendo que la respuesta podría definir su decisión—. ¿Qué

pasa si el ataque fracasa y los MacLeod sobreviven? ¿Qué les queda a nuestras familias entonces?

Duncan tomó la palabra nuevamente, con una dureza en su voz que Isla no pudo evitar notar.

—Entonces, habremos fallado como líderes. Pero te diré esto, Isla: si no hacemos algo ahora, estaremos fallando igualmente, pero sin siquiera haberlo intentado. A veces, debemos arriesgarnos para conseguir lo que es justo.

Isla asintió lentamente, entendiendo la lógica de Duncan, aunque no le gustara. Sabía que su deseo de justicia la estaba empujando a considerar esta oferta, pero también sabía que su instinto le gritaba que fuera cautelosa. La línea entre el valor y la imprudencia era delgada, y estaba a punto de caminar sobre ella.

—Dame un momento para pensarlo —dijo finalmente, levantándose de la mesa—. Necesito tiempo para considerar todas las opciones antes de tomar una decisión.

Los demás asintieron, respetando su petición. Sabían que Isla no tomaba decisiones a la ligera y que su juicio era una de las razones por las cuales la seguían.

Isla salió de la choza y caminó hacia la linde del bosque, donde la luz del día comenzaba a desvanecerse, dejando un rastro de sombras que se alargaban por el suelo. El sonido de las hojas susurrantes y el viento frío en su rostro la ayudaban a calmar su mente, pero no podían silenciar el tumulto en su interior.

Se detuvo al borde del claro, donde podía ver a lo lejos el castillo MacLeod, una oscura silueta contra el cielo teñido de naranjas y rojos. Sus pensamientos se volcaron hacia Ronan, el guardián del castillo, cuyo rostro había sido imposible de borrar de su mente desde su último encuentro. Recordó su mirada penetrante, su fuerza contenida y la complejidad que había percibido en él, una mezcla de firmeza y algo más... una curiosidad que parecía ir más allá del deber.

Ronan MacLeod era un hombre peligroso, no solo porque representaba todo lo que ella había jurado combatir, sino porque, de alguna manera, había despertado algo en ella, una chispa de duda que no podía permitirse. Si aceptaba la oferta del grupo radical, sabía que lo enfrentaría directamente, y en ese momento, su destino y el de su gente se sellarían.

El viento se intensificó, agitando su cabello y enviando un escalofrío por su columna. Isla cerró los ojos por un momento, tratando de encontrar claridad en medio de su caos interior. Sabía que debía tomar una decisión pronto, pero por primera vez en mucho tiempo, se sentía completamente sola en ese proceso.

Al abrir los ojos, su determinación comenzó a solidificarse. Sabía que cualquiera que fuera su decisión, cambiaría el curso de su vida y la de su clan para siempre. Podía rechazar la oferta y continuar la lucha a su manera, o podía aceptar y arriesgarlo todo por una oportunidad de cambiar el destino de su gente.

Con el corazón pesado y la mente cargada, Isla regresó lentamente a la aldea, su sombra alargándose detrás de ella como un presagio. Mientras caminaba, su resolución se endureció. Sabía lo que tenía que hacer, aunque el precio podría ser alto. La justicia era un objetivo noble, pero a veces, para alcanzarla, se debía caminar por caminos oscuros y tomar decisiones que pesaban sobre el alma.

Al llegar a la choza, empujó la puerta y entró, con la mirada fija en sus compañeros.

—He tomado una decisión —anunció con voz firme—. Aceptaremos la oferta, pero lo haremos a nuestra manera. No pondré en peligro a nuestra gente sin tener un plan sólido. Si vamos a hacer esto, será bajo nuestras condiciones, no las de ellos.

Hubo un murmullo de aprobación y asentimientos entre los presentes. Isla sabía que su decisión había sellado su destino, pero también sabía que lo había hecho con la convicción de luchar por lo que era justo, incluso si eso significaba caminar por un sendero peligroso.

Mientras discutían los detalles del plan, la figura de Ronan se mantenía en el fondo de su mente, un recordatorio constante de lo que estaba en juego. Isla estaba lista para arriesgarlo todo, sabiendo que cada movimiento podría ser el último. Pero si había algo que sabía con certeza, era que su espíritu indomable no se quebraría fácilmente, sin importar cuán oscuras se volvieran las circunstancias.

Capítulo 9: El Dilema del Guardián

Las primeras luces del alba se filtraban a través de las estrechas ventanas del castillo MacLeod, dibujando sombras alargadas en las paredes de piedra fría. Ronan MacLeod, el guardián del clan, se encontraba solo en su despacho, rodeado por mapas, informes y pergaminos, pero su mente estaba muy lejos de las tácticas militares y las estrategias de defensa que normalmente lo absorbían.

La noche anterior había recibido un mensaje urgente de uno de sus informantes más confiables, un hombre que se movía silenciosamente entre los rebeldes, obteniendo información crucial. El mensaje contenía detalles sobre los planes de Isla MacGregor y su grupo para llevar a cabo un ataque que, de tener éxito, podría sacudir los cimientos del poder en la región. Sin embargo, lo que más perturbaba a Ronan no era el inminente peligro, sino la figura de Isla, la joven rebelde que había logrado infiltrarse en sus pensamientos y desestabilizar su sentido del deber.

Con el informe aún en sus manos, Ronan se levantó de su asiento, caminando de un lado a otro en la pequeña habitación. El fuego en la chimenea chisporroteaba, arrojando un calor que no lograba calmar la inquietud en su interior. La disciplina y el control que habían definido su vida hasta ese momento parecían desmoronarse frente a la complejidad de la situación que ahora enfrentaba.

Había aprendido desde joven que su responsabilidad como guardián era proteger a su clan, asegurar que las amenazas externas fueran eliminadas antes de que pudieran causar daño. Pero ahora, frente a esta nueva amenaza, las cosas no eran tan claras. Ronan no podía simplemente ordenar la detención de Isla y su grupo sin antes considerar las implicaciones. Sabía que había algo más en esta rebelión, algo que iba más allá de la simple insurgencia. Y lo sabía porque había visto el fuego en los ojos de Isla, una pasión que no provenía de la ambición personal, sino de una profunda convicción.

—¿Qué debo hacer? —murmuró para sí mismo, deteniéndose frente a la ventana, mirando hacia los campos que se extendían más allá del castillo.

La respuesta lógica era obvia: debía aplastar la rebelión antes de que pudiera crecer. Pero algo en su interior le decía que había más en juego. Isla no era simplemente una rebelde, y sus motivaciones no se reducían al simple deseo de causar caos. Había una causa, una razón detrás de sus acciones, y Ronan, en contra de todo lo que había aprendido, se encontraba dudando si la manera correcta de manejar esto era con la fuerza.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Giró sobre sus talones y ordenó entrar. Un joven soldado apareció en el umbral, con la espalda recta y la mirada seria.

—Señor, hemos recibido más informes de actividad en las tierras de los MacGregor. Los

exploradores confirman movimientos inusuales cerca de la frontera —informó con voz firme.

Ronan asintió, asimilando la información. Sabía que no podía ignorar esta nueva amenaza, pero también sabía que actuar precipitadamente podría tener consecuencias devastadoras.

—Gracias, Fergus. Mantén a los hombres en alerta y asegúrate de que nuestros exploradores no se acerquen demasiado. No quiero provocar una confrontación antes de estar completamente seguro de la situación —ordenó.

El soldado asintió y salió de la habitación, dejando a Ronan nuevamente solo con sus pensamientos. El dilema era claro: debía elegir entre seguir el camino que siempre había conocido, el de la seguridad y la lealtad a su clan, o explorar una ruta desconocida, una que lo llevaría a cuestionar su propio sentido de justicia.

Con un suspiro pesado, Ronan se acercó a su escritorio y se dejó caer en la silla. Extendió el informe frente a él, sus ojos recorriendo las palabras que describían los planes de Isla. Se imaginó enfrentándola nuevamente, esta vez no solo como un guardián del castillo, sino como un hombre que buscaba entender, un hombre atrapado entre el deber y el deseo.

Recordaba vívidamente su primer encuentro con ella en el bosque. La intensidad de sus ojos, la valentía que irradiaba a pesar de la evidente disparidad de fuerzas. Isla no se parecía a ninguna otra persona que hubiera conocido. Había algo en ella que lo desafiaba, no solo como guerrera, sino como ser humano.

A pesar de sus sentimientos, Ronan sabía que no podía permitirse dudar demasiado. Cada momento de incertidumbre significaba un mayor riesgo para su clan. Pero ¿cómo podía conciliar su deber con los sentimientos que comenzaban a germinar en su corazón? ¿Podría haber una manera de evitar el conflicto directo y, al mismo tiempo, proteger a su gente?

Un pensamiento comenzó a tomar forma en su mente, una posibilidad que no había considerado antes. ¿Y si, en lugar de enfrentarse a Isla como un enemigo, intentaba comprenderla, tal vez incluso persuadirla de que había una forma mejor de luchar por su causa? Era una idea peligrosa, una que podría ser vista como traición por sus compañeros del clan, pero también era la única que podía evitar un derramamiento de sangre.

Ronan se levantó de nuevo, con la determinación finalmente asentada en su mente. Sabía lo que tenía que hacer, aunque no estaba seguro de cómo lo lograría. Necesitaba hablar con Isla, entenderla, y encontrar un camino que no involucrara la destrucción de su causa o la seguridad de su gente.

Esa noche, cuando las sombras de la luna se alargaban sobre el castillo, Ronan se preparó para salir. Sabía que la misión que estaba emprendiendo no era oficial, que nadie más que él debía saberlo. Se vestía con ropas sencillas, sin el uniforme que lo identificaba como el guardián, para no atraer atención. Tomó solo lo necesario, su espada ligera y una capa oscura para mezclarse con la noche.

Cuando salió del castillo, el aire fresco de la noche le golpeó el rostro, dándole un momento de claridad. Se dirigió hacia las tierras de los MacGregor, siguiendo el rastro de los informes que había recibido, consciente de que cada paso lo llevaba más lejos de su zona de confort y más cerca de un territorio donde las reglas habituales no se aplicaban.

El viaje fue largo y silencioso, cada sonido del bosque era un recordatorio de que estaba entrando en un terreno desconocido. Pero a medida que se acercaba al corazón de las tierras de los MacGregor, su resolución se hizo más fuerte. Sabía que debía encontrar a Isla, y debía hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, divisó la aldea MacGregor. Las luces de las cabañas eran escasas, y el lugar parecía dormido, pero Ronan sabía que los verdaderos planes se llevaban a cabo en las sombras. Se movió con sigilo, aprovechando el conocimiento que tenía del terreno, y pronto se encontró cerca de la cabaña que, según sus informes, era el punto de encuentro de Isla y sus seguidores.

Se escondió entre los árboles, observando en silencio. Desde su posición, podía ver la luz parpadeante de una lámpara a través de una ventana, y varias figuras que se movían en su interior. Sabía que uno de ellos debía ser Isla, y que esta podría ser su única oportunidad de acercarse a ella sin levantar sospechas.

Ronan aguardó, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la puerta de la cabaña se abrió, y una figura salió al exterior. Reconoció al instante la silueta de Isla, su porte decidido y su cabello oscuro que se movía suavemente con la brisa. La observó mientras caminaba hacia el bosque, probablemente buscando un momento de soledad para pensar.

Esta era su oportunidad.

Sin hacer ruido, Ronan la siguió, manteniendo una distancia prudente. Sabía que debía abordar la situación con cuidado, pero también sabía que no podía permitir que se le escapara. Cuando Isla se detuvo en un claro, Ronan decidió que era el momento adecuado.

—Isla —dijo en voz baja, saliendo de las sombras.

Isla se giró rápidamente, su mano instintivamente yendo a la empuñadura de la daga en su cinturón. Pero cuando vio quién era, sus ojos se entrecerraron en una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—¿Qué haces aquí, Ronan? —preguntó, su voz firme, pero con una pizca de curiosidad.

Ronan dio un paso adelante, levantando las manos en señal de paz.

—No vine aquí para pelear, Isla. Vine porque necesitaba entender. —Sus palabras eran sinceras, y la intensidad en su mirada lo confirmaba—. Sé lo que estás planeando, y sé lo que podría significar para ambos. Pero antes de que las cosas vayan demasiado lejos, quiero escuchar de tus

propios labios por qué estás dispuesta a arriesgarlo todo.

Isla lo miró con dureza, pero detrás de su fachada de determinación, Ronan pudo ver la lucha interna. Sabía que ella no era inmune a los conflictos que se agitaban en su propio corazón.

—¿Y qué harás con esa información, Ronan? —replicó Isla, dando un paso hacia él, su voz cargada de desafío—. ¿Usarla en mi contra? ¿O es que intentas hacerme cambiar de opinión?

—No estoy aquí para hacerte cambiar de opinión, Isla. Estoy aquí para encontrar una solución, una que no termine en sangre. —Ronan habló con una calma que sorprendió incluso a Isla. Sabía que esta era la única manera de llegar a ella, de evitar una tragedia.

Isla lo observó en silencio por un momento, sus ojos escudriñando los suyos, buscando alguna señal de engaño. Pero todo lo que vio fue sinceridad, una sinceridad que la desarmó.

—Siéntate, Ronan —dijo finalmente, señalando un tronco caído cercano—. Si realmente quieres entender, entonces escucharás lo que tengo que decir. Pero debes saber que nada de lo que escuches te hará cambiar de opinión sobre lo que tengo que hacer.

Ronan asintió y se sentó, preparado para escuchar. Sabía que este encuentro cambiaría todo, que después de esta noche, su vida ya no sería la misma. Pero también sabía que, por primera vez en su vida, estaba dispuesto a arriesgarlo todo por algo más grande que su deber: la posibilidad de un futuro donde no todo se resolviera con la espada.

Capítulo 10: El Asalto Fallido

La oscuridad de la noche cubría los muros del castillo MacLeod, envolviendo la fortaleza en un manto de silencio roto solo por el ocasional susurro del viento. En las sombras, figuras furtivas se deslizaban con agilidad, sus movimientos meticulosamente calculados. Isla MacGregor, al frente de su grupo, avanzaba con determinación, sus ojos fijos en el objetivo: las imponentes murallas del castillo.

El plan había sido trazado con precisión. Un ataque sorpresa, rápido y letal, destinado a enviar un mensaje claro a las autoridades: el pueblo no sería subyugado sin luchar. Pero mientras se acercaban a las murallas, un nudo de incertidumbre se apoderaba de Isla. Su encuentro con Ronan, el guardián del castillo, había sembrado dudas en su corazón, pero no estaba dispuesta a dar marcha atrás.

Isla levantó una mano, ordenando a su grupo que se detuviera. Desde su posición, podía ver a los centinelas en las murallas, sus siluetas apenas visibles bajo la débil luz de las estrellas. La primera fase del plan era neutralizar a esos centinelas, y luego abrir las puertas del castillo desde dentro. Todo dependía de la sorpresa.

—Recuerden, no debemos dejar testigos —susurró Isla a los hombres y mujeres que la seguían, su voz apenas un murmullo en la noche—. Entramos, hacemos nuestro trabajo, y salimos antes de que puedan reaccionar.

Unos cuantos asintieron, con la determinación grabada en sus rostros. Isla sabía que estaba liderando a personas que compartían su causa, pero también sabía que estaba llevando a sus compañeros a un peligro inminente. La responsabilidad pesaba sobre sus hombros, pero no podía permitirse titubear. No cuando la libertad de su pueblo estaba en juego.

Señaló a dos de los hombres, quienes se adelantaron con arcos en mano, listos para eliminar a los centinelas. Isla observaba con atención, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza, cada segundo parecía durar una eternidad. Pero justo cuando los arqueros se preparaban para disparar, un estruendo rompió la calma de la noche.

—¡A cubierto! —gritó Isla, apenas en el tiempo justo para ver una lluvia de flechas caer sobre ellos.

El sonido del metal chocando contra las piedras y el grito ahogado de uno de sus compañeros heridos rompieron la quietud. Isla levantó su espada instintivamente, pero ya era demasiado tarde. Las fuerzas de Ronan estaban preparadas, esperándolos con una precisión aterradora. La emboscada que Isla había planeado se había vuelto en su contra.

Los hombres de Ronan emergieron de las sombras, atacando con una rapidez y disciplina que solo los guerreros bien entrenados podían exhibir. Isla se vio envuelta en un frenesí de combate,

su espada moviéndose con una habilidad nacida de años de lucha, pero el número de enemigos la superaba. La situación era desesperada.

En medio del caos, Isla divisó a Ronan. Su figura imponente destacaba entre los soldados, su espada brillando bajo la pálida luz de la luna mientras se abría paso hacia ella. Sus miradas se cruzaron, y en ese instante, el tiempo pareció detenerse. Isla sintió una mezcla de emociones que la desestabilizaron: rabia, desafío, y algo más profundo que no podía nombrar.

—¡Ronan! —gritó, cargando hacia él con todas sus fuerzas.

El impacto de sus espadas resonó en el aire como un trueno, y el choque entre ellos fue tan físico como emocional. Isla luchaba con la intensidad de alguien que no tiene nada que perder, pero Ronan era un oponente formidable. Cada golpe que intercambiaban estaba cargado de más que simple hostilidad; había una conexión que ambos sentían pero que ninguno estaba dispuesto a admitir.

—¡Detente, Isla! —gruñó Ronan, intentando desarmarla—. No tienes que hacer esto.

—¡No me detendré hasta que vea justicia! —replicó ella, sus ojos brillando con determinación.

El combate se intensificó, pero Ronan no buscaba herirla. En cada movimiento, parecía intentar contener su fuerza, como si estuviera luchando no solo contra ella, sino contra sus propios sentimientos. Isla, por su parte, se sentía atrapada en una tormenta de emociones. Sabía que si seguía luchando, solo podría acabar de dos maneras: derrotada o muerta.

Finalmente, en un momento de distracción, Isla tropezó, perdiendo el equilibrio. Antes de que pudiera recuperarse, Ronan la desarmó, su espada volando por los aires antes de caer lejos de su alcance. Isla se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada, mirando fijamente a Ronan, quien ahora la apuntaba con su espada.

Ambos permanecieron en silencio, con la respiración pesada. Ronan estaba tan cerca que Isla podía ver el conflicto en sus ojos, un reflejo del propio tumulto que sentía en su interior. Pero antes de que pudiera decir algo, dos soldados la tomaron por los brazos, inmovilizándola.

—Llévenla al castillo —ordenó Ronan, su voz firme, pero con un tono de tristeza que Isla no había escuchado antes.

Isla luchó, intentando liberarse, pero su resistencia fue en vano. Sus hombres habían sido derrotados o capturados, y la realidad de la situación la golpeó como una ola de hielo. Sabía lo que le esperaba como prisionera en el castillo, y aunque había considerado esa posibilidad, enfrentarse a ella ahora era más difícil de lo que había anticipado.

Mientras la conducían a través de los muros del castillo, Isla sintió cómo una mezcla de rabia y desesperación se apoderaba de ella. Había fracasado, y ahora estaba a merced del hombre que había intentado detener a toda costa. Pero más allá de la humillación, lo que más le dolía era el sentimiento de traición que empezaba a crecer en su pecho. Una traición no hacia su causa, sino

hacia sí misma, por la forma en que su corazón se había enredado con el hombre que ahora la mantenía cautiva.

Al cruzar las puertas del castillo, Isla alzó la cabeza con orgullo, decidida a no mostrar debilidad. Sus pasos resonaban en el suelo de piedra, eco que parecía burlarse de su caída. Finalmente, la llevaron a una celda oscura, donde las sombras parecían devorar cualquier esperanza de libertad.

—Te dejaré aquí por ahora —dijo Ronan, con la voz contenida, mientras los guardias cerraban la puerta de la celda tras ella—. Mañana decidiremos qué hacer contigo.

Isla no respondió, pero sus ojos se encontraron con los de Ronan una vez más. El silencio entre ellos era pesado, cargado de palabras no dichas, de emociones reprimidas. Finalmente, Ronan se dio la vuelta y se marchó, dejando a Isla sola en la oscuridad.

La celda era fría y austera, un reflejo de la situación en la que se encontraba. Isla se sentó en el suelo, abrazando sus rodillas mientras intentaba procesar lo ocurrido. Su mente estaba dividida entre el fracaso de su misión y la confusión que Ronan había sembrado en su corazón. No sabía qué le dolía más: el fracaso de su causa o la traición de sus propios sentimientos.

Los minutos se convirtieron en horas mientras Isla intentaba encontrar un camino a través de su tormento interior. El silencio de la celda era opresivo, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió verdaderamente sola. Sin su espada, sin su causa, y sin la seguridad que había sentido siempre en su propio juicio, Isla se encontraba a merced de fuerzas que no podía controlar.

Sin embargo, a pesar de la oscuridad que la rodeaba, una chispa de determinación seguía ardiendo en su interior. Sabía que no podía rendirse, no ahora. Había sobrevivido a situaciones peores, y no iba a permitir que este encarcelamiento la quebrara. Tenía que pensar, planear su próximo movimiento. Pero más allá de las tácticas y la estrategia, Isla sabía que tenía que enfrentarse a la verdad que había estado evitando: sus sentimientos por Ronan.

Cerró los ojos, intentando calmar su mente. Recordó la intensidad de su lucha, el conflicto en los ojos de Ronan, la forma en que había intentado detenerla sin hacerle daño. Algo había cambiado entre ellos, algo que iba más allá de la simple rivalidad. Pero Isla no estaba segura de qué hacer con ese cambio. Todo lo que sabía era que el hombre que la había capturado no era su enemigo en el sentido convencional. Había algo más profundo, más complicado, entre ellos.

Isla pasó la noche en vela, incapaz de encontrar descanso. La oscuridad de la celda era un reflejo de la confusión en su alma, y sabía que el amanecer traería consigo decisiones difíciles. ¿Debería seguir luchando contra Ronan, manteniéndose firme en su causa, o debería considerar la posibilidad de que él pudiera ser un aliado en lugar de un enemigo? Y lo más importante, ¿podría confiar en sus propios sentimientos cuando estos la llevaban por un camino tan incierto?

Al despuntar el alba, Isla se puso de pie, mirando a través de las rejas hacia la tenue luz del día. Sabía que Ronan volvería, y que con su regreso vendrían las preguntas que ella misma temía responder. Pero en ese momento, decidió que no permitiría que su captura definiera su destino. Isla MacGregor no era una mujer que se dejara vencer fácilmente, y aunque las cartas parecían

estar en su contra, aún tenía un último as en la manga: su propia determinación.

Cuando finalmente escuchó los pasos de Ronan acercándose, Isla respiró hondo, preparándose para lo que vendría. No sabía qué iba a pasar entre ellos, pero estaba lista para enfrentarlo, para luchar por lo que creía, y para encontrar, en medio de la confusión, un camino que pudiera reconciliar su corazón y su causa.

Capítulo 11: La Prisionera

Las mazmorras del castillo MacLeod eran un lugar sombrío, donde el aire pesado estaba cargado con el olor a humedad y el eco de lamentos de prisioneros olvidados. La luz apenas penetraba las gruesas paredes de piedra, y las antorchas, colocadas a intervalos regulares, proyectaban sombras inquietantes sobre el suelo de piedra rugosa. Isla MacGregor, ahora prisionera, se encontraba en una de las celdas más oscuras, su espíritu rebelde enfrentando un nuevo tipo de batalla.

Sentada en el frío suelo de su celda, Isla mantenía la cabeza erguida, sus ojos fijos en la pequeña abertura en lo alto de la pared, donde una rendija permitía que un fino rayo de luz lunar iluminara tenuemente su rostro. Aunque su cuerpo estaba agotado por el reciente enfrentamiento y la captura, su mente no dejaba de trabajar, analizando cada detalle de su situación. No tenía miedo; la lucha por la justicia y la libertad le había enseñado a no temer las dificultades, sino a enfrentarlas con determinación. Sin embargo, no podía negar la preocupación que sentía por sus compañeros, aquellos que habían sido capturados junto a ella y que, como ella, estaban ahora a merced de los MacLeod.

El sonido de pasos acercándose rompió el silencio. Isla no se movió, pero sus sentidos se agudizaron. Sabía quién se acercaba antes de que la figura se detuviera frente a su celda. La sombra alta y fuerte que se recortaba contra la luz de las antorchas no podía ser de nadie más que de Ronan MacLeod, el hombre que había frustrado su ataque y la había llevado a este oscuro lugar.

—Isla MacGregor —la voz de Ronan resonó en la pequeña celda, profunda y firme, pero con un tono contenido que sugería más de lo que decía—. Nunca imaginé que te encontraría aquí, y mucho menos bajo estas circunstancias.

Isla levantó la vista, encontrando los ojos de Ronan a través de los barrotes. Había en ellos una mezcla de curiosidad y algo más, algo que no logró identificar de inmediato. No era odio, sino una especie de respeto renuente, quizás una chispa de admiración. Pero Isla no se dejó intimidar.

—Tampoco yo te imaginé como mi captor, Ronan MacLeod —replicó con firmeza, su voz carente de la fragilidad que se esperaba de alguien en su situación—. Pero aquí estamos, cada uno en el papel que la vida nos ha otorgado.

Ronan abrió la puerta de la celda y dio un paso dentro, llenando el pequeño espacio con su presencia imponente. Llevaba una expresión grave, la mandíbula apretada, como si estuviera librando una batalla interna. Se quedó de pie frente a ella, observándola con intensidad.

—Quiero respuestas, Isla. —Ronan comenzó, cruzando los brazos sobre su pecho—. ¿Qué te llevó a planear un ataque contra el castillo? ¿Qué esperabas lograr con esta locura?

Isla sostuvo su mirada sin vacilar. La cercanía de Ronan, el leve roce de la tensión entre ambos,

hacía que su corazón latiera con más fuerza, pero no por miedo, sino por una especie de desafío que crecía entre ellos.

—Lo que tú llamas locura, yo lo llamo justicia —respondió ella con firmeza—. El pueblo ha sido oprimido durante demasiado tiempo, Ronan. Los impuestos que recolectan de los que menos tienen son una sentencia de muerte. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi gente sufre.

Ronan se acercó un poco más, inclinándose hacia ella. Isla notó la tensión en su rostro, la lucha interna que parecía reflejarse en cada una de sus palabras.

—¿Y crees que atacando el castillo resolverás algo? —preguntó, su tono cargado de incredulidad—. Este tipo de rebelión solo trae más violencia. ¿Acaso no lo ves?

Isla sintió una punzada en su pecho, pero no apartó la vista. Sabía que Ronan no era un hombre cruel, pero su lealtad al clan, su deber como guardián, lo habían cegado ante la realidad de los más necesitados. Aun así, Isla percibía algo más profundo en su interlocutor, una verdad que él mismo quizás no estaba dispuesto a aceptar.

—La violencia no es nuestro objetivo, Ronan. —La voz de Isla se suavizó, aunque su determinación seguía siendo palpable—. Pero cuando la justicia es negada una y otra vez, cuando los llamados pacíficos son ignorados, ¿qué otra opción nos queda? La paz no puede ser alcanzada sin libertad, y la libertad no se concede fácilmente a quienes están en el poder.

Ronan apretó los labios, como si sus palabras lo afectaran más de lo que estaba dispuesto a mostrar. Isla podía ver que sus palabras estaban haciendo mella, aunque él aún no lo admitiera. Había una vulnerabilidad en él, oculta bajo capas de deber y responsabilidad, que Isla comenzaba a intuir.

—No eres la primera en buscar la libertad por estos medios, Isla. —Ronan se enderezó, su voz más controlada, pero aún con una sombra de duda—. Pero muchos antes que tú han caído, y sus luchas no han cambiado nada. ¿Por qué crees que serás diferente?

Isla se puso de pie, su proximidad a Ronan ahora a la par, ambos de pie en ese reducido espacio, con sus miradas fijas la una en la otra. El aire entre ellos estaba cargado, no solo por la tensión de sus ideologías enfrentadas, sino por algo más, algo más íntimo que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer en voz alta.

—No sé si seré diferente, Ronan. —Isla bajó la voz, pero con una fuerza que resonó en el silencio—. Pero lo que sé es que no puedo, no debo, quedarme quieta mientras el pueblo se consume en el sufrimiento. Si debo luchar, lo haré. Si debo caer, caeré de pie. Pero no me rendiré sin pelear.

Ronan la observó en silencio durante unos momentos, como si estuviera tratando de descifrar cada una de sus palabras, cada emoción que se reflejaba en sus ojos. La lucha interna que Isla había percibido en él se hacía más evidente. Ronan era un hombre de deber, pero también uno

con un corazón que, aunque endurecido por las responsabilidades, no estaba completamente blindado.

Finalmente, Ronan suspiró, relajando un poco su postura, aunque su expresión seguía siendo seria.

—Entiendo tu deseo de justicia, Isla, más de lo que crees. —Admitió con una sinceridad que la sorprendió—. Pero tus métodos... están destinados a traer más dolor que libertad.

Isla sintió una mezcla de emociones ante sus palabras. Parte de ella quería gritarle que él no entendía, que su vida en el castillo lo había protegido de las miserias que ella había visto. Pero otra parte, una que la desconcertaba, no podía ignorar la honestidad en su voz, la preocupación genuina que reflejaba.

—Tal vez no hayamos encontrado la mejor manera, Ronan —admitió, permitiéndose por primera vez una pequeña concesión—. Pero la injusticia sigue siendo injusticia, y alguien debe enfrentarse a ella. No todos tienen la opción de esperar pacientemente.

Ronan la miró con una intensidad que la hizo sentirse desnuda, como si él pudiera ver a través de sus palabras, directamente a su alma. Era una sensación inquietante, pero también reconfortante de una manera que no podía entender del todo.

—¿Y si hubiera otra manera? —preguntó Ronan, casi en un susurro—. ¿Y si encontráramos un camino que no condujera a más derramamiento de sangre? ¿Estarías dispuesta a escucharlo?

Isla se sorprendió a sí misma al dudar, no porque no quisiera la paz, sino porque la idea de que Ronan estuviera dispuesto a buscar un compromiso la desarmaba. Pero no podía permitirse el lujo de mostrarse débil, no en ese momento, no en esas circunstancias.

—Muéstrame ese camino, Ronan —dijo finalmente, sus palabras más suaves, pero aún cargadas de la pasión que la impulsaba—. Si realmente crees que hay una manera de alcanzar la justicia sin más sufrimiento, te escucharé. Pero no me pidas que renuncie a mi causa.

Ronan asintió lentamente, como si las palabras de Isla confirmaran algo que él ya había sospechado. Se apartó un paso, dándole a Isla un poco de espacio.

—No quiero que renuncies a tu causa, Isla —dijo con una sinceridad que la dejó sin palabras—. Solo quiero encontrar una manera de que tu lucha no termine como tantas otras antes que la tuya.

El silencio cayó sobre ellos nuevamente, pero no era el mismo silencio tenso de antes. Había cambiado, se había transformado en algo más cargado de posibilidades. Isla se sentó de nuevo, esta vez más tranquila, aunque su mente aún era un torbellino de pensamientos.

—Te dejaré para que pienses en lo que hemos hablado —dijo Ronan, retrocediendo hacia la puerta de la celda—. Mañana volveré, y tal vez podamos encontrar un terreno común.

Isla lo observó mientras se marchaba, su figura alta y decidida desapareciendo en la penumbra

del pasillo. Algo dentro de ella, una pequeña chispa, comenzó a prenderse. No estaba segura de qué era exactamente, si era esperanza, confusión, o algo más profundo. Pero una cosa era cierta: esa noche, en la oscuridad de la mazmorra, Isla MacGregor comenzó a ver a Ronan MacLeod bajo una nueva luz.

Quedándose sola en su celda, Isla apoyó la cabeza contra la pared fría, cerrando los ojos por un momento. Los pensamientos de la conversación con Ronan seguían rondando en su mente, haciendo que las barreras que había construido durante tanto tiempo se resquebrajaran un poco. No sabía qué le deparaba el futuro, pero una cosa era clara: la lucha que estaba enfrentando ya no era solo externa, sino también interna.

Capítulo 12: La Decisión Difícil

El castillo MacLeod estaba sumido en un ambiente cargado de tensión. Las noticias de la captura de Isla MacGregor se habían extendido rápidamente entre los miembros del clan, y ahora, en la gran sala de reuniones, los líderes se encontraban reunidos para decidir su destino. Las antorchas, que iluminaban la estancia con una luz parpadeante, lanzaban sombras largas sobre las paredes de piedra, acentuando la gravedad del momento.

Ronan MacLeod estaba de pie junto a la gran mesa de madera que dominaba el centro de la sala. Su rostro, habitualmente impasible, mostraba ahora una mezcla de preocupación y determinación. Sabía lo que se esperaba de él como guardián del clan, pero en su interior libraba una batalla más profunda. La voz del consejo resonaba en sus oídos, llenando la sala con opiniones divididas.

—Isla MacGregor debe ser ejecutada —declaró uno de los ancianos con voz firme—. Su captura es una oportunidad para enviar un mensaje claro a cualquier otro que ose desafiar la autoridad del clan. No podemos permitir que la rebelión se extienda.

Otros miembros del consejo asintieron, murmurando su acuerdo. Ronan sintió el peso de sus miradas sobre él, esperando que tomara una decisión que mantuviera la estabilidad del clan. Sin embargo, en su mente, la imagen de Isla, fuerte y desafiante incluso en la celda, no dejaba de aparecer. Algo en ella lo había tocado, una chispa de verdad en su lucha que no podía ignorar.

—Entiendo vuestra preocupación —comenzó Ronan, su voz grave y controlada—, pero ejecutar a Isla MacGregor no resolverá el problema de fondo. La rebelión no se apaga con la muerte de una líder; solo se avivará más el fuego del descontento.

Un murmullo de descontento recorrió la sala, pero Ronan levantó una mano, pidiendo silencio.

—Tenemos una oportunidad aquí —continuó—. Isla es una líder carismática, y su grupo la sigue por convicción, no por miedo. Si podemos encontrar una manera de trabajar con ella, de llegar a un acuerdo que desactive la amenaza más grande que se cierne sobre nosotros, podemos evitar una guerra total.

Uno de los ancianos se levantó, su rostro arrugado mostrando años de experiencia en batalla y negociación.

—¿Y cuál sería esa solución, Ronan? —preguntó con escepticismo—. ¿Crees que Isla traicionaría a los suyos por una promesa de libertad?

Ronan apretó los labios. Sabía que Isla no era fácil de convencer, pero también sabía que ella valoraba la vida de sus compañeros, incluso más que la suya propia.

—No le estoy pidiendo que traicione a los suyos —replicó Ronan con calma—. Le ofreceré una oportunidad de redención. Isla puede ayudarnos a detener a los más radicales, aquellos que están dispuestos a desatar una masacre. Si trabaja con nosotros, le daremos su libertad y la de su grupo.

La sala quedó en silencio mientras los miembros del consejo procesaban la propuesta. Ronan podía ver la duda en sus rostros, pero también la comprensión de que ejecutar a Isla no garantizaría la paz. Al contrario, podría convertirla en mártir y fortalecer aún más la causa rebelde.

—Es un riesgo —dijo finalmente el anciano—, pero tal vez sea un riesgo que debemos tomar. Si Isla acepta, podríamos evitar un conflicto mayor. Pero si nos traiciona...

—Asumiré la responsabilidad —dijo Ronan con firmeza—. Pero creo que Isla no es una traidora. Ella lucha por lo que cree justo, y es posible que encontremos un punto en común.

El anciano asintió lentamente, y con un gesto de su mano, los demás líderes dieron su consentimiento. La decisión había sido tomada. Ahora, todo dependía de la respuesta de Isla.

Ronan caminaba por los oscuros pasillos del castillo hacia las mazmorras, donde Isla estaba encerrada. El eco de sus pasos resonaba en las paredes de piedra, acompañando el latido constante de sus pensamientos. Sabía que lo que estaba a punto de proponerle a Isla sería una prueba tanto para ella como para él. No era solo una cuestión de política; había algo más en juego, algo que Ronan aún no podía definir con claridad.

Al llegar a la celda de Isla, el guardia a cargo abrió la puerta con un leve chirrido. Isla estaba sentada en el suelo, pero se levantó con la misma dignidad y fuerza que siempre la había caracterizado al ver entrar a Ronan. Su mirada era una mezcla de desafío y curiosidad, como si estuviera esperando lo peor, pero también lista para enfrentarlo.

Ronan dio un paso dentro de la celda, la puerta se cerró detrás de él, aislándolos en un pequeño espacio donde cada palabra, cada gesto, cobraría un significado especial.

—Vengo a ofrecerte una opción, Isla —dijo Ronan sin preámbulos, sus ojos buscando los de ella—. Una que podría salvar tu vida y la de tus compañeros.

Isla entrecerró los ojos, escéptica. No había esperado clemencia de Ronan, y menos aún una oferta. Cruzó los brazos sobre el pecho, protegiéndose de lo que podría ser una trampa.

—¿Qué clase de opción? —preguntó, su tono frío pero interesado.

Ronan inspiró profundamente antes de hablar. Sabía que debía ser directo, sin rodeos.

—El consejo quiere tu muerte —dijo, y vio cómo los ojos de Isla se endurecían—. Pero yo les he convencido de que la ejecución no es la solución. Si aceptas trabajar conmigo para detener a los elementos más radicales de tu grupo, aquellos que amenazan con desencadenar una guerra total,

podrías ganar tu libertad. Tú y los tuyos.

Isla lo miró en silencio durante varios segundos. Ronan no podía saber lo que estaba pensando, pero algo en su postura le decía que estaba considerando la oferta. Aun así, la duda permanecía, como una sombra que se negaba a desvanecerse.

—¿Por qué debería confiar en ti, Ronan MacLeod? —preguntó finalmente, su voz contenida pero intensa—. ¿Por qué debería creer que realmente cumplirás tu promesa?

Ronan dio un paso más hacia ella, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para que Isla pudiera sentir el calor de su presencia. Sus ojos se encontraron, y por un momento, todo lo demás desapareció.

—Porque no soy tu enemigo, Isla —respondió con sinceridad—. Puedo no estar de acuerdo con todos tus métodos, pero entiendo tu lucha. He visto el sufrimiento de tu pueblo, y no quiero más derramamiento de sangre. Si podemos evitar una guerra, estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Pero también necesito que confíes en mí, al menos lo suficiente para intentarlo.

Isla se quedó inmóvil, las palabras de Ronan calando hondo en su ser. No era una mujer fácil de persuadir, y la desconfianza había sido su compañera constante durante años. Pero la sinceridad en los ojos de Ronan, la misma que había percibido en su primer encuentro, la desarmaba de una manera que no podía explicar.

—Si acepto —dijo, midiendo cada palabra—, ¿qué garantiza que no me traicionarás al final? ¿Que no usarás esto en mi contra?

—Nada más que mi palabra —respondió Ronan, sin titubear—. Y sé que para ti puede no ser suficiente. Pero es lo único que tengo para ofrecerte en este momento.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, cargado de decisiones no tomadas, de caminos no recorridos. Isla sabía que aceptar la oferta de Ronan era un riesgo enorme, pero también sabía que rechazarla podría significar la muerte no solo para ella, sino para muchos de los que había jurado proteger.

Finalmente, Isla bajó la mirada por un momento, dejando que la decisión se asentara en su mente. Cuando volvió a alzar los ojos hacia Ronan, había una nueva resolución en ellos.

—Lo haré —dijo, su voz firme—. Acepto tu oferta, Ronan. Trabajaré contigo para detener a los más radicales, pero quiero garantías para mi gente. Si nos traicionas, lucharé hasta mi último aliento, y te lo haré pagar.

Ronan asintió, aceptando su condición sin objeciones.

—Lo que te ofrezco es un camino para evitar más muertes —dijo—. Y si podemos lograrlo, será la primera vez que alguien de nuestro clan y alguien de los tuyos trabajen juntos por un futuro mejor.

Isla no respondió de inmediato. Algo en las palabras de Ronan la hizo pensar en un futuro que nunca había imaginado, uno en el que la violencia no fuera la única respuesta. No sabía si confiar plenamente en él, pero en ese momento, le parecía la mejor opción entre muchas malas.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó, levantando la barbilla con determinación.

Ronan dio un paso atrás, permitiendo que Isla recuperara su espacio personal.

—Tan pronto como estés lista —respondió—. Te sacaré de aquí, y juntos buscaremos la manera de detener esta guerra antes de que comience.

Isla asintió, y mientras Ronan se giraba para salir de la celda, ella lo detuvo con una última pregunta.

—Ronan, ¿por qué haces esto? —La pregunta salió más suave de lo que había planeado, como si buscara algo más allá de las palabras.

Ronan se detuvo, sin girarse, pero con la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Porque todos merecen una segunda oportunidad —dijo antes de continuar hacia la salida.

Isla observó cómo la puerta de la celda se cerraba detrás de él, sus palabras resonando en su mente. Tal vez, pensó, no solo estaba ganando una oportunidad de redención, sino también de descubrir algo nuevo, algo que iba más allá de la lucha por la justicia.

La puerta de la mazmorra se cerró, dejando a Isla con sus pensamientos, pero esta vez, una pequeña chispa de esperanza comenzaba a arder en su interior.

Capítulo 13: La Alianza Forzada

El aire en los pasillos del castillo MacLeod parecía más denso de lo habitual. Isla caminaba a paso firme al lado de Ronan, sus pasos resonando en las piedras frías del suelo. A pesar de estar bajo la protección temporal de Ronan, sentía las miradas inquisitivas y hostiles de los guardias y sirvientes que los observaban. Nadie confiaba en ella, y la verdad era que tampoco ella confiaba en ellos. Excepto, tal vez, en Ronan, pero eso era algo que se negaba a admitir.

Ronan, por su parte, mantenía su habitual compostura impenetrable. Su mirada fija en el frente, sin desviarse ni un milímetro, parecía indicar que no sentía la tensión palpable entre ambos. Sin embargo, internamente, la cercanía de Isla le resultaba perturbadora. Su mente, entrenada para ser precisa y racional, comenzaba a fallarle cuando se trataba de ella. Desde el momento en que la había capturado, algo en Isla había despertado en él una chispa que no lograba apagar. Y eso lo inquietaba.

—¿Dónde vamos? —preguntó Isla, rompiendo el silencio que había caído sobre ellos como un manto pesado. Sus ojos claros lo observaban con desconfianza, pero también con una curiosidad que no lograba esconder.

—Necesito mostrarte el mapa de las tierras —respondió Ronan sin detenerse—. Es crucial que entiendas las posiciones y movimientos de aquellos a los que vamos a enfrentar.

Isla asintió, aunque internamente se sentía incómoda al aceptar cualquier cosa que viniera de Ronan. La idea de trabajar junto a alguien a quien había considerado un enemigo no hace mucho tiempo era desconcertante, pero sabía que era la única opción para proteger a su gente. A pesar de la apariencia de calma que intentaba proyectar, no podía evitar que su mente divagara hacia la sensación de sus dedos rozando los de Ronan accidentalmente durante su marcha. Era un contacto efímero, pero que había hecho que su pulso se acelerara inesperadamente.

Llegaron a una sala más pequeña, alejada de la gran sala de reuniones. Una mesa larga ocupaba el centro, cubierta con mapas y pergaminos. Ronan se acercó a uno de los mapas desplegados y lo señaló, indicándole a Isla que se acercara. Ella dudó por un momento, pero luego dio un paso adelante, acortando la distancia entre ellos.

—Estos son los puntos donde hemos tenido más actividad rebelde —explicó Ronan, señalando varios puntos marcados con tinta oscura—. Sabemos que están planeando algo grande, pero los detalles son vagos. Es aquí donde necesitaré tu conocimiento.

Isla se inclinó sobre el mapa, notando la precisión de los detalles. Había pasado años recorriendo esas tierras, conociendo cada sendero y cada escondite, pero ahora ver ese conocimiento utilizado por alguien del clan MacLeod la hacía sentir una mezcla de traición y responsabilidad.

—Estos lugares —comenzó Isla, señalando un par de puntos con el dedo— son más vulnerables

de lo que parece. Si yo estuviera planeando un ataque, buscaría aquí, y aquí —dijo, marcando dos nuevas ubicaciones—. Son fáciles de acceder, pero también de defender si sabes cómo.

Ronan la observaba mientras hablaba, impresionado por la seguridad y el conocimiento que Isla demostraba. Ella no era simplemente una rebelde; era una líder nata, alguien que conocía el terreno y a su gente mejor que nadie. En ese momento, se dio cuenta de que trabajar con Isla no solo era una necesidad táctica, sino también una oportunidad de aprender de alguien que veía el mundo desde una perspectiva completamente diferente.

—¿Y cómo sugieres que abordemos esto? —preguntó Ronan, su voz más suave de lo que había planeado.

Isla levantó la vista, encontrando sus ojos. Durante un breve segundo, la distancia entre ellos pareció desaparecer. Era como si ambos estuvieran evaluando al otro, buscando respuestas que iban más allá de lo que estaban dispuestos a admitir.

—Podemos mover a nuestros hombres aquí —dijo finalmente Isla, volviendo su atención al mapa—. Pero si quieres evitar una confrontación directa, necesitamos encontrar una manera de hablar con ellos antes de que la situación se salga de control.

Ronan asintió, consciente de que Isla tenía razón. No quería más sangre derramada, y si había una posibilidad de evitar un conflicto mayor, debía intentarlo.

—Entonces lo haremos a tu manera —concedió Ronan, sabiendo que ese pequeño acto de confianza podría ser la diferencia entre éxito y fracaso—. Pero necesito que confíes en mí para manejar la situación cuando lleguemos allí.

Isla lo miró fijamente, sopesando sus palabras. Sabía que confiar en Ronan significaba bajar sus defensas, algo que no había hecho en años. Pero en ese momento, en ese pequeño espacio de tiempo donde solo estaban ellos dos y el mapa que podría decidir el destino de muchos, decidió arriesgarse.

—De acuerdo —respondió, con un tono que era más un desafío que un acuerdo—. Pero si me traicionas, Ronan, no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí.

Ronan esbozó una sonrisa leve, casi imperceptible, ante la advertencia de Isla. Era la primera vez que compartían un momento que no estuviera marcado por la desconfianza o la hostilidad abierta. Sin embargo, ambos sabían que la atracción que comenzaba a florecer entre ellos complicaría las cosas. No podían permitirse el lujo de ser vulnerables, no ahora, no cuando tanto estaba en juego.

—Tendré en cuenta tu advertencia —dijo Ronan finalmente, antes de apartarse del mapa y abrir la puerta de la sala—. Vamos, tenemos mucho que hacer.

Isla lo siguió, y mientras recorrían juntos los pasillos del castillo, se dio cuenta de que su percepción del lugar estaba cambiando. Ya no lo veía solo como la fortaleza del enemigo, sino

como un espacio lleno de secretos y posibilidades. Los ojos de los guardias todavía la seguían, pero ahora con una mezcla de respeto y recelo. Era una sensación extraña, ser tanto una prisionera como una aliada.

Pasaron los días y, con ellos, Isla y Ronan se vieron obligados a pasar cada vez más tiempo juntos. El trabajo en equipo no siempre fue fácil; las discusiones eran frecuentes y a menudo apasionadas. Sin embargo, con cada desacuerdo, descubrían más sobre el otro. Isla comenzó a ver a Ronan no solo como el guardián implacable del clan MacLeod, sino como un hombre que, al igual que ella, estaba atrapado por el peso de sus responsabilidades.

Un día, mientras inspeccionaban un tramo del bosque que Ronan había identificado como un posible punto de ataque, Isla no pudo evitar notar la manera en que Ronan se movía entre los árboles, como si formara parte del paisaje. Había una elegancia y una destreza en él que no había visto en otros guerreros. Era un hombre que pertenecía a la tierra tanto como ella, aunque de maneras diferentes.

—No esperaba que un hombre de tu posición conociera tan bien el bosque —comentó Isla mientras caminaban juntos, sus pasos en sintonía.

Ronan esbozó una sonrisa que Isla apenas percibió.

—Crecí en estas tierras —respondió—. Mi padre me enseñó que un buen guardián no solo protege el castillo, sino también la tierra y la gente que vive en ella.

Isla asintió, sorprendida por la conexión que Ronan sentía con el lugar que ambos compartían, aunque desde perspectivas opuestas. Mientras caminaban, sintió una ligera brisa que acarició su rostro, trayendo consigo el olor a tierra húmeda y hojas. Era un recordatorio de que, a pesar de sus diferencias, ambos pertenecían a ese mundo, un mundo donde la lealtad a la tierra a menudo superaba la lealtad a los hombres.

De repente, Ronan se detuvo, señalando hacia un claro a lo lejos.

—Allí es donde se reunió tu grupo la última vez —dijo, su tono volviendo a ser serio—. Si queremos evitar un conflicto, tendremos que estar un paso adelante de ellos.

Isla siguió la dirección de su dedo y asintió. Sabía que el lugar que Ronan señalaba era estratégico, pero también era un punto de encuentro importante para su gente. La idea de usarlo en su contra le provocaba una punzada de culpa, pero también sabía que debía hacerlo para evitar un derramamiento de sangre innecesario.

—Podemos intentar tenderles una trampa —sugirió Isla, su voz baja pero firme—. Si podemos capturar a los líderes más radicales, podríamos dismantelar el grupo antes de que puedan lanzar su ataque.

Ronan la miró de reojo, impresionado por su disposición a tomar medidas tan drásticas contra los

suyos. Sin embargo, también sabía que Isla no lo hacía por traición, sino por proteger a los que quedaban.

—Será arriesgado —dijo Ronan, estudiando el claro con atención—. Pero puede funcionar. Y si lo hacemos bien, podríamos evitar una batalla innecesaria.

Mientras continuaban discutiendo los detalles de su plan, la tensión entre ellos se volvió más palpable. No era solo la atracción que ambos trataban de ignorar, sino también el respeto mutuo que comenzaba a crecer. Aunque venían de mundos diferentes y defendían causas opuestas, estaban aprendiendo a confiar en el juicio del otro, un paso que ninguno de los dos había esperado dar.

Finalmente, cuando el sol comenzó a ocultarse tras las colinas, Ronan se volvió hacia Isla, su expresión más suave que de costumbre.

—Sé que esto no es fácil para ti —dijo, su voz grave—. Pero lo que estamos haciendo aquí podría salvar muchas vidas, incluidas las de tu gente.

Isla lo miró, sorprendida por el cambio en su tono. Había algo en la manera en que Ronan hablaba, algo que la hizo sentir comprendida, incluso en medio de una situación tan tensa.

—Lo sé —respondió, su voz apenas un susurro—. Y por eso estoy dispuesta a hacerlo.

Durante un momento, ambos se quedaron en silencio, solo el sonido del viento entre los árboles llenaba el espacio entre ellos. Fue un silencio cargado de promesas no dichas, de posibilidades que ambos sabían que no podían explorar completamente en ese momento. Pero era un comienzo, un primer paso hacia algo que ninguno de los dos había planeado.

Mientras regresaban al castillo, el ambiente entre ellos había cambiado. La desconfianza seguía allí, pero se veía atenuada por una comprensión compartida. Era una alianza forzada, sí, pero también una que les estaba enseñando que, a veces, los enemigos más formidables podían convertirse en los aliados más inesperados.

Capítulo 14: El Conflicto Interno

El crepitar del fuego llenaba la cabaña de Ronan con un suave eco, el único sonido que rompía el silencio tenso entre él e Isla. El calor de las llamas, aunque reconfortante, no lograba disipar la fría distancia que aún los separaba, una barrera invisible, tejida con años de lealtades opuestas y principios arraigados. Ronan, sentado en una robusta silla de madera, mantenía la vista fija en las llamas, como si en ellas pudiera encontrar las respuestas que su mente buscaba. Isla, de pie junto a la ventana, miraba hacia el exterior, sus pensamientos tan turbulentos como la tormenta que se gestaba en el horizonte.

El ambiente en la cabaña era denso, cargado de emociones contenidas y palabras no dichas. Ambos sabían que lo que estaba por ocurrir podría cambiar el curso de sus vidas, y, sin embargo, ninguno de los dos estaba seguro de cómo empezar.

Finalmente, fue Isla quien rompió el silencio, su voz tan suave como firme.

—¿Por qué me trajiste aquí, Ronan? —preguntó sin volverse, sus palabras apenas un susurro en el aire cargado—. Sabes que no puedo quedarme en este castillo para siempre. No soy una prisionera, pero tampoco puedo ser parte de lo que representas.

Ronan apartó la mirada del fuego para observarla, notando cómo la luz de las llamas resaltaba las sombras en su rostro, dándole un aire casi etéreo. Había en Isla una fuerza que no había visto en otros, una convicción que, aunque lo irritaba, también lo fascinaba.

—Te traje aquí porque necesitaba entender —respondió Ronan, su tono grave y cargado de una sinceridad que rara vez mostraba—. Quiero saber qué es lo que te impulsa, Isla. Qué es lo que te hace desafiar todo por lo que he luchado. Porque no puedo negar que hay algo en ti que me hace cuestionar todo lo que creía conocer.

Isla finalmente se volvió para mirarlo, sus ojos claros reflejando la intensidad de sus pensamientos.

—Lo que me impulsa es la justicia —contestó ella, cruzando los brazos frente a su pecho, como si con ese gesto pudiera protegerse de la vulnerabilidad que sentía al hablar—. He visto demasiada injusticia, Ronan. He visto a gente morir de hambre mientras los nobles banquetean. He visto a niños sin futuro, a mujeres trabajando hasta que sus cuerpos ya no pueden más. ¿Y para qué? Para mantener un sistema que solo beneficia a unos pocos, mientras que el resto de nosotros sufre.

Ronan sintió cómo las palabras de Isla se clavaban en él, desgarrando las capas de certidumbre que había construido a lo largo de los años. Su educación, su entrenamiento, todo le había enseñado que el orden debía ser mantenido a toda costa, que las reglas eran lo que mantenía a la sociedad unida. Pero ahora, frente a Isla, esas convicciones comenzaban a tambalearse.

—No es tan simple —respondió él, aunque la firmeza en su voz había empezado a flaquear—. Sin orden, sin reglas, todo se desmorona. El caos se apodera de la gente, y lo que queda es la anarquía, la destrucción.

Isla dio un paso hacia él, sus ojos destellando con una mezcla de desafío y algo más, algo que Ronan no podía identificar del todo.

—¿Y qué pasa cuando esas reglas son injustas? —insistió—. ¿Qué pasa cuando ese orden que defiendes oprime a los más vulnerables? Ronan, no todos tienen el lujo de vivir como tú. No todos pueden permitirse seguir las reglas cuando esas reglas están diseñadas para mantenerlos abajo.

Las palabras de Isla eran un golpe tras otro, cada una haciendo mella en las defensas que Ronan había erigido durante toda su vida. Pero lo que más lo perturbaba no era la lógica de sus argumentos, sino la pasión con la que los expresaba. Isla creía en lo que decía con una intensidad que era difícil de ignorar, y por primera vez, Ronan se preguntó si quizás, solo quizás, ella tenía razón.

El silencio se asentó nuevamente entre ellos, pero esta vez no era incómodo. Era un silencio reflexivo, el tipo que surge cuando se enfrentan verdades difíciles. Ronan se levantó de su silla, caminando hacia la ventana donde Isla había estado antes. Desde allí, miró hacia el exterior, hacia el vasto paisaje que se extendía más allá de los muros del castillo. Las colinas, los bosques, todo parecía tan tranquilo, tan ordenado desde esa perspectiva. Pero sabía que, en realidad, ese orden era una ilusión. Debajo de la superficie, las tensiones hervían, las injusticias se acumulaban, y las revueltas se gestaban.

—Toda mi vida he seguido las reglas, Isla —dijo finalmente, su voz cargada de una introspección que no era común en él—. He sido un guardián, un protector del orden. Pero ahora, estoy empezando a cuestionar si ese orden es tan justo como siempre pensé.

Isla lo observó en silencio, sintiendo una oleada de empatía por el hombre que tenía delante. Sabía lo que significaba cuestionar todo lo que uno había creído cierto. Había pasado por eso antes, cuando se dio cuenta de que sus propias creencias no coincidían con la realidad que vivía. Y ahora, ver a Ronan enfrentando esa misma crisis interna la hizo darse cuenta de que, tal vez, había más en común entre ellos de lo que cualquiera de los dos había imaginado.

—No es fácil, Ronan —dijo suavemente, acercándose un poco más a él—. Pero es necesario. Si queremos un mundo mejor, uno en el que todos tengan una oportunidad, debemos cuestionar las reglas. Debemos estar dispuestos a desafiar lo que siempre hemos dado por sentado.

Ronan giró la cabeza para mirarla, y en sus ojos Isla vio algo nuevo. Ya no era el guardián severo y rígido que la había capturado, sino un hombre que empezaba a ver más allá de los muros que lo habían contenido durante tanto tiempo. Había una vulnerabilidad en él que Isla no esperaba, y en ese momento, sintió que algo entre ellos había cambiado.

—¿Y qué sugieres que haga? —preguntó él, su tono más suave, casi vulnerable—. No puedo simplemente abandonar todo lo que he conocido. No puedo traicionar a mi clan, a mi gente.

Isla lo miró directamente a los ojos, y en su mirada había una mezcla de compasión y desafío.

—No te estoy pidiendo que traiciones a nadie, Ronan. Solo te pido que veas el mundo de manera diferente. Que consideres que tal vez, solo tal vez, hay otra forma de proteger a tu gente, una que no implique aplastar a los que están abajo.

Ronan permaneció en silencio, procesando sus palabras. Sabía que lo que Isla le pedía no era fácil, pero también sabía que tenía razón. Desde que la había conocido, había sentido algo despertar dentro de él, una duda persistente que no lograba acallar. Y ahora, frente a ella, con la sinceridad de su mirada y la pasión de sus palabras, esas dudas se habían convertido en algo más, en una necesidad de reevaluar todo lo que había creído.

—Voy a necesitar tiempo —admitió finalmente, su voz apenas un murmullo—. Esto... esto es demasiado grande para mí, Isla. Pero te prometo que lo consideraré.

Isla asintió, sabiendo que eso era lo máximo que podía pedir en ese momento. Había plantado la semilla de la duda, y ahora solo quedaba esperar a que creciera. Pero algo en su interior le decía que Ronan no era como los demás. Él tenía la capacidad de cambiar, de ver más allá de las convenciones que lo habían moldeado.

—Eso es todo lo que pido —respondió ella con una leve sonrisa—. Que lo consideres.

El ambiente en la cabaña parecía menos tenso ahora, aunque cargado de una nueva dinámica que ninguno de los dos sabía cómo manejar del todo. Había algo innegable entre ellos, una conexión que iba más allá de sus diferencias, una atracción que ambos sentían pero que ninguno estaba dispuesto a admitir plenamente.

Ronan desvió la mirada, volviendo su atención al fuego que chisporroteaba en la chimenea.

—Es tarde —dijo, con un tono que intentaba ser casual pero que no podía ocultar del todo su inquietud—. Deberías descansar. Mañana tenemos mucho trabajo por delante.

Isla lo observó por un momento más antes de asentir. Aunque había mucho que aún no se había dicho entre ellos, sabía que era mejor dejarlo para otro momento. Ambos necesitaban tiempo para procesar lo que había ocurrido en esa pequeña cabaña.

—Buenas noches, Ronan —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

—Buenas noches, Isla —respondió él, su voz suave, casi afectuosa.

Cuando Isla salió de la cabaña, el aire frío de la noche la envolvió, despejando un poco sus pensamientos. Mientras caminaba de regreso al castillo, no podía evitar reflexionar sobre lo que había sucedido. Algo en Ronan había cambiado, y aunque no sabía hacia dónde los llevaría ese cambio, sentía que estaban en el umbral de algo nuevo, algo que podría redefinir no solo su

relación, sino también el destino de todos a su alrededor.

Por su parte, Ronan se quedó junto al fuego, sus pensamientos enredados en una maraña de dudas, temores y una atracción que no podía negar. Por primera vez en su vida, el guardián comenzaba a cuestionar lo que había jurado proteger, y aunque no tenía todas las respuestas, sabía que Isla había abierto una puerta en su corazón que nunca podría volver a cerrar.

El viento soplaba suavemente fuera de la cabaña, llevando consigo las promesas de un futuro incierto, uno que ambos tendrían que enfrentar juntos, de una manera que ninguno de los dos había anticipado.

Capítulo 15: La Rebelión Crece

La noche había caído sobre las Highlands, y la luna se alzaba alta en el cielo, iluminando con su pálida luz el campamento rebelde oculto entre los densos árboles. El viento soplaba suave, apenas moviendo las ramas, pero dentro del campamento, la atmósfera era tensa, cargada de la expectación que precede a la tormenta. Isla caminaba entre las tiendas de campaña, sus pasos apenas audibles sobre el suelo cubierto de hojas. Con cada paso que daba, sentía cómo la responsabilidad se hacía más pesada sobre sus hombros.

Desde que había comenzado a trabajar con Ronan, había creído que podría equilibrar su vida entre la lucha por la justicia y su creciente alianza con el guardián del castillo MacLeod. Sin embargo, todo parecía estar escapando de su control. Esa noche, mientras se adentraba más en el campamento, Isla percibió algo diferente en el aire, una inquietud que no había sentido antes.

A lo lejos, un grupo de hombres discutía en voz baja alrededor de una hoguera. Isla reconoció a los líderes del grupo radical, aquellos que habían estado promoviendo métodos más violentos para lograr sus objetivos. Aunque ella compartía su deseo de justicia, no podía estar de acuerdo con las tácticas que proponían, estrategias que inevitablemente conducirían a una mayor violencia y destrucción.

Isla se acercó con cautela, manteniéndose en la penumbra para no ser vista. Se agachó detrás de una tienda de campaña y escuchó con atención.

—Es hora de que dejemos de jugar a ser justicieros —decía uno de los hombres, un tipo robusto con una cicatriz que le cruzaba la mejilla—. Los MacLeod han demostrado que no cederán sin una verdadera muestra de fuerza. Debemos atacar directamente, mostrarles que no somos solo un grupo de campesinos asustados. ¡Debemos golpear donde más les duele!

Otro hombre asintió con la cabeza, su voz grave y cargada de determinación.

—El castillo MacLeod es la clave. Si lo tomamos, el resto del clan se arrodillará. No habrá más impuestos injustos, no más opresión. Será un golpe que resonará en toda Escocia.

Isla sintió que la sangre se le helaba en las venas. Sabía que esta facción del grupo rebelde era peligrosa, pero no había imaginado que llegaran tan lejos como para planear un ataque masivo contra el castillo. Ronan había hecho mucho por intentar comprender su causa, y ahora ella se encontraba en una encrucijada. Si no hacía nada, muchas vidas se perderían, y la paz que tanto había anhelado se convertiría en un lejano sueño. Pero si intervenía, no solo estaría traicionando a los rebeldes, sino que también pondría su propia vida en grave peligro.

Mientras los hombres seguían discutiendo los detalles del ataque, Isla retrocedió lentamente, sus pensamientos enredados en un torbellino de dilemas morales. Sabía que debía advertir a Ronan, pero no podía simplemente correr hacia él sin considerar las consecuencias. Tenía que encontrar

una manera de detener el ataque sin ser vista como una traidora por sus propios compañeros.

El rostro de Ronan apareció en su mente, su mirada intensa y el conflicto interno que había visto en él la última vez que habían hablado en su cabaña. Desde entonces, la relación entre ellos había cambiado. Aunque aún había desconfianza, también había un respeto mutuo que ambos comenzaban a reconocer. Isla sabía que, de alguna manera, confiaba en él, pero ¿podía confiar en sí misma para tomar la decisión correcta?

Después de alejarse lo suficiente del campamento, Isla tomó un respiro profundo y decidió lo que tenía que hacer. No podía permitir que el caos y la violencia se desataran, no después de todo lo que habían pasado. Dirigiéndose hacia la espesura del bosque, se encaminó hacia el castillo MacLeod, consciente de que estaba a punto de traicionar a aquellos con quienes había luchado, pero también sabiendo que era lo correcto.

El camino hacia el castillo estuvo envuelto en la penumbra y el silencio, con solo el sonido de las hojas crujientes bajo sus pies para acompañarla. A medida que se acercaba, las torres del castillo se recortaban contra el cielo nocturno, y la realidad de lo que estaba a punto de hacer la golpeó con fuerza. Cada paso que daba parecía más pesado, pero no se detuvo. Sabía que no podía.

Al llegar a los muros del castillo, Isla fue recibida por los guardias con desconfianza. Aunque su rostro era conocido, la tensión en el ambiente era palpable. No podía culparlos; ella era, después de todo, una de las líderes de los rebeldes. Pero no estaba dispuesta a retroceder.

—Necesito hablar con Ronan —dijo, su voz firme a pesar de la agitación que sentía—. Es urgente.

Los guardias intercambiaron miradas antes de finalmente decidir escoltarla hasta la cabaña de Ronan. Isla podía sentir sus miradas de sospecha clavadas en su espalda mientras la llevaban por los pasillos oscuros. Al llegar a la cabaña, uno de los guardias golpeó la puerta con fuerza.

—Comandante, la prisionera está aquí. Dice que es urgente.

La puerta se abrió con un crujido, revelando a Ronan, con el ceño fruncido y la preocupación evidente en su rostro. Su mirada se encontró con la de Isla, y por un momento, ambos se quedaron en silencio, como si las palabras fueran insuficientes para expresar lo que sentían.

—Déjanos solos —ordenó Ronan a los guardias, que asintieron antes de retirarse, dejando la puerta cerrada detrás de ellos.

Ronan se giró hacia Isla, su expresión tensa.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estás aquí a estas horas?

Isla no perdió tiempo y le contó todo lo que había escuchado en el campamento rebelde, cada detalle del ataque planeado contra el castillo. Las palabras salieron de su boca con rapidez, impulsadas por la urgencia de la situación. A medida que hablaba, Ronan permaneció en silencio, escuchando atentamente, su expresión endureciéndose con cada palabra.

Cuando terminó, el silencio que siguió fue abrumador. Ronan se alejó un paso, procesando la información, sus pensamientos tan caóticos como los de Isla momentos antes.

—Si lo que dices es cierto —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de gravedad—, esto cambiará todo. No podemos permitir que ese ataque tenga lugar. Será un baño de sangre.

Isla asintió, sintiendo el peso de sus acciones sobre sus hombros.

—Lo sé. Por eso vine aquí. No podía permitir que algo así sucediera. Pero ahora estoy en una posición vulnerable. Si descubren que te lo he contado, no solo me matarán a mí, sino que todo lo que hemos intentado lograr se derrumbará.

Ronan se acercó a ella, sus ojos buscando los de Isla con una intensidad que la hizo sentir expuesta, como si pudiera ver directamente en su alma.

—Isla, has hecho lo correcto —dijo, su tono suave pero firme—. Sé que esto no es fácil para ti, pero has demostrado que hay algo más importante que la rebelión. Has demostrado que realmente te importa la gente, más allá de cualquier ideología. Y eso es lo que me hace confiar en ti.

Las palabras de Ronan la tomaron por sorpresa. Isla había esperado desconfianza, reproches tal vez, pero no este reconocimiento. Sintió que un nudo se formaba en su garganta, y por un momento, no supo qué decir.

—No sé qué pasará después de esto —dijo finalmente, su voz temblando ligeramente—. Pero sé que no puedo hacerlo sola.

Ronan la miró con una mezcla de compasión y determinación.

—No estarás sola, Isla. Vamos a detener este ataque, y luego encontraremos una manera de seguir adelante, de proteger a la gente sin recurrir a la violencia sin sentido.

El alivio que Isla sintió ante esas palabras fue casi abrumador. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que no estaba luchando sola. Había encontrado un aliado, alguien en quien podía confiar, aunque las circunstancias fueran complejas y difíciles.

Ronan se giró hacia la puerta, preparado para tomar las medidas necesarias.

—Debemos actuar con rapidez —dijo, su voz firme—. No hay tiempo que perder.

Isla asintió, sabiendo que lo que estaba por venir sería una prueba tanto para ella como para Ronan. Mientras lo seguía fuera de la cabaña, sintió que, de alguna manera, todo lo que habían pasado juntos los había llevado a este momento, un momento en el que sus destinos se entrelazaban de una manera que ninguno de los dos había previsto.

Las horas siguientes fueron un torbellino de actividad. Ronan organizó a sus hombres con una

eficiencia que Isla no pudo evitar admirar. Mientras tanto, ella proporcionó toda la información que podía para asegurar que el ataque fuera neutralizado antes de que comenzara. La tensión en el castillo era palpable, pero todos estaban decididos a proteger lo que era suyo.

Cuando la noche comenzó a desvanecerse y los primeros rayos de sol asomaron en el horizonte, Isla se

encontró junto a Ronan en lo alto de las murallas del castillo, observando cómo el campamento rebelde era desmantelado por las fuerzas del castillo, con un mínimo de violencia. Habían logrado evitar la catástrofe, pero el costo personal para Isla había sido alto.

Ronan se giró hacia ella, sus ojos reflejando una mezcla de gratitud y algo más, algo que Isla no se atrevía a nombrar todavía.

—Lo logramos —dijo él, su voz baja pero cargada de emoción contenida.

Isla asintió, sintiendo una oleada de alivio y tristeza al mismo tiempo. Sabía que aunque habían ganado esta batalla, la lucha por la justicia no había terminado, y que su camino junto a Ronan sería aún más complicado de lo que había imaginado.

Mientras el sol se alzaba en el cielo, Ronan tomó la mano de Isla, un gesto simple pero lleno de promesas. Ambos sabían que el futuro era incierto, pero en ese momento, estaban juntos, dispuestos a enfrentarlo, sea cual sea el precio.

Y en ese instante, en lo alto de las murallas, con la luz del nuevo día bañándolos, Isla y Ronan comprendieron que, aunque su relación había nacido en el conflicto, tenía el potencial de convertirse en algo mucho más poderoso.

Capítulo 16: La Confesión

La mañana estaba envuelta en un manto de neblina que se aferraba a las colinas como un susurro persistente. Isla y Ronan avanzaban en silencio, el crujido de las hojas bajo sus pies siendo el único sonido que rompía la quietud del bosque. La cabaña de Isla, oculta entre las colinas, se encontraba más allá de lo que Ronan había imaginado, en un rincón donde la naturaleza parecía reinar suprema, lejos de la influencia del castillo y de los caminos más transitados.

Ronan había conocido muchas tierras y lugares en su vida, pero la senda que Isla lo estaba guiando era diferente. El aire era más denso, como si el mismo bosque respirara con vida propia, y la sensación de estar cruzando a un territorio desconocido lo invadía. Sin embargo, la presencia de Isla, caminando con paso firme frente a él, le daba una extraña seguridad. Sabía que este viaje no era solo hacia un lugar físico, sino también hacia una verdad que Isla quería que él entendiera.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad caminando por senderos ocultos, la cabaña apareció ante ellos. Era una estructura modesta, construida con troncos envejecidos y cubierta por un techo de paja que se fundía con el entorno. Un pequeño jardín descuidado se extendía a un lado, con hierbas y flores silvestres creciendo sin orden aparente.

—Aquí es donde he vivido los últimos años —dijo Isla, deteniéndose frente a la puerta de la cabaña y volviéndose hacia Ronan—. Este lugar ha sido mi refugio, mi fortaleza. Pero también ha sido mi prisión.

Ronan observó la cabaña, notando el desgaste en la madera y las grietas en las paredes. No era solo una vivienda; era un testimonio silencioso de la vida que Isla había llevado, una vida de lucha y sacrificio. Sentía el peso de lo que estaba por descubrir, consciente de que este no era solo un viaje para ver un lugar, sino para entender las verdades que Isla había guardado con tanto celo.

Isla abrió la puerta y lo invitó a entrar. El interior era sencillo, pero acogedor. Había una mesa de madera rústica con dos sillas, una chimenea apagada con cenizas acumuladas y estantes llenos de frascos con hierbas y pociones. En una esquina, un pequeño catre con una manta desgastada por el uso.

—No es mucho, pero es suficiente —comentó Isla, mientras Ronan inspeccionaba la habitación con una mezcla de curiosidad y respeto—. Aquí he aprendido a vivir con lo mínimo, a sobrevivir con lo que la tierra me ofrece.

Ronan asintió, tomando asiento en una de las sillas junto a la mesa. Isla lo siguió, sentándose frente a él. Durante unos momentos, ambos permanecieron en silencio, como si el peso de las palabras que iban a intercambiar aún estuviera siendo considerado.

—He estado en muchos lugares —dijo finalmente Ronan, rompiendo el silencio—, pero nunca

en un lugar como este. Es un lugar de paz, pero también de aislamiento.

Isla lo miró a los ojos, sus propios pensamientos reflejados en la intensidad de su mirada.

—Es un lugar donde he encontrado mi fuerza, pero también donde he sido testigo de las injusticias que otros sufren. Los campesinos que viven en estas colinas... su vida es dura, Ronan. Cada día es una lucha para sobrevivir, y lo que poco que logran obtener les es arrebatado por los impuestos y las demandas de aquellos en el poder.

Ronan escuchó con atención, sintiendo cómo las palabras de Isla penetraban en sus defensas. Había sabido de la dureza de la vida en esas tierras, pero escucharla directamente de Isla, quien había vivido entre ellos, era diferente. Su vida de guardián del castillo le había dado una perspectiva, pero ahora estaba comenzando a ver las grietas en esa visión.

—Quiero mostrarte algo —dijo Isla, levantándose y dirigiéndose a uno de los estantes. Tomó un pequeño cuaderno de cuero, gastado por el uso, y lo colocó sobre la mesa frente a Ronan—. Este diario pertenece a una familia que vivió aquí antes de mí. Encontré sus escritos después de su muerte. Sus palabras me recordaron por qué luchó, por qué no puedo quedarme de brazos cruzados.

Ronan tomó el diario, abriéndolo con cuidado. Las páginas estaban llenas de anotaciones, algunas en tinta desvaída, otras más recientes, pero todas impregnadas de una desesperación palpable. Mientras leía, las historias de esa familia cobraron vida: las cosechas fracasadas, los impuestos impagables, la enfermedad que los había diezmado uno por uno. Cada palabra era un grito de ayuda que nunca había sido escuchado.

—Esta familia... —dijo Ronan, su voz ronca por la emoción—. No deberían haber tenido que vivir así.

Isla asintió, sintiendo una punzada de dolor mientras Ronan asimilaba lo que había aprendido.

—Y no son los únicos —respondió ella, su voz apenas un susurro—. Hay muchos más, Ronan. Demasiados. Y cada día que pasa, más personas se ven obligadas a soportar lo mismo.

Ronan cerró el diario y lo colocó de nuevo sobre la mesa, su mente llena de pensamientos contradictorios. Sabía que Isla tenía razón, pero también sabía que las cosas no eran tan simples como parecían. Su vida había estado dedicada a proteger el castillo, a mantener el orden, pero ahora veía que ese orden estaba construido sobre cimientos de sufrimiento.

—Isla... —empezó a decir, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

Ella lo miró, esperando, sabiendo que estaba luchando con sus propios dilemas.

—Lo que has hecho, lo que estás haciendo, no es solo por ti —continuó él, su voz más firme—. Es por todos ellos. Pero también hay consecuencias. Lo que planeaste, lo que casi sucedió en el castillo... podría haber acabado con muchas vidas. No solo con las nuestras.

Isla asintió, sabiendo que tenía razón. La lucha por la justicia no siempre era limpia, y las decisiones que había tomado habían sido difíciles. Pero eso no disminuía su convicción.

—Lo sé —admitió ella—. Y es por eso que quería que vieras esto. No para justificar mis acciones, sino para que entiendas de dónde vienen. Para que entiendas por qué no puedo rendirme.

Ronan la miró fijamente, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de comprensión y algo más, algo que no había querido admitir hasta ese momento.

—Lo entiendo, Isla —dijo, su voz cargada de emoción—. Y eso es lo que me asusta. Porque entiendo por qué haces lo que haces, y me doy cuenta de que no soy tan diferente de ti como pensaba.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de las palabras no dichas que flotaban entre ellos. Isla sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho, sabiendo que estaban a punto de cruzar una línea que cambiaría todo.

—Ronan... —comenzó ella, su voz temblando ligeramente—. No quería que esto sucediera, pero no puedo seguir fingiendo que no lo siento.

Ronan se acercó a ella, su mano rozando la de Isla sobre la mesa. El contacto fue eléctrico, despertando en ambos emociones que habían intentado suprimir.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó él en un susurro, sus ojos clavados en los de ella.

Isla tragó saliva, sintiendo cómo el calor subía por su cuello.

—Me importas, Ronan —confesó finalmente, sus palabras saliendo con dificultad—. Más de lo que debería. Y eso me asusta, porque sé que nuestros caminos podrían ser irreconciliables. Pero no puedo negar lo que siento.

Ronan no apartó la mirada de la suya, y en sus ojos Isla vio el reflejo de sus propios sentimientos, la misma lucha interna, el mismo temor de lo que podrían significar el uno para el otro.

—Yo también lo siento, Isla —admitió él, su voz cargada de una sinceridad que la desarmó—. No sé cómo ha sucedido, pero ya no puedo imaginar mi vida sin ti. Y eso me pone en una posición complicada, porque lo que soy, lo que he sido toda mi vida, está en conflicto con lo que siento por ti.

Isla sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero se negó a dejarlas caer. No quería que este momento se viera empañado por el dolor, aunque sabía que el futuro que se avecinaba sería incierto y difícil.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, su voz quebrada por la emoción.

Ronan apretó su mano con suavidad, su mirada llena de una determinación que Isla no había visto antes.

—Encontraremos la manera, Isla —dijo con convicción—. No sé cómo, pero lo haremos. No estoy dispuesto a renunciar a lo que siento por ti. No ahora.

El corazón de Isla latía con fuerza, y en ese momento, en la intimidad de su cabaña, rodeados por el testimonio silencioso de las vidas que habían pasado antes que ellos,

Isla sintió que algo profundo y duradero estaba tomando forma entre ellos.

El miedo seguía presente, así como las dudas, pero junto a ellos también había esperanza. La esperanza de que, de alguna manera, encontrarían una forma de estar juntos, a pesar de las diferencias, a pesar de las luchas que aún tenían por delante.

Y mientras el sol se escondía detrás de las colinas, bañando la cabaña en una luz dorada, Isla y Ronan permanecieron juntos, sabiendo que, aunque el camino por delante sería arduo, no lo recorrerían solos.

Capítulo 17: El Ultimátum

El salón del consejo del clan MacLeod era un lugar imponente, con sus paredes de piedra gruesa adornadas con tapices antiguos que narraban las historias de las victorias y las tradiciones del clan. La sala estaba iluminada por antorchas que lanzaban sombras danzantes sobre los rostros serios de los miembros del consejo, hombres y mujeres que habían dedicado sus vidas al servicio del clan. En el centro de la sala, Ronan estaba de pie, firme, pero con una tensión visible en su postura. Sus ojos recorrieron los rostros familiares, encontrando en ellos preocupación, desconfianza y, en algunos, una severa determinación.

El laird del clan, Alasdair MacLeod, estaba sentado en la cabecera de la gran mesa de roble, su expresión era inescrutable. A su lado, varios consejeros de alto rango susurraban entre sí, intercambiando miradas que Ronan no podía descifrar. Sabía que el momento que estaba por venir era crucial, no solo para él, sino para el futuro de Isla y de todo lo que habían construido juntos en tan poco tiempo.

—Ronan —la voz de Alasdair resonó en el salón, calmada pero con un filo de autoridad—. Hemos escuchado rumores, y estos rumores han sido confirmados. Se dice que has formado una alianza con Isla MacGregor, una conocida rebelde. ¿Es cierto?

Ronan sintió el peso de las miradas sobre él, y aunque su instinto lo empujaba a mantener la compostura, no pudo evitar un leve endurecimiento en su mandíbula. Sabía que no podía mentir, no ante su clan, no ante Alasdair, su líder y hermano mayor.

—Es cierto —respondió Ronan con voz firme, sin titubear—. Isla MacGregor y yo hemos decidido trabajar juntos para evitar que el grupo radical que ella misma rechaza cause más daño a nuestras tierras. Creo que, con su ayuda, podemos evitar un conflicto mayor.

Un murmullo recorrió la sala, y los consejeros se inclinaron hacia adelante, susurrando con mayor intensidad. Alasdair levantó una mano, pidiendo silencio, y la sala se sumió de nuevo en una expectante quietud.

—Ronan —dijo Alasdair, su voz más baja, pero cargada de una gravedad que Ronan no había escuchado antes—, esta situación es peligrosa. No solo para ti, sino para todo el clan. Debes entender que nuestra prioridad siempre ha sido y siempre será la seguridad de nuestra gente. Al aliarte con una rebelde, estás poniendo en riesgo todo lo que hemos trabajado por mantener. Es por eso que el consejo ha decidido que debes tomar una decisión.

Ronan sintió un nudo formarse en su estómago. Sabía lo que venía, pero eso no hacía que las palabras que siguieron fueran menos devastadoras.

—Debes elegir entre tu deber como guardián del clan y tu relación con Isla MacGregor —declaró Alasdair—. No podemos permitir que tu lealtad se divida en un momento tan crítico. Si

decides continuar con tu alianza con Isla, deberás renunciar a tu posición como guardián.

El silencio que siguió fue tan denso que parecía absorber el aire de la sala. Ronan mantuvo la mirada fija en la de Alasdair, luchando contra la tormenta de emociones que amenazaba con abrumarlo. Había dedicado su vida al servicio del clan, había defendido sus tierras, sus leyes, y su gente con una devoción inquebrantable. Pero Isla... Isla había despertado en él algo que nunca antes había experimentado, una conexión profunda que lo hacía cuestionar todo lo que había considerado inamovible.

—No es una decisión que pueda tomar a la ligera —dijo Ronan finalmente, su voz cargada de una calma forzada—. Necesito tiempo para reflexionar.

Alasdair asintió, pero su mirada permaneció severa.

—Tendrás tiempo, Ronan. Pero no mucho. El consejo espera tu decisión antes de la próxima luna llena.

Ronan inclinó la cabeza en señal de respeto y se retiró de la sala sin más palabras. Mientras cruzaba los grandes pasillos del castillo, su mente estaba llena de un torbellino de pensamientos. Cada paso que daba resonaba con un peso que no solo era físico, sino también emocional. No podía evitar pensar en Isla, en lo que significaba para él y en lo que estaban construyendo juntos, pero también en el deber que siempre había guiado su vida. Las paredes del castillo que una vez le habían parecido un símbolo de protección ahora se sentían como una prisión.

Al llegar a su cabaña, situada en los terrenos del castillo pero lo suficientemente apartada como para ofrecerle algo de privacidad, Ronan se dejó caer en una silla frente al fuego apagado. Sus pensamientos eran un caos, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió completamente perdido.

El deber y el amor. ¿Cómo podía elegir entre dos fuerzas tan poderosas?

La noche se fue cerrando sobre él, y el silencio de la cabaña solo amplificaba la confusión en su mente. Recordó las palabras de Isla, su voz apasionada hablando de justicia, de libertad, de la lucha por aquellos que no tenían voz. Recordó también las promesas que había hecho a su clan, de protegerlos a toda costa, de mantener el orden y la seguridad.

El sonido de unos pasos fuera de la cabaña lo sacó de su ensimismamiento. Se levantó de inmediato, con la mano instintivamente sobre la empuñadura de su espada, pero cuando la puerta se abrió suavemente, fue Isla quien apareció en el umbral. Su cabello oscuro caía en ondas sobre sus hombros, y su expresión, aunque tranquila, reflejaba la preocupación que ella también sentía.

—Ronan —dijo en voz baja, cerrando la puerta tras de sí—. Supe lo que pasó en el consejo. Vine tan pronto como pude.

Ronan la miró, sin saber si sentir alivio o mayor angustia por su presencia. Sin embargo, el simple hecho de verla allí, tan resuelta, tan fiel a sus principios, trajo una calma inesperada a su

interior.

—Isla —susurró él, acercándose a ella—. Estoy en una encrucijada. El consejo me ha dado un ultimátum. Debo elegir entre mi deber con el clan y mi relación contigo.

Isla no pareció sorprendida. En lugar de eso, asintió lentamente, como si hubiera anticipado que este momento llegaría.

—Lo sé —dijo ella, con una tristeza palpable en su voz—. Sabía que llegaría el día en que tendrías que elegir. Y aunque no me corresponde influir en tu decisión, quiero que sepas que, sea cual sea, te apoyaré.

Ronan se detuvo a solo unos pasos de ella, sus ojos oscuros buscando en los de Isla alguna respuesta, algún consuelo que le permitiera tomar la decisión que parecía imposible.

—¿Y si te elijo a ti, Isla? —preguntó, su voz apenas un susurro—. ¿Qué sucedería entonces?

Isla lo miró con una intensidad que hizo que el tiempo pareciera detenerse.

—Si me eliges a mí, Ronan, estaremos juntos, pero no será fácil. Los dos sabemos lo que estamos sacrificando por estar juntos. Mi causa, mi lucha... siempre será parte de lo que soy. Y tu clan, tu deber, son parte de lo que tú eres. Tendríamos que encontrar una manera de reconciliar esos dos mundos. Pero si me eliges, sabré que lo haces con todo tu corazón, y eso será suficiente para mí.

Ronan sintió que las palabras de Isla resonaban en lo más profundo de su ser. Sabía que, independientemente de la decisión que tomara, habría sacrificios. Pero lo que Isla ofrecía no era solo amor; era la promesa de un futuro en el que ambos podrían construir algo nuevo, algo que combinara sus valores, sus luchas, y sus deseos.

—No quiero perderte, Isla —dijo él, con una franqueza que lo sorprendió—. Pero tampoco quiero traicionar a mi clan. No puedo simplemente dar la espalda a lo que he sido toda mi vida.

Isla dio un paso hacia él, colocando una mano suave sobre su brazo.

—No tienes que traicionar a nadie, Ronan. Lo que estamos intentando hacer es encontrar una manera de cambiar las cosas para mejor. Si trabajamos juntos, podemos demostrarle al clan que no estamos en contra de ellos, sino que queremos un futuro más justo para todos. Pero sé que esta es una decisión que debes tomar por ti mismo.

Ronan se quedó mirándola, sintiendo una mezcla de gratitud y dolor. No era justo que se le pidiera elegir entre dos partes tan importantes de su vida. Pero la vida rara vez era justa, lo sabía demasiado bien. Lo único que podía hacer era seguir su corazón, esperando que fuera lo suficientemente fuerte para llevarlo por el camino correcto.

—Dame tiempo, Isla —pidió él—. No mucho, solo lo necesario para encontrar claridad.

Isla asintió, aunque en sus ojos podía ver la misma incertidumbre que él sentía.

—Tómate el tiempo que necesites, Ronan. Estaré esperando, sea cual sea tu decisión.

Se despidieron en silencio, con la promesa implícita de que volverían a encontrarse, de que, de alguna manera, encontrarían

una solución. Mientras Isla salía de la cabaña y desaparecía en la oscuridad de la noche, Ronan se quedó solo, enfrentando la decisión más difícil de su vida. Una decisión que no solo definiría su futuro, sino también el del clan MacLeod y el de Isla.

La luna llena estaba cerca, y con ella, la hora de la verdad.

Capítulo 18: El Ataque Sorpresa

La noche se cernía sobre el castillo MacLeod como un manto de sombras profundas, salpicado solo por el brillo ocasional de las estrellas que se asomaban entre las nubes. El aire era denso, cargado de una tensión casi palpable que parecía vibrar en cada piedra del castillo. Las antorchas, alineadas a lo largo de los muros, lanzaban una luz vacilante que se reflejaba en las armaduras de los guardias, creando un juego de luces y sombras inquietante.

Ronan estaba de pie en lo alto de la muralla, sus ojos oscuros escrutando el horizonte. Había pasado días preparándose para este momento, junto a Isla, anticipando cada posible movimiento del grupo radical. Sabían que el ataque era inminente, y Ronan, con su instinto de guerrero, lo sentía en los huesos. Isla, a su lado, estaba inquieta, sus ojos buscando señales en la oscuridad, sus pensamientos en los hombres y mujeres que habían seguido sus pasos. La rebelión había comenzado como un grito de justicia, pero ahora, con los radicales tomando las riendas, se había convertido en un monstruo que amenazaba con devorar a todos.

—Están cerca —murmuró Isla, apenas un susurro que solo Ronan pudo escuchar. Su voz, aunque baja, estaba cargada de la misma certeza que Ronan sentía.

—Lo sé —respondió él, su voz grave cortando el aire frío de la noche.

El silencio que siguió fue roto solo por el suave golpeteo del viento contra las banderas del castillo. Era el silencio antes de la tormenta, un momento de calma tensa que precedía la inevitable explosión de violencia.

De repente, un sonido sordo se escuchó en la distancia, seguido por un estruendo que sacudió las murallas. Ronan no necesitó ver el destello de fuego que iluminó el horizonte para saber que el ataque había comenzado. La emboscada que habían estado esperando, la batalla que habían temido, ya estaba sobre ellos.

—¡Están aquí! —gritó uno de los guardias desde una torre cercana, y en un instante, el castillo se convirtió en un hervidero de actividad.

Ronan bajó las escaleras de piedra a toda prisa, su capa ondeando a su espalda. Isla lo seguía, su mirada firme y decidida. Sabía que la batalla que estaba por librarse no era solo una lucha por la supervivencia, sino también por la redención, no solo para ella, sino para todos aquellos que se habían visto arrastrados a esta guerra.

Los soldados se alinearon en formación, sus lanzas y espadas brillando bajo la luz de las antorchas. Isla se acercó a Ronan, tomando su brazo por un breve segundo, un gesto de camaradería y algo más profundo que ambos entendían sin necesidad de palabras.

—No podemos permitir que entren al castillo —dijo ella con firmeza—. Si lo hacen, todo estará

perdido.

Ronan asintió, consciente de la gravedad de la situación. Los dos compartieron una mirada que lo decía todo. No importaba qué tan grandes fueran las diferencias que los separaban, en este momento estaban unidos por un objetivo común. Sabían que juntos eran más fuertes, y esa fortaleza sería su mejor arma.

—Lideraré a los hombres en la muralla oeste —dijo Ronan, ya dándole instrucciones a sus oficiales—. Tú mantén el control en la entrada principal. Si logran forzar las puertas, estamos acabados.

Isla no discutió. Sabía que él tenía razón y que debía confiar en su juicio militar. Pero también sabía que no podía permitirse fallar. La vida de demasiadas personas estaba en juego.

Los primeros gritos de guerra resonaron desde los muros, seguidos por el inconfundible sonido del acero chocando contra el acero. Isla corrió hacia la entrada principal, donde un grupo de rebeldes había logrado acercarse a las puertas, llevando arietes improvisados y lanzas. La fuerza de la primera embestida fue brutal, pero los hombres de Isla y Ronan estaban preparados. Con un grito que resonó por todo el castillo, Isla dirigió la defensa, sus órdenes claras y precisas cortando a través del caos.

—¡Defended las puertas! —gritó, mientras lanzaba una flecha con precisión mortal que encontró su marca en el cuello de un atacante. La batalla era feroz, y cada segundo que pasaba la tensión se hacía más insoportable. Las puertas temblaban bajo los golpes de los arietes, y por un momento, Isla temió que se vinieran abajo.

Ronan, desde su posición en la muralla oeste, observaba el avance de los enemigos. Sabía que no podía permitirse perder el control en ningún frente. Su espada, ya manchada de sangre, se movía con la precisión de un guerrero experimentado, derribando a los enemigos que lograban escalar las murallas.

—¡No cedáis ni un palmo de terreno! —ordenó a sus hombres, mientras lanzaba una mirada hacia la entrada principal, donde Isla luchaba con una fiereza que lo llenaba de una mezcla de admiración y preocupación.

El ataque de los rebeldes era implacable. Los radicales, dispuestos a todo por su causa, arremetían una y otra vez contra los defensores del castillo. Pero Isla y Ronan, con una sincronía casi perfecta, mantenían sus posiciones. Cada movimiento, cada orden, cada decisión parecía estar en perfecta armonía, como si ambos hubieran nacido para luchar codo a codo.

A medida que la batalla avanzaba, Isla notó que algunos de los radicales comenzaban a flaquear. El asalto inicial había sido devastador, pero los defensores del castillo no se habían rendido. Y poco a poco, la balanza comenzaba a inclinarse a favor de los MacLeod.

Ronan, viendo la oportunidad, dio la orden de contraatacar. Sus hombres, revitalizados por el liderazgo de su guardián, arremetieron contra los atacantes con renovada fuerza. Isla, al ver la

marea cambiar, sintió un destello de esperanza. Sabía que si lograban repeler este ataque, los radicales perderían gran parte de su poder.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el asalto comenzó a desmoronarse. Los radicales, incapaces de penetrar las defensas del castillo, comenzaron a retroceder. Isla, con el arco en alto, gritó órdenes para asegurar que ninguno de los atacantes lograra escapar. Pero en su corazón, también sentía un profundo pesar. Sabía que muchos de los que habían muerto esta noche eran personas que una vez había conocido, personas que habían creído en una causa que, aunque justa, había sido llevada demasiado lejos.

Cuando el último de los radicales fue expulsado o capturado, un silencio inquietante se apoderó del campo de batalla. Los hombres y mujeres de los MacLeod, exhaustos pero victoriosos, se reagruparon, muchos de ellos heridos pero vivos. Ronan bajó de las murallas, su espada ensangrentada aún en la mano, y se dirigió a la entrada principal, donde Isla estaba de pie, mirando el campo de batalla con una mezcla de triunfo y tristeza.

—Lo logramos —dijo él, su voz grave pero suave.

Isla asintió, sin apartar la mirada de los cuerpos que yacían en el suelo. La victoria había sido dura, pero el costo era evidente.

—Sí —respondió—. Pero a qué precio, Ronan. A qué precio...

Ronan dejó caer su espada al suelo y se acercó a ella, colocando una mano en su hombro.

—Hicimos lo que debíamos hacer —dijo, aunque en su interior sabía que las palabras no eran suficientes para consolar el dolor que ambos sentían—. Salvamos el castillo, y con él, muchas vidas. Pero también sé que esta noche se llevará un pedazo de nosotros que nunca recuperaremos.

Isla giró la cabeza para mirarlo, sus ojos brillantes con lágrimas no derramadas.

—No es solo lo que hemos perdido —dijo en voz baja—. Es lo que viene después. La lucha no ha terminado, Ronan. Esto es solo el comienzo. Pero hay algo que he aprendido esta noche.

Ronan la miró, esperando sus palabras.

—Nos necesitamos el uno al otro. Y no solo para ganar batallas. Necesitamos algo más, algo que nos mantenga en pie cuando todo lo demás se derrumbe. Y creo que lo hemos encontrado, Ronan. Juntos.

El guardián del clan MacLeod la observó, sintiendo el peso de sus palabras, la verdad en ellas. En medio del caos, del dolor, de la sangre y la muerte, habían encontrado algo más fuerte, más puro. Una alianza forjada en el fuego de la batalla, pero alimentada por algo más profundo.

—Sí, Isla —dijo él finalmente, con una convicción que venía desde lo más profundo de su ser—. Juntos. Pase lo que pase, enfrentaremos lo que venga juntos.

Y mientras la noche se cerraba sobre ellos, dejando atrás las cenizas de la batalla, Ronan e Isla supieron que, aunque las dificultades que enfrentaban aún eran inmensas, habían dado un paso crucial hacia un futuro que, por primera vez, podían vislumbrar con esperanza.

Capítulo 19: El Sacrificio

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de un rojo sangriento que presagiaba la tormenta que estaba por desatarse. Los muros del castillo MacLeod se erguían imponentes, pero dentro de sus límites, la tensión era palpable. Cada soldado estaba preparado, cada hombre y mujer conocía su puesto y esperaba la orden de avanzar. El eco de los cascos de los caballos y el chocar de las espadas resonaban como un himno lúgubre, anunciando la inminente batalla.

Isla se encontraba en lo alto de una de las murallas, observando el campo que se extendía ante ella. Sabía que lo que estaba por ocurrir cambiaría sus vidas para siempre, y aunque el miedo latía en su pecho, estaba decidida a hacer lo que fuera necesario. Sus ojos se posaron en Ronan, que caminaba con paso firme y decidido entre las filas de soldados. A pesar de la armadura que lo cubría, Isla podía percibir la tensión en sus hombros, el peso de las decisiones que había tomado y las que aún debía tomar.

Mientras el enemigo se acercaba, el sonido de los tambores de guerra comenzó a resonar en el aire, un ritmo que hacía vibrar la tierra bajo sus pies. Isla sintió un escalofrío recorrer su columna, pero no era el frío lo que la afectaba, sino la certeza de que este sería el momento de mayor prueba para ambos.

Ronan se detuvo en lo alto de la muralla, junto a ella. Su presencia, normalmente calmada y controlada, parecía estar al borde de desmoronarse, pero solo ella podía notar esas pequeñas señales. Sus miradas se encontraron, y en ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse.

—Esto es más grande que nosotros —murmuró Isla, rompiendo el silencio.

—Lo sé —respondió Ronan, con una voz grave que reflejaba la mezcla de emociones que lo atormentaban—. Pero nada es más importante que mantenerte a salvo.

Isla sintió una oleada de emociones inundarla. Sabía que Ronan la amaba, lo veía en sus ojos, lo sentía en cada una de sus acciones, pero también sabía que él estaba luchando contra sus propios demonios, contra un deber que le había sido inculcado desde siempre. Un deber que ahora lo mantenía dividido entre su clan y su corazón.

—No estoy aquí para ser protegida, Ronan. Estoy aquí porque creo en lo que estamos haciendo. Porque creo en ti.

Ronan cerró los ojos por un breve momento, como si estuviera tratando de absorber sus palabras, de encontrar en ellas la fuerza que necesitaba. Cuando los abrió, había una determinación nueva en ellos.

—Lucharemos juntos entonces —dijo finalmente, su voz más firme, más segura.

Isla asintió, y sin decir más, ambos volvieron su atención al campo de batalla que se extendía ante ellos. Los rebeldes estaban allí, listos para lanzar su ataque final, dispuestos a todo para alcanzar sus objetivos. Pero lo que Isla y Ronan no sabían era que entre ellos había aquellos que no compartían la visión de un cambio pacífico. Entre ellos, había quienes solo querían destrucción.

El primer impacto fue como un rugido que sacudió el aire. Las catapultas lanzaron proyectiles incendiarios que se estrellaron contra los muros del castillo, levantando una lluvia de escombros y fuego. Los arqueros del clan MacLeod respondieron con precisión mortal, pero los rebeldes no se detuvieron. Isla se movió rápidamente, lanzando órdenes a sus hombres, guiándolos en la defensa.

El combate era feroz, los gritos de guerra y el estruendo del acero llenaban el aire. Isla luchaba con todo lo que tenía, su arco lanzando flechas que encontraban sus marcas con una precisión letal. Pero incluso en medio de la batalla, no podía dejar de buscar a Ronan con la mirada, asegurándose de que él estuviera a salvo.

De repente, Isla vio algo que la hizo detenerse en seco. Un grupo de rebeldes había logrado abrir una brecha en las defensas y avanzaban directamente hacia Ronan. El líder de los rebeldes, un hombre corpulento con una espada levantada, se acercaba a él con una velocidad aterradora. Isla supo en ese instante que Ronan no lo había visto, que estaba ocupado defendiendo a otros y no podía ver el peligro que se cernía sobre él.

Sin pensar, sin dudar, Isla soltó su arco y corrió hacia él. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras empujaba a los hombres que se interponían en su camino. Solo una cosa ocupaba su mente: salvar a Ronan, sin importar el costo.

El tiempo pareció ralentizarse mientras corría. Podía ver cada detalle con una claridad aterradora: la espada del rebelde alzándose en el aire, la expresión de Ronan mientras luchaba, ajeno al peligro que se acercaba, y el sonido ensordecedor de la batalla que la rodeaba.

Cuando finalmente llegó hasta él, Isla se lanzó hacia adelante, interponiendo su cuerpo entre Ronan y el golpe mortal. La espada del rebelde se hundió en su costado, y un grito de dolor escapó de sus labios. El impacto la derribó al suelo, pero incluso mientras caía, su único pensamiento era que había logrado su objetivo: Ronan estaba a salvo.

Ronan, al ver a Isla caer, sintió que todo su mundo se desmoronaba. El tiempo que había parecido ralentizarse para Isla ahora se aceleró para él, convirtiéndose en un torbellino de emociones que lo dejó aturdido y furioso. Un rugido de rabia surgió de su garganta mientras arremetía contra el rebelde con una ferocidad que no sabía que poseía. Su espada se movió con una precisión mortal, y en cuestión de segundos, el enemigo yacía muerto a sus pies.

Ronan cayó de rodillas junto a Isla, sus manos temblorosas mientras intentaba detener la sangre que brotaba de su herida. Los ojos de Isla, aunque llenos de dolor, lo miraban con una suavidad que lo desgarraba por dentro.

—Isla... —susurró, su voz quebrada—. ¿Por qué lo hiciste?

Isla esbozó una débil sonrisa, sus dedos tocando suavemente el rostro de Ronan.

—Porque te amo, Ronan. Porque... tú lo vales.

Las palabras de Isla perforaron el corazón de Ronan como si fueran flechas. Sintió una oleada de emociones que lo abrumó, mezclando amor, desesperación, y una furia impotente. Su vida, su deber, todo lo que había creído importante hasta ese momento se desvanecía frente a la realidad de perder a la mujer que amaba.

—No te dejaré morir, Isla —dijo, con una determinación que no admitía réplica—. Lucharás, y yo estaré a tu lado. No puedes irte, no ahora.

Isla sintió que las fuerzas la abandonaban, pero también sintió el amor y la desesperación en la voz de Ronan. Con cada palabra, él le transmitía la esperanza que necesitaba para aferrarse a la vida.

—Estoy aquí —murmuró ella—. No me voy a ninguna parte.

Ronan apretó su mano, aferrándose a ella como si fuera su única ancla en un mundo que se desmoronaba. A su alrededor, la batalla continuaba, pero para él, en ese momento, solo existía Isla.

Los hombres de Ronan, al ver a su líder arrodillado junto a Isla, se reagruparon con renovada determinación. La imagen de su líder luchando no solo por el castillo, sino por la mujer que amaba, les infundió una fuerza y coraje que no sabían que poseían. Con un grito de guerra, arremetieron contra los rebeldes con una fuerza imparable, dispuestos a hacer lo que fuera necesario para proteger lo que les era máspreciado.

El asalto de los rebeldes comenzó a desmoronarse bajo la embestida de los MacLeod. Uno tras otro, los enemigos fueron cayendo, incapaces de resistir el ímpetu de un clan que luchaba no solo por su tierra, sino por el honor y el amor. Finalmente, los pocos que quedaron vivos comenzaron a retirarse, conscientes de que la batalla estaba perdida.

Cuando el último de los enemigos desapareció en el horizonte, el castillo quedó en un silencio sepulcral. Ronan levantó a Isla en sus brazos, con una suavidad que contrastaba con la violencia de la batalla que acababa de terminar. La llevó dentro del castillo, sus pasos firmes pero apresurados, mientras sus hombres lo seguían en silencio, conscientes de la gravedad de la situación.

Isla fue llevada a una habitación donde los curanderos la esperaban, pero incluso mientras la atendían, ella no soltaba la mano de Ronan. El dolor era intenso, pero en medio de todo, lo único que quería era que Ronan supiera que, sin importar lo que sucediera, su amor por él había sido lo más real que había sentido en su vida.

Ronan permaneció a su lado, sus ojos fijos en ella, sus pensamientos enredados en una maraña de arrepentimiento y amor. La idea de perderla lo aterrorizaba de una manera que nunca había experimentado antes, y fue en ese momento que lo supo, con una certeza absoluta: Isla era su vida, y nada ni nadie lo separaría de ella.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, uno de los curanderos se volvió hacia Ronan.

—La herida es grave, pero no mortal. Si descansa y recibe los cuidados necesarios, se recuperará.

Las palabras del curandero fueron como un bálsamo para el corazón atormentado de Ronan. Con un suspiro de alivio, se permitió cerrar los ojos por un breve momento, dejando que la tensión que lo había mantenido al borde del colapso se desvaneciera.

Cuando volvió a abrir los ojos, encontró a Isla mirándolo, sus labios curvados en una leve sonrisa.

—Te lo dije —murmuró ella—. No me voy a ninguna parte.

Ronan sonrió, una sonrisa cargada de emociones que apenas podía contener.

—Lo sé —respondió, apretando suavemente su mano—. Y te prometo que nunca más tendrás que hacer esto sola. A partir de ahora, enfrentaremos todo juntos.

Isla asintió, sus ojos llenos de amor y determinación. Sabía que el camino que tenían por delante no sería fácil, que todavía había muchas batallas que librar, tanto externas como internas. Pero en ese momento, con Ronan a su lado, sintió que podían superar cualquier cosa.

El sacrificio que había hecho esa noche no solo había salvado la vida de Ronan; también había sellado un lazo entre ellos que nada podría romper. Mientras el primer destello de luz del amanecer se filtraba por la ventana, Isla y Ronan compartieron un último vistazo antes de que el sueño la venciera, confiando en que, pase lo que pase, su amor los guiaría a través de cualquier oscuridad.

Capítulo 20: La Recuperación

El sol de la mañana filtraba su luz a través de las ventanas de la cabaña de Ronan, creando un contraste cálido sobre las paredes de madera oscura. Afuera, los sonidos habituales del castillo y sus alrededores continuaban, pero dentro de la cabaña, el mundo parecía haberse detenido. Isla yacía en el centro de la estancia, rodeada por la calma que solo el refugio de Ronan podía ofrecer.

Ronan la había llevado a su cabaña después de la batalla, negándose a dejar que otros cuidaran de ella. Había tomado sobre sí mismo la tarea de asegurar que Isla se recuperara, no solo físicamente, sino también emocionalmente, de las heridas que había sufrido. Desde el momento en que la había colocado en su cama, su atención había sido inquebrantable, como si cuidar de ella fuera lo único que le importara en el mundo.

Los días pasaron en una bruma de preocupación y cuidados. Ronan se movía en silencio, atendiendo a cada una de sus necesidades. Preparaba las infusiones de hierbas que los curanderos habían recomendado, limpiaba cuidadosamente sus heridas, y cuando el dolor se volvía demasiado intenso, la sostenía entre sus brazos, susurrándole palabras de consuelo que parecían aliviar más que cualquier medicina.

Isla, aunque débil, no era ajena a los esfuerzos de Ronan. En los momentos en que la fiebre la dejaba en paz, lo observaba con una mezcla de gratitud y asombro. Este era el hombre que había conocido como el guardián frío y distante, aquel que parecía inquebrantable en su deber. Sin embargo, aquí estaba, dedicando cada momento de su día a su bienestar, mostrando una ternura que nunca habría imaginado.

Una tarde, cuando la fiebre finalmente comenzó a ceder, Isla abrió los ojos y lo encontró sentado junto a ella, su rostro mostrando el cansancio de noches sin dormir. Ronan, al percibir su movimiento, alzó la vista y esbozó una sonrisa leve, sus ojos brillando con un alivio que no había sentido en días.

—¿Cómo te sientes? —preguntó suavemente, tomando su mano entre las suyas.

Isla respiró hondo, sintiendo la fragilidad de su cuerpo pero también una fuerza renovada en su corazón.

—Mejor, gracias a ti —respondió, apretando suavemente su mano.

Ronan la miró con una intensidad que hizo que su corazón diera un vuelco. Había tantas cosas que quería decir, pero las palabras parecían insuficientes para expresar lo que sentía.

—No puedo soportar la idea de perderte —confesó él, su voz quebrada por la emoción—. Verte así... me hizo darme cuenta de cuánto significas para mí, Isla.

Isla sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, no por el dolor, sino por el peso de las palabras de Ronan, que le llegaban al alma. Sabía que él no era un hombre que se abriera fácilmente, y que estas palabras eran una muestra de la profundidad de sus sentimientos.

—Ronan... —susurró, su voz temblando—. Yo también tengo miedo de perderte. Pero más que eso, tengo miedo de lo que este amor significa para nosotros. Somos tan diferentes, venimos de mundos opuestos...

Ronan se inclinó hacia ella, sus dedos rozando suavemente su mejilla.

—Lo sé, Isla. Pero no puedo imaginar un futuro sin ti. No me importa lo que tengamos que enfrentar. Encontraremos la manera de estar juntos, de reconciliar nuestros mundos.

Las lágrimas de Isla se desbordaron mientras lo miraba, sintiendo la sinceridad en cada palabra. La incertidumbre sobre su futuro juntos era como un peso sobre ambos, pero en ese momento, lo que sentía por Ronan superaba cualquier temor.

—No sé cómo será nuestro camino, Ronan —admitió, su voz apenas un susurro—. Pero sé que no quiero recorrerlo sin ti.

Ronan se inclinó y presionó un suave beso en su frente, un gesto lleno de ternura y promesas silenciosas. Para él, este era el comienzo de algo nuevo, un paso hacia un futuro en el que la lucha no solo sería contra enemigos externos, sino también contra las barreras internas que ambos habían erigido a lo largo de sus vidas.

Los días siguientes se convirtieron en un proceso de sanación, no solo para Isla, sino también para Ronan. A medida que el cuerpo de Isla se fortalecía, también lo hacía el vínculo entre ellos. Pasaban horas hablando, compartiendo historias de sus vidas antes de conocerse, revelando miedos, esperanzas y sueños que hasta entonces habían mantenido ocultos.

Isla habló de su infancia, de cómo había crecido con la rebelión en su sangre, viendo a su gente sufrir bajo las injusticias del gobierno. Explicó cómo su padre había sido un líder entre los rebeldes, enseñándole desde pequeña a luchar por lo que era correcto, aunque significara desafiar las leyes establecidas. Le habló de su hermano, perdido en una batalla contra las fuerzas del gobierno, un dolor que nunca había sanado por completo.

Ronan, por su parte, compartió sus propias cicatrices. Habló de la responsabilidad que había sentido desde joven, cuando fue nombrado guardián del clan. De cómo había dedicado su vida a proteger a los MacLeod, dejando a un lado sus propios deseos y sueños. Confesó cómo, antes de conocerla, había creído que el deber lo era todo, pero ahora se daba cuenta de que había algo más, algo que valía la pena luchar, incluso si significaba desafiar las reglas que siempre había seguido.

—Siempre pensé que el deber era mi único propósito —dijo Ronan, con una mirada pensativa—. Pero contigo, Isla, he descubierto que hay más en la vida. Hay amor, hay esperanza... hay un

futuro que nunca imaginé.

Isla lo miró, sintiendo que las palabras de Ronan resonaban en lo más profundo de su ser. Había pasado tanto tiempo luchando contra el mundo, contra las injusticias, que había olvidado lo que significaba tener un compañero, alguien en quien apoyarse, alguien con quien compartir los sueños y las luchas.

—Nunca pensé que encontraría a alguien como tú, Ronan —admitió Isla, sus ojos brillando con sinceridad—. Alguien que no solo entiende mi lucha, sino que está dispuesto a unirse a ella, incluso cuando va en contra de todo lo que conoces.

Ronan tomó su mano entre las suyas, sus dedos entrelazándose con los de ella.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que estemos juntos, Isla. No importa lo difícil que sea. Te amo, y no pienso dejar que nada nos separe.

El compromiso de Ronan resonó en la cabaña como una promesa sagrada. Isla sintió que, en ese momento, algo cambiaba dentro de ella, como si una parte de su corazón que había estado cerrada durante tanto tiempo finalmente se abriera.

A medida que las semanas pasaban y Isla se recuperaba, la cabaña de Ronan se convirtió en un refugio no solo para ella, sino también para su relación. Allí, lejos de las miradas inquisitivas del clan y las expectativas que pesaban sobre ellos, pudieron explorar su amor sin reservas. Isla encontraba consuelo en la simplicidad de la vida que llevaban, en los pequeños momentos que compartían, en las conversaciones largas y en los silencios cómodos que se formaban entre ellos.

Pero a medida que Isla se fortalecía, también lo hacía su determinación. Sabía que no podían permanecer en ese refugio para siempre, que eventualmente tendrían que enfrentar el mundo exterior, un mundo que no siempre sería amable con su amor. La realidad de sus responsabilidades, sus lealtades divididas, y las expectativas de aquellos que los rodeaban, aún acechaba en el horizonte.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —dijo Isla una noche, mientras estaban sentados frente al fuego, la luz de las llamas reflejándose en sus rostros.

Ronan la miró, entendiendo el peso de sus palabras.

—Lo sé —respondió, con un tono que mostraba su propia preocupación—. Pero aún no estoy dispuesto a dejar este lugar. Aquí, contigo, es el único lugar donde he encontrado paz.

Isla esbozó una sonrisa triste, sabiendo que, aunque ambos deseaban mantener esa paz, el mundo exterior inevitablemente los llamaría de vuelta.

—Hay tanto por lo que debemos luchar, Ronan. Por nuestro futuro, por el futuro de nuestro pueblo... No podemos ignorar lo que está pasando allá afuera.

Ronan asintió, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Tienes razón. Pero también sé que no quiero enfrentar ese mundo sin ti. Si vamos a luchar, lo haremos juntos.

Isla se sintió reconfortada por su compromiso, pero también preocupada por lo que significaría para ambos. Las batallas que se avecinaban no solo serían físicas, sino también emocionales. Sabía que su amor sería puesto a prueba de maneras que ni siquiera podían imaginar.

—No sé qué nos depara el futuro —dijo Isla, con una honestidad que revelaba sus propias incertidumbres—. Pero sé que te amo, Ronan. Y pase lo que pase, eso no cambiará.

Ronan la abrazó con fuerza, sintiendo que esas palabras eran todo lo que necesitaba en ese momento. Su amor

por Isla era inquebrantable, y aunque sabía que el camino por delante sería difícil, estaba dispuesto a enfrentarlo, sabiendo que lo harían juntos.

Esa noche, mientras dormían abrazados, la promesa de su amor se sintió más fuerte que nunca. Ronan sabía que, aunque la recuperación de Isla era solo el comienzo de su viaje, estaban más preparados que nunca para enfrentarse al mundo y luchar por el futuro que ambos deseaban.

La cabaña, que había sido un refugio de curación, se convertiría en el punto de partida de una nueva etapa en sus vidas, una en la que enfrentarían juntos las adversidades y los desafíos, con la fuerza de su amor guiándolos en cada paso del camino.

Capítulo 21: La Elección

Ronan se mantuvo erguido frente al consejo del clan MacLeod, su postura firme y su mirada decidida. Sabía que lo que estaba a punto de proponer era arriesgado, pero también era consciente de que era la única forma de asegurar un futuro en el que él e Isla pudieran estar juntos sin que las diferencias entre ellos y sus mundos los destruyeran.

—Mi decisión está tomada —dijo Ronan, su voz resonando en el salón de piedra—. Isla no será expulsada ni castigada. En cambio, propongo que se le permita trabajar para mejorar las condiciones del pueblo, bajo la supervisión del clan.

Los murmullos entre los ancianos del consejo fueron inmediatos. La propuesta era radical, y muchos de ellos no podían entender por qué Ronan, el guardián más leal y firme que había tenido el clan, estaba dispuesto a arriesgar su posición y su honor por una mujer que había liderado una rebelión.

—Ronan, ¿te das cuenta de lo que estás sugiriendo? —preguntó uno de los consejeros más antiguos, su tono incrédulo—. Isla MacGregor ha traído problemas a nuestro clan, y ahora sugieres que le demos más poder.

—No es poder lo que le estoy ofreciendo —corrigió Ronan, su mirada directa y penetrante—. Estoy ofreciendo una solución. Isla entiende las dificultades que enfrentan los campesinos. Sabe lo que se necesita para calmar los ánimos y evitar que más jóvenes se sumen a la causa de los rebeldes. Si le damos la oportunidad, ella puede ser la clave para prevenir futuras rebeliones.

Otro consejero, más joven pero igual de escéptico, se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué te hace pensar que no nos traicionará? —preguntó, con una mezcla de desconfianza y curiosidad—. ¿Qué garantía tenemos de que no volverá a conspirar contra nosotros?

Ronan no dudó ni un momento.

—La garantía soy yo —declaró con firmeza—. Estaré a su lado en todo momento. Si ella traiciona nuestra confianza, yo seré el primero en tomar las medidas necesarias.

El consejo se sumió en un silencio tenso. Sabían que Ronan era un hombre de palabra, y su lealtad al clan había sido probada incontables veces. Sin embargo, la idea de permitir que Isla permaneciera en sus tierras, y peor aún, que trabajara bajo su protección, era algo que muchos no podían aceptar fácilmente.

El líder del consejo, un hombre de avanzada edad pero con una mente aún afilada, finalmente habló.

—Ronan, has servido a este clan con honor y dedicación toda tu vida —dijo, sus palabras cuidadosas—. Y sabemos que no harías esta propuesta si no creyeras que es lo mejor para todos. Sin embargo, esta es una decisión que no se puede tomar a la ligera.

Ronan asintió, reconociendo la gravedad de la situación.

—No espero que confíen en ella de inmediato —admitió—. Pero les pido que confíen en mí. Les aseguro que Isla y yo trabajaremos para ganarnos esa confianza, para demostrar que este camino es el correcto.

El consejo se retiró a deliberar en privado, dejando a Ronan solo en el salón, su corazón latiendo con fuerza. Sabía que esta decisión no solo afectaba a Isla, sino también a él y a su relación con el clan al que había dedicado toda su vida. Pero también sabía que no podía dejar que el miedo al cambio los guiara. Era el momento de encontrar un equilibrio entre la tradición y la necesidad de adaptación en tiempos de turbulencia.

Cuando los consejeros regresaron, su líder tomó la palabra nuevamente.

—Hemos considerado tu propuesta, Ronan —dijo—. Y aunque muchos de nosotros tenemos nuestras reservas, entendemos que el camino que propones podría ser el único que evite más derramamiento de sangre.

Un murmullo de acuerdo se escuchó entre los consejeros. Ronan sintió un peso levantarse de sus hombros, pero sabía que la verdadera prueba estaba por venir.

—Aceptamos tu propuesta, con ciertas condiciones —continuó el líder—. Isla deberá trabajar bajo nuestra supervisión directa, y cualquier señal de traición será castigada con severidad. Además, tú serás el responsable de garantizar que cumpla con lo acordado.

Ronan asintió solemnemente.

—Acepto esas condiciones —respondió, su voz firme—. Y les aseguro que no lamentarán esta decisión.

Con la decisión tomada, Ronan salió del salón, su mente llena de pensamientos sobre lo que vendría. Sabía que Isla no aceptaría fácilmente trabajar bajo la supervisión del clan que había luchado contra ella, pero también confiaba en que, con el tiempo, ella vería el valor de lo que estaban construyendo juntos.

Esa noche, se dirigió a la cabaña donde Isla estaba descansando, recuperándose de sus heridas. Al entrar, la encontró despierta, mirándolo con una mezcla de expectación y desconfianza.

—¿Qué ha decidido el consejo? —preguntó Isla, sin preámbulos.

Ronan se acercó a ella, sentándose a su lado.

—Han aceptado mi propuesta —dijo—. Te han dado la oportunidad de trabajar para mejorar las

condiciones del pueblo, bajo su supervisión. Si cumples con lo acordado, serás libre.

Isla lo miró fijamente, buscando alguna señal de engaño en sus palabras. Pero no encontró ninguna.

—¿Y tú estarás a mi lado todo el tiempo? —preguntó, su voz un poco más suave, pero aún con un borde de desconfianza.

Ronan asintió.

—No permitiré que estés sola en esto —respondió—. Juntos, demostraremos que esta alianza puede funcionar. Pero también quiero que sepas que, a pesar de todo, estoy dispuesto a luchar por ti, por nosotros.

Isla bajó la mirada, luchando contra las emociones que se agolpaban en su pecho. Sabía que el camino por delante no sería fácil, y que enfrentaría más obstáculos de los que podía prever. Pero también sabía que Ronan estaba a su lado, dispuesto a enfrentar esos desafíos con ella.

—Acepto las condiciones —dijo finalmente, levantando la vista para encontrarse con los ojos de Ronan—. Pero solo porque creo que tú crees en esto, en nosotros.

Ronan sonrió, una sonrisa llena de alivio y determinación.

—Lo lograremos, Isla —dijo—. No será fácil, pero juntos podemos cambiar las cosas.

Esa noche, mientras el viento susurraba a través de las ventanas de la cabaña, Ronan e Isla compartieron un momento de comprensión mutua. Sabían que su relación no sería fácil, que enfrentarían desafíos tanto desde dentro como desde fuera. Pero también sabían que habían tomado una decisión, y que, juntos, estaban dispuestos a enfrentar cualquier cosa que viniera en su camino.

El amanecer trajo consigo un nuevo día, uno lleno de incertidumbre pero también de esperanza. Ronan e Isla, unidos por su amor y su determinación, se prepararon para enfrentarse a un futuro que, aunque incierto, estaba lleno de la promesa de un cambio real y duradero.

Capítulo 22: La Paz Incierta

El viento frío de la mañana se deslizó a través de los árboles que rodeaban el castillo MacLeod, susurrando entre las hojas secas que aún colgaban de las ramas. Ronan observaba desde una ventana alta del castillo, su mirada fija en el horizonte donde el pueblo comenzaba a despertar. El sol apenas despuntaba, pintando el cielo de tonos dorados y rosados, pero a pesar de la belleza del amanecer, su mente estaba llena de preocupación.

Habían logrado restaurar la paz, pero sabía que esa paz era frágil. Isla, tan fuerte y decidida como siempre, se movía por el pueblo con la misma energía que había mostrado en los días de la rebelión. Pero ahora, esa energía estaba canalizada en un propósito diferente: mejorar la vida de aquellos que había jurado proteger. Ronan admiraba su tenacidad, pero también sentía el peso de la responsabilidad que ambos compartían.

Bajó las escaleras con paso firme, decidido a unirse a ella en la plaza del pueblo, donde un pequeño grupo de aldeanos se había reunido. Isla estaba allí, su figura delgada y resuelta destacando entre los demás. La luz del sol caía sobre su cabello, dándole un brillo cálido que contrastaba con la seriedad de su expresión.

—Ronan —lo saludó Isla con una inclinación de cabeza cuando lo vio acercarse.

—Isla —respondió él, deteniéndose a su lado.

Los aldeanos los miraban con una mezcla de respeto y curiosidad. Sabían que estos dos eran responsables de los recientes cambios en el pueblo, y aunque algunos todavía guardaban reservas sobre Isla, no podían negar que sus esfuerzos ya comenzaban a dar frutos. Las calles estaban más limpias, las disputas se resolvían con mayor rapidez, y había una sensación de esperanza renovada que flotaba en el aire.

Isla comenzó a hablar con uno de los aldeanos, discutiendo sobre la construcción de un nuevo pozo que facilitaría el acceso al agua potable. Ronan la escuchaba en silencio, notando cómo sus palabras fluían con naturalidad, mostrando un profundo conocimiento de las necesidades del pueblo.

Cuando la conversación terminó, Isla se volvió hacia él, su expresión suavizándose un poco.

—Hemos avanzado mucho en estos días —comentó, su voz baja para que solo él la escuchara.

—Sí, pero aún queda mucho por hacer —respondió Ronan, mirándola a los ojos.

—Lo sé —Isla suspiró, dejando que un atisbo de cansancio se asomara en su rostro—. A veces me pregunto si alguna vez podremos realmente reconciliar nuestras diferencias.

Ronan sintió un nudo en el estómago. Sabía que esas diferencias eran reales y profundas. Isla venía de un mundo donde la justicia debía lucharse, a veces con la fuerza, mientras que él había sido criado bajo el estricto código de lealtad al clan y a la autoridad. Pero desde que la había conocido, su visión del mundo había cambiado. Isla le había mostrado que no todo era blanco o negro, y que a veces, las reglas debían ser desafiadas para lograr un bien mayor.

—No necesitamos reconciliar todas nuestras diferencias, Isla —dijo finalmente—. Pero debemos aprender a respetarlas y a encontrar una manera de avanzar juntos, a pesar de ellas.

Isla lo miró, sus ojos llenos de una mezcla de esperanza y dudas.

—¿Crees que será posible? —preguntó, casi como si no quisiera escuchar la respuesta.

Ronan sonrió, un gesto pequeño pero sincero.

—Creo que lo será, si ambos estamos dispuestos a intentarlo.

Durante los días siguientes, Isla y Ronan se dedicaron a trabajar codo a codo. Cada decisión que tomaban era discutida con detenimiento, asegurándose de que reflejara tanto la justicia por la que Isla luchaba como la seguridad y el orden que Ronan valoraba. Aunque no siempre estaban de acuerdo, la comunicación entre ellos mejoraba cada día, fortaleciendo su relación y su capacidad para liderar.

Una mañana, mientras supervisaban la construcción del nuevo pozo, un grupo de mujeres del pueblo se acercó a Isla, agradeciéndole por su dedicación y por la oportunidad de ser parte activa de las decisiones que afectaban sus vidas. Ronan observó la escena desde una distancia corta, sintiendo una mezcla de orgullo y respeto por la mujer que había desafiado todas las expectativas para luchar por lo que creía.

Esa noche, en la cabaña que compartían temporalmente, Ronan se sentó junto a Isla frente al fuego crepitante. El silencio entre ellos era cómodo, un reflejo de la paz que habían logrado encontrar en su relación.

—Hoy vi cómo las mujeres del pueblo te miraban —dijo Ronan, rompiendo el silencio—. Les has dado algo más que esperanza. Les has dado un propósito.

Isla asintió, mirando las llamas con una expresión pensativa.

—Es lo que siempre he querido hacer, Ronan. No solo para ellas, sino para todos nosotros. Un lugar donde no tengamos que vivir con miedo, donde cada uno de nosotros pueda contribuir y ser parte de algo más grande.

Ronan tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Y lo estás logrando. Pero sabes que este es solo el comienzo. Habrá desafíos, personas que no estarán de acuerdo con lo que estamos haciendo.

—Lo sé —respondió Isla—. Pero por primera vez, siento que no estoy sola en esta lucha.

Ronan apretó su mano, su expresión seria.

—No lo estás. Nunca lo estarás mientras yo esté a tu lado.

Isla lo miró, y en sus ojos vio el reflejo de su propio compromiso, de la determinación que ambos compartían. Sabía que el camino que tenían por delante no sería fácil, pero por primera vez en mucho tiempo, no sentía miedo. Había encontrado a alguien dispuesto a luchar a su lado, alguien que entendía la importancia de lo que estaban construyendo juntos.

A medida que pasaban las semanas, Ronan e Isla se convirtieron en una pareja formidable. Su unión no solo fortalecía sus lazos personales, sino que también inspiraba al pueblo a seguir adelante, a confiar en que, a pesar de las diferencias, era posible encontrar un terreno común.

Un día, mientras caminaban por los terrenos del castillo, Ronan le habló de una nueva idea que había estado rondando su mente.

—He estado pensando en algo, Isla. —Su tono era serio, pero había una chispa de entusiasmo en sus palabras—. Quizás podríamos establecer una especie de consejo comunitario, donde los representantes del pueblo puedan hablar directamente con el clan. De esta manera, las decisiones que tomemos reflejarán mejor las necesidades de todos.

Isla lo miró, sorprendida pero gratamente impresionada.

—Es una idea brillante, Ronan. Sería un paso importante hacia la verdadera justicia y equidad. Pero, ¿crees que el consejo del clan lo aceptará?

—Podríamos enfrentarnos a algunas resistencias —admitió Ronan—, pero si lo presentamos como un medio para evitar futuras rebeliones y mantener la paz, podrían estar más dispuestos a considerarlo.

Isla asintió, su mente ya trabajando en los detalles de cómo presentar la propuesta. Sabía que sería una batalla difícil, pero con Ronan a su lado, sentía que podrían lograrlo.

Esa noche, mientras observaban el cielo estrellado desde las murallas del castillo, Isla se recostó en el pecho de Ronan, sintiendo su calidez y su fuerza.

—Gracias por creer en mí, Ronan —susurró.

—No es solo creer en ti, Isla —respondió él, rodeándola con sus brazos—. Es creer en nosotros, en lo que podemos hacer juntos.

El viento susurró a su alrededor, llevándose consigo las últimas sombras de duda. La paz aún era incierta, pero Isla y Ronan estaban listos para enfrentar cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Juntos, lucharían por un futuro en el que ambos pudieran vivir en armonía, donde sus diferencias no fueran una fuente de conflicto, sino una fuerza que los uniera aún más.

Con el tiempo, el pueblo comenzó a prosperar bajo su liderazgo compartido. La propuesta del consejo comunitario se presentó y, aunque con algunas reticencias, fue aceptada. Ronan e Isla continuaron trabajando incansablemente, no solo por su propio bienestar, sino por el de todos aquellos que confiaban en ellos.

La paz incierta que los había seguido desde el final del conflicto comenzó a transformarse en una paz más sólida, una que estaba construida sobre el respeto mutuo, la comprensión y el amor. Isla y Ronan sabían que el camino por delante seguiría siendo desafiante, pero ya no temían lo que pudiera venir. Juntos, enfrentaron el amanecer de un nuevo día con la certeza de que, pase lo que pase, siempre estarían uno al lado del otro.

Capítulo 23: El Vínculo Inquebrantable

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de suaves tonos dorados y naranjas, cuando Ronan y Isla se adentraron en el bosque que rodeaba el castillo MacLeod. Las hojas crujían bajo sus pies mientras caminaban en silencio, cada paso los llevaba más cerca del claro que, sin saberlo en su momento, había sido el punto de partida de un viaje que los transformaría para siempre.

El aire estaba cargado de la fragancia de los pinos y la tierra húmeda, y el canto lejano de un pájaro rompía la calma del atardecer. Isla caminaba a su lado, sus pensamientos revoloteando como mariposas en su mente. Miró de reojo a Ronan, cuya expresión estaba serena, pero sus ojos revelaban una profundidad de emociones que aún estaba aprendiendo a leer.

Finalmente, llegaron al claro. Los árboles se abrían como si formaran un refugio natural, dejando un espacio perfecto donde la luz del sol se filtraba a través de las ramas, creando un juego de sombras en el suelo. Isla se detuvo, respirando profundamente, dejando que la paz del lugar la envolviera.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Ronan, su voz baja pero cargada de significado.

—Como si hubiera sido ayer —respondió Isla, sin apartar la vista del claro.

Aquí, en este mismo lugar, sus vidas se habían cruzado de una manera que ninguno de los dos podría haber anticipado. La tensión de ese primer encuentro aún resonaba en su memoria, mezclada ahora con la certeza de que todo lo que habían pasado desde entonces los había conducido a este momento.

Ronan se volvió hacia ella, su mirada intensa pero suave. Dio un paso más cerca, cerrando la distancia entre ellos, y tomó sus manos en las suyas.

—Este es el lugar donde nuestras vidas cambiaron para siempre —dijo Ronan, sus dedos acariciando suavemente la piel de Isla—. Aquí es donde el destino nos unió, aunque no lo supiéramos entonces.

Isla asintió, sintiendo cómo las palabras de Ronan resonaban en su propio corazón. Recordó cómo lo había visto como un enemigo, un obstáculo en su lucha por la justicia. Y ahora, se daba cuenta de que había sido todo lo contrario. Ronan había sido el catalizador que había transformado su vida, la persona que la había desafiado y la había hecho ver el mundo de una manera diferente.

—No fue fácil para ninguno de los dos —dijo Isla, su voz quebrándose ligeramente—. Luchamos contra nosotros mismos, contra nuestras creencias, pero al final... aquí estamos.

Ronan la miró con ternura, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Y no podría estar más agradecido por todo lo que hemos pasado. Isla, has cambiado mi vida de maneras que nunca podría haber imaginado. Has desafiado todo lo que pensaba que sabía y me has mostrado un mundo que estaba ciego a ver.

Isla sintió que las lágrimas llenaban sus ojos, pero no eran de tristeza, sino de la profunda emoción que la embargaba. Nunca había imaginado que encontraría a alguien que la entendiera tan completamente, alguien que, a pesar de sus diferencias, se convertiría en su aliado más cercano y en su amor más profundo.

—Ronan —empezó, pero su voz se quebró, y tuvo que detenerse para respirar profundamente—. Nunca pensé que podría encontrar a alguien como tú. Alguien que me aceptara por quien soy, con todos mis defectos y mi terquedad. Pero tú... tú me has visto como realmente soy y aún así has elegido estar a mi lado.

Ronan levantó una mano para acariciar su mejilla, su toque lleno de calidez y amor.

—No podría imaginar mi vida sin ti, Isla. Has tocado mi corazón de una manera que nadie más lo ha hecho. Y sé que, pase lo que pase, no quiero estar con nadie más que contigo.

Isla cerró los ojos por un momento, dejándose llevar por la sensación de seguridad que las palabras de Ronan le proporcionaban. Cuando los abrió de nuevo, lo miró fijamente, sintiendo que este era el momento de la verdad, el momento en que sus corazones se abrirían completamente el uno al otro.

—Yo también te amo, Ronan —dijo, sus palabras fluyendo con la facilidad de una verdad profundamente sentida—. Te amo por el hombre que eres, por la fuerza que has demostrado, por la manera en que has cambiado mi vida para mejor. Y aunque nuestros caminos han sido diferentes, sé que hemos sido guiados por el destino para estar juntos.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire por un instante, cargadas de una promesa que ambos sabían que cumplirían. Ronan la miró a los ojos, su mirada reflejando el amor y el compromiso que sentía por ella.

—Isla, prometo que siempre estaré a tu lado, que lucharé por ti y por todo lo que creemos, sin importar los desafíos que enfrentemos. —Su voz era firme, llena de determinación—. Este vínculo que hemos creado es inquebrantable, y haré todo lo que esté a mi alcance para protegerlo.

Isla sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho, cada palabra de Ronan resonando en su alma. Sabía que, a pesar de todas las dificultades que habían enfrentado y las que aún podrían venir, estaban juntos en esto. Y eso era todo lo que necesitaba.

—Y yo prometo que estaré contigo, Ronan —dijo, apretando suavemente sus manos—. Prometo que lucharé a tu lado, que enfrentaré cualquier desafío con valentía y que nunca dejaré que nada

nos separe. Juntos, somos más fuertes, y juntos, podemos cambiar el mundo.

Ronan inclinó su cabeza hacia ella, sus labios rozando los de Isla en un beso suave, cargado de la promesa que acababan de hacer. Fue un beso que selló su unión, no solo como amantes, sino como compañeros de vida, dispuestos a enfrentar cualquier adversidad juntos.

Cuando se separaron, ambos sabían que algo profundo había cambiado entre ellos. Ya no eran dos almas luchando por causas separadas. Ahora, eran uno, unidos por un amor que había sido forjado en el fuego de las pruebas y fortalecido por la convicción de que juntos, podían enfrentar cualquier cosa.

El sol comenzó a desaparecer detrás de las montañas, y la primera estrella apareció en el cielo, como si el universo mismo estuviera bendiciendo su unión. Ronan e Isla permanecieron en el claro por un tiempo, disfrutando de la paz y la serenidad del momento, sabiendo que este era el comienzo de una nueva etapa en sus vidas.

Finalmente, cuando la noche comenzó a envolver el bosque en su manto oscuro, Ronan tomó la mano de Isla y la guió de regreso al sendero que los llevaría al castillo. Caminaron en silencio, pero no era un silencio incómodo. Era un silencio lleno de promesas, de planes para el futuro que construirían juntos.

Mientras avanzaban, Isla sintió que el peso de todas las luchas y los miedos que había cargado durante tanto tiempo comenzaba a desvanecerse. Estaba lista para comenzar esta nueva vida con Ronan, para enfrentar cualquier desafío que pudiera surgir, sabiendo que él estaría a su lado, apoyándola en cada paso del camino.

Y cuando llegaron a las puertas del castillo, Isla se detuvo un momento, volviendo la vista atrás para mirar el claro una vez más. Sonrió, sabiendo que ese lugar siempre tendría un significado especial para ellos.

—Vamos —dijo Ronan suavemente, apretando su mano—. Nuestro futuro nos espera.

Isla asintió, sintiendo una ola de paz y felicidad inundarla. Juntos, cruzaron el umbral, listos para enfrentar lo que fuera que la vida les deparara, seguros de que, pase lo que pase, su vínculo sería siempre inquebrantable.

Epílogo: El Nuevo Amanecer

El sol comenzaba a elevarse lentamente sobre las colinas que rodeaban el castillo MacLeod, bañando el paisaje en una cálida luz dorada. El día prometía ser claro y luminoso, como si el propio cielo bendijera el inicio de una nueva era en esas tierras. Ronan observaba el horizonte desde una de las ventanas de la torre del castillo, su mirada perdida en la belleza del paisaje. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido una paz tan profunda, una paz que no provenía únicamente de la seguridad del castillo, sino de la certeza de que su vida, finalmente, estaba en equilibrio.

El castillo y el pueblo habían experimentado un renacimiento en los meses que siguieron a los conflictos y desafíos que habían puesto a prueba tanto a Ronan como a Isla. Las reformas que habían implementado, algunas más fáciles de aceptar que otras, habían comenzado a mostrar sus frutos. La gente del pueblo ya no vivía bajo el yugo de la opresión; ahora trabajaban con la certeza de que sus esfuerzos serían recompensados justamente, y la confianza entre los líderes del clan y los aldeanos estaba comenzando a restaurarse.

Ronan suspiró, dejando que la brisa fresca de la mañana le acariciara el rostro. Hoy era un día especial, uno que marcaría un nuevo capítulo en su vida y en la vida de todos aquellos que formaban parte de su mundo.

Un suave golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Se giró y vio a Isla entrar en la habitación. Su vestido de novia, sencillo pero elegante, se ceñía a su figura, realzando su belleza natural. El cabello, suelto y ondulado, caía en cascada sobre sus hombros, adornado con pequeñas flores silvestres que ella misma había recogido esa mañana.

—Estás hermosa —dijo Ronan, su voz suave y cargada de emoción.

Isla sonrió, un destello de timidez en sus ojos que contrastaba con la firmeza habitual de su carácter.

—Y tú estás... —ella lo observó, admirando la forma en que la luz del sol resaltaba sus rasgos —... estás exactamente como esperaba que estuvieras en este día: sereno y lleno de esperanza.

Ronan dio un paso hacia ella, extendiendo una mano para tomar la suya. El contacto entre sus pieles era cálido y reconfortante, una señal más de la profunda conexión que habían construido a lo largo de los meses.

—Este es solo el comienzo, Isla —dijo Ronan, apretando suavemente su mano—. Hemos pasado por mucho para llegar hasta aquí, y sé que aún nos quedan desafíos por enfrentar, pero... estoy seguro de que, juntos, podremos con todo.

Isla asintió, sus ojos brillando con lágrimas que contenían alegría y gratitud.

—Nunca pensé que encontraría a alguien como tú, Ronan. Alguien que comprendiera mis luchas, que compartiera mi visión y que, sobre todo, me amara como tú lo haces. —Isla se acercó más, susurrando las palabras cerca de sus labios—. Estoy lista para empezar esta nueva vida contigo, con todo lo que eso conlleva.

Ronan no pudo resistirse más. La atrajo hacia sí, sus labios encontrando los de Isla en un beso suave pero lleno de promesas. Un beso que sellaba no solo su amor, sino también el compromiso de ambos por construir un futuro en común.

El sonido de campanas resonando en la distancia los separó suavemente. Era la señal de que la ceremonia estaba a punto de comenzar. Ronan miró a Isla con un brillo travieso en sus ojos.

—Es hora de enfrentarnos al mundo como uno solo —dijo, con una sonrisa.

Isla rió suavemente y, tomando su mano, lo guió hacia la salida de la torre.

Bajaron juntos por las escaleras de piedra, sintiendo la energía que vibraba en el castillo. Cuando llegaron al patio, se encontraron rodeados de amigos y familiares que habían viajado de todas partes para ser testigos de su unión. Los aldeanos, muchos de los cuales habían sido ayudados directa o indirectamente por las reformas impulsadas por Isla y Ronan, también se habían congregado para celebrar el matrimonio de sus líderes.

La ceremonia fue sencilla pero cargada de significado. Bajo un arco de flores y hojas verdes, Ronan e Isla intercambiaron votos, prometiendo amarse y apoyarse mutuamente en todo lo que el futuro les deparara. Las palabras que pronunciaron estaban llenas de sinceridad, reflejando no solo el amor que sentían, sino también el respeto mutuo y la convicción de que, juntos, podrían lograr cualquier cosa.

Cuando el sacerdote pronunció las palabras finales, declarando que ahora estaban unidos como marido y mujer, un murmullo de aprobación recorrió la multitud. Ronan e Isla se volvieron hacia sus invitados, sus manos entrelazadas y sus corazones latiendo al unísono.

La celebración que siguió fue alegre y llena de vida. Los aldeanos y los miembros del clan se unieron en canciones y bailes, celebrando no solo la boda, sino también el renacimiento de la comunidad. Isla y Ronan caminaron entre la gente, recibiendo felicitaciones y bendiciones, sintiendo la calidez del apoyo de aquellos que los rodeaban.

Mientras la tarde avanzaba, los recién casados se retiraron discretamente hacia los muros del castillo, buscando un momento de tranquilidad en medio de la fiesta. Desde allí, observaban cómo el pueblo brillaba bajo la luz del atardecer, sus corazones llenos de satisfacción y esperanza.

—¿Lo ves? —dijo Isla, apoyando su cabeza en el hombro de Ronan—. Todo lo que soñábamos se está haciendo realidad.

Ronan asintió, envolviéndola en un abrazo protector.

—Sí, y esto es solo el comienzo. Hay mucho más que podemos hacer juntos, Isla. Este pueblo, nuestra gente... merecen lo mejor de nosotros.

Isla sonrió, su espíritu indomable brillando en sus ojos.

—Y lo tendrán. Lucharemos por ellos, por nuestra gente, por nuestra familia.

Ronan la miró con admiración, reconociendo una vez más la fuerza que la hacía tan única, tan irresistible. Ella era su igual en todos los sentidos, y sabía que con ella a su lado, no había obstáculo que no pudieran superar.

El sol comenzó a ponerse, sumergiendo el castillo y el pueblo en una suave penumbra. Ronan e Isla permanecieron en silencio, contemplando el paisaje que tanto amaban, sabiendo que este era solo el primer paso en un camino que recorrerían juntos.

—¿Estás lista para lo que venga? —preguntó Ronan, sus labios rozando la frente de Isla.

—Siempre lo he estado —respondió ella, con una sonrisa—. Mientras estemos juntos, no hay nada que no podamos enfrentar.

Ronan asintió, sintiendo una profunda paz en su corazón. Finalmente, después de todo lo que habían vivido, estaban exactamente donde debían estar.

—Entonces, sigamos adelante, mi amor —dijo suavemente, mientras la estrechaba contra su pecho—. El futuro nos pertenece.

Con una última mirada hacia el horizonte, donde las estrellas comenzaban a asomarse en el cielo, Ronan e Isla se dirigieron de nuevo hacia el castillo, listos para enfrentar el mañana. Y mientras caminaban, la luna los iluminaba, como si el cielo mismo bendijera su unión, guiándolos hacia un futuro lleno de amor, justicia y esperanza.

Otras historias de S. K. Wallace

[Puedes encontrar todas mis historias aquí.](#)